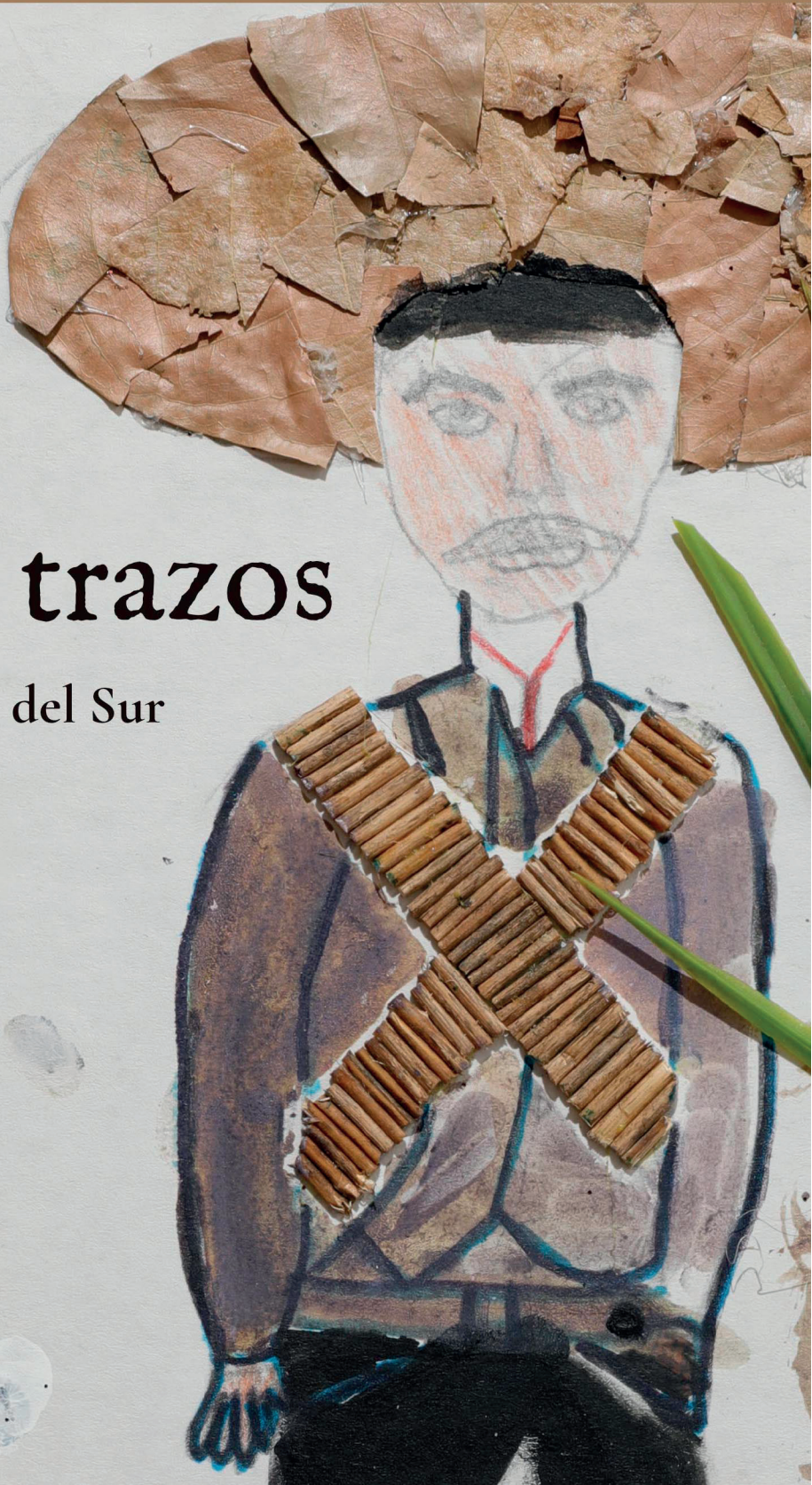




Líneas y trazos

en torno al Caudillo del Sur





Alejandra Frausto Guerrero

Secretaría de Cultura

Natalia López de Paz

Subsecretaría de Diversidad Cultural
y Fomento a la Lectura

Mardonio Carballo

Director General de Culturas Populares,
Indígenas y Urbanas

Verónica Ramírez Valdez

Directora de Promoción e Investigación

María del Carmen Miranda Diosdado

Coordinadora de Publicaciones

Francisco Luna Macías

Jefe de Publicaciones

Karla Bernal Aguilar

Edición

Daniel G. Castillo Garduño

Diseño

Eustaquio Calva Paredes

Producción

Unidad Regional de Morelos

Kyoan Antonio Castellanos Carrizosa, Ilse Lorena Córdova Manzano, Armando Islas Gutiérrez,
Guadalupe Jiménez Montes de Oca, Yessica Morales Vega, Verónica Miriam Olvera García, Yolanda
Rivas Avella, Pamela Verónica Liliana Sagredo Novelo, Norma María Guadalupe Zamarrón de León.
Logística

Zapata Imaginado. Líneas y trazos en torno al Caudillo del Sur

Producción:

Secretaría de Cultura

Dirección General de Culturas Populares, Indígenas y Urbanas

Selección de la obra:

Mauricio Gómez Morin y Elisa Castellanos

Reproducción fotográfica:

Israel Gutiérrez

Ilustración de portada:

La tierra de Zapata, Lucía Pérez Torres

D.R. © 2019 de la presente edición:

Secretaría de Cultura

Dirección General de Culturas Populares, Indígenas y Urbanas

Paseo de la Reforma 175

Colonia Cuauhtémoc, C.P. 06500

Ciudad de México

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la
Dirección General de Culturas Populares, Indígenas y Urbanas de la Secretaría de Cultura.

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta
obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento
informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Secretaría
de Cultura / Dirección General de Culturas Populares, Indígenas y Urbanas.

ISBN 978-607-631-060-1

Impreso y hecho en México.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



Líneas y trazos
en torno al Caudillo del Sur

Índice de textos

Imaginar a Zapata, uno de los iconos más relevantes de la historia de México	7	Apellidarse Zapata	54
Miliano, como me decía mi gente	10	MARCO ANTONIO VEGA DELGADO	
ANA GABRIELA LÓPEZ ÁLVAREZ		Emiliano Zapata	57
Zapata visita rancho ganadero y caballos en Quebrantadero	14	MELANY QUEVEDO TORRES	
ÁNGEL ORTEGA SANTOS		El señor del bigote estirado	59
Zapata en el Puente de Piedra	17	MIGUEL ANTONIO ARENAS ARENAS	
ANTONINA SÁNCHEZ QUIROZ		El general porfirista contra el cura zapatista	62
Entre pláticas	19	ÓSCAR CORTÉS PALMA	
ESTHER TÉLLEZ		Exposición fotográfica de Reyes Martínez Huerta	65
Quebrantadero y Zapata	23	PAZ MATILDE OSORIO REVILLA	
EUFRACIA SÁNCHEZ CORTÉS		Crónicas zapatistas. 10 de abril: conjura fatal	69
Así lo aseguraba mi abuela...	25	REFUGIO BARRERA MIRANDA	
FLAVIA LUCILA DOMÍNGUEZ VERGARA		Nuestro sueño	73
Morelos sin el general Zapata	29	RENÉ MONTES CASTELLANOS	
FRANCISCO ROMÁN LARA		Del As de Oros y de cómo Zapata vive	76
Vivencias indígenas del general Emiliano Zapata en el pueblo de Cuentepec	32	ROBERTO DE LA PAZ ROMÁN	
GERARDO COLOXTITLA NAVA		La voz detrás de todo mi pueblo	80
Puente del Pajarito	35	SANTIAGO MARQUINA	
JESÚS REYES PLIEGO VILLANUEVA		“Dicen de mí”. Mitos y leyendas de Emiliano Zapata	83
Mis letras, transmisión oral de mi abuelo	37	SONIA VALENZUELA VALENZUELA	
JESÚS SEDANO HERNÁNDEZ		Emiliano Zapata	87
Zapata, nueve años	42	TUPAC CRISTANTO BERNARDINO	
JOSÉ JULIO LÓPEZ PERALTA		La horma del General	91
Zapata y el corcel imaginado	45	VICTORINO ZURITA	
JUAN SALVADOR OROZCO		Zapata en nuestros corazones	93
La traición	48	YAMILET AVELLANEDA CAMACHO	
JULIO CÉSAR SÁMANO GARCÍA			
Dos tumbas, dos voces y dos recuerdos de los corridos frente a la muerte de mi general Emiliano Zapata y de Pancho Villa	51		
LUIS MIGUEL MORAYTA MENDOZA			

Índice de ilustraciones

Mi revolucionario, Zapata NADIA IRÁN GAONA LÓPEZ	6	Emiliano Zapata GABRIEL EMILIANO GONZÁLEZ VILCHIS	53
Emiliano Zapata JOB TARIQ ORNELAS SANTANA	13	La tierra de Zapata LUCÍA PÉREZ TORRES	56
Emiliano Zapata AMÉRICA RODRÍGUEZ HERRERA	16	Emiliano Zapata MAURICIO ALBERTO YÁÑEZ SANTIAGO	58
Emiliano Zapata JORGE ALBERTO DORANTES LÓPEZ	18	Emiliano Zapata RODRIGO URIEL SARMINA PEÑA	61
Zapata con niña NADIA MAGALY BLAS ALVEAR	22	Zapata vive YAMILETH FRANCISCO CARREÑO	64
Zapata niño y sus ideas YUNUEN SÁNCHEZ FLORES	24	General Emiliano Zapata ANDRÉS YAMAL CRUZ DOMÍNGUEZ	68
¡Por el pueblo! DIEGO IVÁN SALGADO SUÁREZ	28	Viva Zapata JOSÉ ARTURO ARIZMENDI BECERRIL	72
Emiliano Zapata DAFNE SÁNCHEZ GARCÍA	31	Emiliano Zapata NERY SAID CASTILLO HERNÁNDEZ	75
Emiliano Zapata y el As de Oros (su caballo) KYTZIA REBECA SÁNCHEZ RODRÍGUEZ	34	General Emiliano Zapata EMILI LIBIA DÁVILA ROSALES	79
Emiliano Zapata SHEYLA MICHELLE RAMÍREZ ARTEAGA	36	General Zapata SANTIAGO PADRÓN GARCÍA	82
Emiliano Zapata Yael Maximiliano López Díaz	41	Emiliano Zapata AYMEE JOANA PEÑA MARTÍNEZ	86
Nuestro Zapata JUAN CARLOS NÚÑEZ SOTELO	44	Emiliano Zapata en batalla MAURICIO MORALES ZACARÍAS	90
El perfil de la Revolución SHAILA MAGNOLIA RODRÍGUEZ GORDILLO	47	El Caudillo del Sur CELIA NOEMÍ SALGADO CASTAÑEDA	92
Emiliano Zapata QUDIA SUR	50	Emiliano Zapata EMILIANO	95



Mi revolucionario, Zapata
Nadia Irán Gaona López

Imaginar a Zapata, uno de los iconos más relevantes de la historia de México

¿Cómo se revisita un símbolo? Invariablemente, esa revisión tiene que pasar por el cedazo de la imaginación. De la Revolución mexicana a esta fecha hay tantos zapatas como percepciones se tienen de él. A la usanza de otros símbolos que nos identifican, han surgido mitos que los ensalzan, que los revisten e, incluso, los santifican. Dicen que Pedro Infante no murió y que descansa en alguna playa paradisíaca, a pesar de los años. De Zapata dicen que, en las veredas de Morelos, se aparece en un caballo blanco.

Reimaginar a Zapata significa reimaginar a México. La narrativa del mito se renueva y se recrea. Después de tantos años de simbología patria, Zapata ya no es el mismo. Tampoco sus exigencias. ¿Qué entendemos en los inicios de este siglo por la expresión “Tierra y libertad”? Asimismo, el zapatismo de principios del siglo XX no es el mismo del de finales del mismo. En estos años recientes, quizá sea el origen de Zapata lo que nos explique no sólo sus razones, sino sus dichos.

“La tierra es de quien la trabaja.” Pero ¿qué significa *la tierra* para un indígena nahua? La tierra que nos cobija es al mismo tiempo el vientre al cual hemos de volver, esa tierra que se honra con las caricias laborales de quien la ama es también la madre Tonantzin, cuyo significado en castellano es, literalmente, ‘nuestra madre’. Nuestra madre se ha resignificado a tal punto que ahora comprendemos mejor el amor profundo que se adivinaba en las expresiones conocidas de Zapata, porque es a la luz de los nuevos tiempos que se comienza a comprender el valor de la tierra como ente vivo y dadora de vida desde la filosofía de los diversos pueblos que en la etapa revolucionaria de México fueron punta de lanza. Coincide, pues, con el inicio de la construcción de otro país, de otro

México que no niega, sino que reivindica su carácter plural.

Sesenta y ocho lenguas indígenas son las que existen en nuestro país; el nahua, lengua dominada por Zapata, es sólo una de ellas. Y en el imaginario colectivo comienza una nueva forma de leer a México; en ella hay otra forma de entender a sus héroes, hacerlos de carne y hueso, de comprender su color de piel y su lengua. Porque la patria, así como la tierra, es de quien la trabaja, y en la construcción de lo que somos deberá resarcirse una deuda pendiente: la aportación de los pueblos indígenas en la conformación del México contemporáneo.

Tiene usted en sus manos, estimado lector, estimada lectora, un libro escrito y configurado por la gente de Morelos, una narrativa contemporánea de, quizá, el héroe más grande de nuestro país. Andanzas, elogios, imaginaciones llevados al papel por más de una veintena de plumas; entreveraciones creativas de niñas y niños morelenses, trazos que delinean frondosos bigotes de ese árbol llamado *Emiliano*. Sombreros que hacen más de aura que de sombrero. La tierra, su lucha convertida en montañas y prados apacibles juegan aquí con el antagonismo de las armas de fuego utilizadas, en su momento, por otras de mayor letalidad, que nos hablan de un país que debe iniciar sus procesos de paz, de diálogo, de reconciliación, para que todas las niñas y todos los niños, como los que trazaron su imaginación en estas páginas, puedan vivir en el sueño, el deseo y la imaginación de Zapata, que unifica los discursos de principio y finales del siglo XX: tierra y libertad para un mundo en el que quepan muchos mundos. ◆

DGCPIU



Líneas

y trazos

en torno al Caudillo del Sur

Miliano, como me decía mi gente

ANA GABRIELA LÓPEZ ÁLVAREZ

Habíamos esperado mucho tiempo para obtener tantos buenos resultados; la gente derramó sangre, hubo pérdidas de seres queridos, llanto y mucho sufrimiento. Si mis viejos estuvieran aquí, viéndome, estarían tan orgullosos de lo que he logrado, de ver que la semilla del trabajo que sembraron en mí había germinado.

Poco a poco nuestra lucha iba dando frutos, el Plan de Ayala había sido aceptado por la Convención de Aguascalientes y por el presidente Eulalio Gutiérrez. Comenzaban ya los buenos resultados; mi compadre Otilio Montaña y yo íbamos por el buen camino; Pancho Villa en el norte y nosotros en el sur.

Nací el 8 de agosto de 1879 en San Miguel Anenecuilco, Morelos. Soy hijo de Gabriel Zapata y de Cleofas Salazar. Soy el hermano nueve de diez; lamentablemente sólo vivimos cuatro: Eufemio, María de Jesús, María de la Luz y yo, Emiliano Zapata. Eran tiempos muy difíciles, todos permanecíamos trabajando las tierras y cuidando de nuestras familias.

Desde muy pequeños, nuestros padres nos enseñaron a trabajar y cuidar de nuestras hermanas. Estudié muy poco en la escuela de mi pueblo, en el que siempre vi injusticias por parte del gobierno, que se aprovechaba de los pobres, porque sabían que no podíamos defendernos, no teníamos su respaldo y, al no tenerlo, todos estábamos fregados. Nos maltrataban, nos despojaban de nuestras tierras, y las únicas preguntas que surgían en mí eran: ¿por qué lo hacen?, ¿qué derecho creen tener sobre las tierras de las personas que las han trabajado por tanto tiempo?

A los trece años perdí a mis padres; sin embargo, no nos quedamos sin nada, aún teníamos en nuestro poder unas cuantas tierras y unas cabezas de ganado; lo suficiente como para no trabajar para los malditos hacendados, aquellos que en la

más mínima oportunidad buscaban cómo robar lo que era nuestro. Contábamos con lo necesario para mantenernos a nosotros y a mis hermanas.

Antes de 1909 me dediqué a las fiestas de charrería, a trabajar y a cuidar de mis hermanas; no me interesaba del todo la política, pero aun así, no me alejaba de ella. En las elecciones para gobernador de Morelos, yo apoyaba la campaña de Patricio Leyva, ya que él representaba la oposición a los porfiristas, que tenían como candidato a Pablo Escandón, ganador de estas elecciones. Nadie estaba contento con esa decisión; entre ellos, yo.

En las juntas de la defensa de Anenecuilco, a pesar de ser muy joven, ya me había ganado el respeto de muchos de mis paisanos, y tenían de mí una figura de hombre honrado, trabajador y cabal. En 1909 surgió la Ley sobre Bienes, que amenazaba con empeorar la situación de más de cuatrocientos habitantes del pueblo en el que yo vivía. Fue cuando se convocó a una reunión clandestina para hacer frente al problema.

Y era justo, mi padre siempre me enseñó a trabajar; todos debíamos estar juntos para rebelarnos, defender lo que era nuestro, y por eso me nombraron presidente del nuevo consejo. Estaba contento, mi único propósito era defender a mi gente de toda esa descabellada situación; era lo mínimo que podía hacer.

A mediados de 1910, cuando mi gente llegó a su límite y se quedó sin nada, yo ya era parte de las autoridades de Anenecuilco, así que decidí repartir a la fuerza las tierras que nos pertenecían. Cuando Madero salió triunfante, inmediatamente le exigí que se cumpliera con la devolución de las tierras a los campesinos.

No me pareció raro que no cumpliera con lo que había prometido; tampoco que tomara el mando como presidente. No contento con ello, me pedía que desmovilizara a mis hombres, y que

entregara mis armas al ejército, y que tuviera calma con la devolución de las tierras. Me reuní varias veces con él, y siempre intentó convencerme de que la repartición y la devolución de las tierras debían ser conforme a lo legal; yo ya me estaba desesperando. Entonces, los periódicos comenzaron a atacarme diciendo que yo era un bandido, me llamaban el *Bandido del Sur* o el *Atila del Sur*.

Cuando Madero por fin llegó a la presidencia, tuvimos bastantes conflictos al no ver resultados. Yo le respondí con el Plan de Ayala; es ahí donde varias veces lo llamé *traidor*, porque eso fue para mí, un traidor. Lo esperé por bastante tiempo, le prometió a mi pueblo lo que tanto habíamos esperado, y cuando inicié el movimiento revolucionario, me rodeé de gente y jefes de calidad, como el profesor Otilio Montaña, el anarcosindicalista Antonio Díaz Soto y Gama, también apoyado por los hermanos Magaña. Eran ellos los que redactaban cartas, planes y hacían frente a este tipo de situaciones.

Todo empeoró cuando Huerta derrotó a Madero, el estado de Morelos se volvió sangriento y lleno de sufrimiento. Después de que Huerta renunció, los revolucionarios del norte tomaron la Ciudad de México, pero ellos tuvieron el cuidado de que los zapatistas no tomáramos también la capital. Mi descontento con el jefe de los constitucionalistas, Venustiano Carranza, fue inmediato.

Los generales celebraban una convención en Aguascalientes, a la cual no asistí; sólo mandé a mi gente, comandada por el jefe Francisco Villa. La convención aceptó de inmediato el Plan de Ayala, y finalizó el movimiento carrancista.

Fue el 4 de diciembre de 1914 que Pancho Villa y yo nos reunimos en la Ciudad de México con el presidente Eulalio Gutiérrez. Terminando ese encuentro, regresé a Morelos. Fue entonces cuando vivimos un momento de paz y tranquilidad: la clase hacendada se había largado y Morelos era un estado independiente. Hice realidad el sueño de muchos: repartí las tierras conforme les correspondía e hice respetar el sistema democrático en la política.

Para el año 1915, con la derrota de Villa, los constitucionalistas ahora sí se habían abierto camino para concentrarse en el estado de Morelos, y los hombres del general Pablo González optaron por usar el sistema de Juvencio Robles, que consistía en matar despiadadamente a la gente, pero no a toda, sólo a la que estaba conmigo y me apoyaba.

A principios del año 1917, me vinieron a decir que mi compadre Otilio Montaña me había traicionado; pedí que me lo trajeran vivo, hablé con él y me lo confirmó. Uno de mis grandes aliados se me había volteado. Grité: “¡Hijo de la tiznada! No te mato yo, te mata la Revolución. ¡Disparen!”, le dije a mis hombres. Después, en ese mismo año, logré recuperar el estado de Morelos, pero, en agosto, Pablo González reinició la campaña para seguirnos exterminando.

Sin embargo, no nos rendimos, continuamos en pie, luchando por nuestros derechos, por los que siempre habíamos estado esperando. Me había quedado sin aliados; algunos me traicionaron; a otros los mataron; ya no tenía recursos; la poca gente que me quedaba seguía confiando en mí y no podía defraudarlos, necesitaba ya una solución.

Escuché que el coronel Guajardo había tenido diferencias con el general Pablo González; inmediatamente le pedí que se uniera a mi ejército. Él me dijo que sí, pero con la condición de que le garantizara la victoria; aun así, yo seguía desconfiando de esta repentina ruptura entre González y Guajardo, pero necesitaba aliados. Como prueba de fidelidad, Guajardo me regaló un caballo; era precioso, su cabellera brillaba tanto; era alto, blanco; su nombre era As de Oros. Quedé impresionado ante el obsequio.

Guajardo sabía perfectamente con qué convencerme de que su alianza era verdadera. El 9 de abril de 1919 lo invité a mi cuartel; me dijo que no, yo le creí. No sabía por dónde iba su plan. Rápidamente me invitó a comer a la Hacienda de Chinameca, me dijo que arreglaríamos asuntos y, como apoyo, me entregaría unas armas.



Llegué al lugar de la cita; todo me parecía extraño; afuera de la hacienda no había nadie esperándome. Respiré profundo y observé a mi alrededor; ya estaba ahí, pensé, no podía echarme para atrás. Durante el trayecto faltante para entrar a la hacienda, mi cabeza se llenó de recuerdos sobre mis padres, mis hermanos, mi mujer, mi gente. Todo lo había hecho por algo y por muchos; nada había sido en vano; las luchas, la sangre derramada; pero mi lucha no había terminado.

Llegué a tener miedo, pero nunca lo mostré; siempre debía estar firme, siempre nos llamaron *bandidos* y, como lo dije, un bandido roba sólo por instinto, y yo estoy robando estas tierras porque nos pertenecen. Entonces entré a la hacienda, escuché tres veces el sonido de la trompeta, al tercero vi a Guajardo a lo lejos, estaba serio, su mirada reflejaba satisfacción, mis hombres y yo no

teníamos salida, mi corazón empezó a latir cada vez más rápido, mi vida había llegado a su fin.

Comenzaron a disparar, la piel se me erizó, sentí como se me abrió al primer balazo que me tocó, me puse frío, como cuando Otilio me traicionó, como cuando me avisaron que había muerto mi hermano. Sentí la segunda bala entrando en mi cuerpo. Todo el cuerpo me ardía, caí al piso; de reojo vi cómo mis hombres huían dejándome solo, otros se quedaron conmigo, padeciendo mi mismo destino. Entonces sucedió: había muerto en la Hacienda de Chinameca por la traición de Jesús Guajardo. ◆

*Perdono al que roba y al que mata, pero
al que traiciona, nunca.*

EMILIANO ZAPATA SALAZAR
(1879-1919)



Emiliano Zapata
Job Tariq Ornelas Santana

Zapata visita rancho ganadero y caballos en Quebrantadero

ÁNGEL ORTEGA SANTOS

Iban y venían los caballos. Los rancheros arrearaban toros, vacas y becerros a veces en las llanuras de la región que se extendían como hermosas palomas con sus alas blancas y, en otras ocasiones, arreaban el ganado y los cerdos en las cañadas y los cerros, por Teotlalco El Viejo. Era intensa la actividad ganadera a principios de siglo pasado; la agricultura estaba en proceso incipiente, prácticamente todo era de temporal, dedicado a la siembra de maíz, frijol y calabaza.

La Hacienda de Tenango, de la familia Pimentel, requería jóvenes que se dedicaran a la actividad caballar. Después de la estancia caballar de Tlaquilteango, hacia el sur de Morelos, en donde se reproducían diversas razas de caballos, Quebrantadero nació como una necesidad de los hacendados para amansarlos y, en general, para toda actividad ganadera.

Esta hacienda estaba en pleno desarrollo y expansión territorial; se posesionaron de grandes extensiones de campos para siembra y cerros completos, que abarcaban territorios de Morelos y Puebla, algunas veces con leyes en mano, pero muchas otras a la fuerza, con uso de violencia para el despojo de las tierras y las cristalinas aguas que se deslizaban por las faldas del volcán.

Muchos jóvenes de esa época entregaron sus vidas a la actividad caballar y mular. Fueron demostrando sus finas destrezas desde el principio y establecieron una cordial amistad entre el jinete y el caballo. Los hacendados, terratenientes y ricos de esa época vieron que, poco a poco, con esta actividad aumentaban sus jugosas ganancias, que servían para sus lujos y fiestas privadas.

Poco a poco, los rancheros adquirían mayores conocimientos y destrezas en el amansamiento de caballos creando sus propios territorios favoritos para compartir sus alegrías, sus penas y necesidades.

Así surgió la necesidad de fundar un rancho propio para ellos y sus mujeres. Les solicitaron a los

hacendados un lugar para fundarlo, y es así como nació lo que hoy es conocido como Quebrantadero, lugar donde se quebranta la quijada para el freno. Y poco a poco empezó a crecer y nacieron los hijos de las tres familias fundadoras: Pliego, Sánchez y Benítez. Y, pues, surgió la Revolución.

Había toros, becerros, vacas, puercos, gallinas, caballos, yeguas, potros, yuntas de bueyes y de caballos; la combinación de ganadería con agricultura se entrelazaba y había cierto desarrollo a través del arrendamiento de tierras y yuntas. Surgieron de manera paralela otras actividades relacionadas con los caballos: talabartería y cerca de medio centenar de talleres para la fabricación de los fustes, una necesidad inmediata para los caballos que se iban amansando por los creativos y audaces jóvenes rancheros.

Era todo un arte domar el caballo, educarlo antes de que se subiera el jinete y, ya estando arriba, la habilidad para la rienda; un buen jinete sabe de rienda, si no, lo tira el caballo o se ve muy mal. En esta actividad de los fustes se incorporaron casi todas las mujeres de la comunidad, las esposas, las hijas y las nueras, ayudando, sirviendo de gran apoyo para hervir los cueros de chivo, hacer las tiras y cocer los fustes, forrarlos; eran trabajos permanentes, diarios, que se hacían en familia y en comunidad. En medio de esta actividad llegó Zapata.

Eran días y noches de auge de las diferentes batallas de la Revolución; se registraban hasta cinco o más enfrentamientos entre zapatistas y las fuerzas federales. No había tregua. La Revolución estaba en marcha, en camino la lucha por la tierra, por el agua, por la libertad negada y arrebatada.

Zapata llegaba a Quebrantadero con un par de generales y revolucionarios; eran continuas sus visitas a diferentes ranchos. Visitaba los domicilios de la familia Urzúa, a don Chico Urzúa; eran mu-

chas las muestras de apoyo de los habitantes de Quebrantadero hacia la Revolución. En la torre de la iglesia de San José siempre había vigilantes que informaban al zapatismo de la presencia de los federales, a veces tocaban las campanas alertando a la comunidad.

Quebrantadero fue uno de los lugares que construyó varios escondites para que se refugiaran niños y mujeres jóvenes y, en muchos casos, dio excelentes resultados. La comunidad se organizaba, se apoyaba y cuidaba; también protegió al doctor Parres, que era el médico que curaba a los heridos del Ejército Libertador del Sur, entre los límites del extremo oriente de Morelos y Puebla. Estuvo mucho tiempo aportando sus conocimientos en medicina en la población, y Quebrantadero lo protegió, sobre todo, la familia Villanueva Matamoros y los Pliego. Mucho después, el doctor Parres fue gobernador del estado de Morelos.

Una tarde, en un corral de toros hecho con palos, horcones, vigas, ocotates y amarrados con reatas en el centro de Quebrantadero, apareció el mismísimo Emiliano Zapata cuando iba empezar el jaripeo.

Detuvo su hermoso caballo, miró a su alrededor y fijó su penetrante mirada hacia el oriente del pueblo; sujetó la rienda, y con el sonido de sus resplandecientes espuelas, arrancó, picó el caballo y, a unos metros, lo detuvo de manera violenta,


alzó sus manos y luego inclinó su cuerpo hacia el suelo, agarró un puño de tierra y gritó: “Dios y tierra para los campesinos. Viva la Revolución”.

Era el grito de la Revolución, era la esperanza de los campesinos hambrientos de libertad y justicia. Dejaba en claro por qué se luchaba: la Madre Tierra nuestra desde siempre, ahora arrebatada.

El pueblo le correspondía de muchas formas, algunos se incorporaron al proceso de la Revolución, participaban temporalmente en batallas y regresaban a cuidar su poco ganado, sus gallinas y ver a sus familias. Le brindaban apoyo a Zapata con reatas, monturas que aquí se fabricaban y muchos caballos; también daban frijol y maíz para los tlaxcales.

Zapata llegaba a peleas de gallos, jaripeos, y lo hacía de noche, pues, además, no había luz eléctrica; se usaban candiles de petróleo y los tlecuiles de leña alrededor de los cuales las familias comían y cenaban de manera deliciosa, y también cantaban con guitarra y bajo sexto.

Las noticias llegaban a través del corrido suriano y en pequeños papelitos que se compraban en las ferias de los pueblos, y por músicos que cantaban en las ferias, plazas, mercados, y, cuando pasabas, te enterabas y te aprendías la tonadita del corrido o la canción de las ferias.

La memoria, patrimonio de los pueblos. No la perdamos. 



Zapata en el Puente de Piedra

ANTONINA SÁNCHEZ QUIROZ

Hay voces que se oyen en las tardes y por las noches. A veces en la profunda obscuridad, otras bajo la claridad de la hermosa luna de octubre. Toman en un jarro de barro sorbos de café preparado por la abuelita de esos dos hombres con huaraches de correa, sombrero a un lado y medio recargados en las monturas de sus caballos. Cansados todos, habían salido de sus casas para el campo a las cinco de la mañana jalando un caballo más del que montaban.

Zacateaban y hacían gavillas de zacate verde, recogían calabazas, las partían y separaban las semillas. Por la tarde, el cielo se nublaba, caía la lluvia fría en medio de truenos y relámpagos, cargaban las bestias, unas de zacate, otras de leña y otras con tencolotes llenos de calabazas. Caminaban y caminaban muy despacito de los campos hacia sus humildes casas.


Volvían a tomar café, pedían otro, comían galletas de animalitos, de vez en cuando una tortilla dorada en las brasas y untada sólo con manteca y sal. Recordaban el Puente de Piedra. “Es un bonito paraje”, conversaban. Este paraje tiene importancia histórica. Está ubicado al oriente de la comunidad de Quebrantadero, municipio de Axochiapan, Morelos.

Era el año de 1911. En las serranías del estado de Puebla, en Jolalpan, le habían dado el nombramiento de general a Emiliano Zapata Salazar. Desde la comunidad de los Linderos y Cerro Empinado, en la parte sur de San Miguel Teotlalco, Puebla, las fuerzas zapatistas divisaban en todo el Valle de Amilpas hasta Jonacatepec las grandes cortinas de polvo que levantaban los caballos, anunciando la presencia de las fuerzas federales.

Con cuernos de toros emitían sonidos agudos y se comunicaban a grandes distancias. Veloces campesinos montados a caballos y que conocían muy bien las veredas y caminos recorrían distancias sorprendentes llevando los mensajes, y así preparar las batallas de los zapatistas contra los federales.

Fue el caso del Puente de Piedra. Zapata se acercó a las extensas llanuras de Tetelilla; donde esperó a los federales. No hubo batalla ahí, no existió enfrentamiento; hizo que los federales persiguieran a las fuerzas zapatistas. Ellos cruzaron a caballo el angosto y profundo río desde la parte norte hacia la parte sur; los esperaron. Los federales desconocían los parajes surianos; muchos cayeron con sus caballos a la barranca; con los demás se estableció una dura batalla de la que salió victorioso el Ejército Libertador del Sur.

El Plan de Ayala estaba en camino. La dulce esperanza del campesino para la inmediata restitución de sus tierras la estaban anunciando. La historia de nuestro país está llena de luchas constantes de nuestros pueblos y comunidades, muchas por la tierra, la libertad, la independencia, la democracia, la paz con justicia verdadera. En esta lucha, la cultura y la justicia para los pueblos es una demanda cotidiana desde hace muchos ayer hasta nuestros días.

Escribir estas historias locales es un pequeño reconocimiento y homenaje a mujeres y hombres que han luchado y siguen luchando por un mundo mejor. *Zapata Imaginado* es una buena iniciativa federal y regional en Morelos para escribir nuestras propias historias. 



Emiliano Zapata
Jorge Alberto Dorantes López

Entre pláticas

ESTHER TÉLLEZ

Cuando era niña, los abuelos contaban sobre *la bola*; yo los escuchaba cuando se ponían a platicar entre ellos, viejitos sentados en sillitas pequeñas bajo el enorme guamúchil que, con sus frondosas ramas, les prestaba sombra; ahí, tomando café o tepache cada uno, a retazos, contaban sus vivencias.

De esos retazos se quedaban algunos jirones en mi memoria; algunos chuscos, como ese que contaba la abuela Elpidia, que decía que, para comer, una vez le llevó a su abuela, debajo de las enaguas, unas tortillas que había podido sacar de la casota de la dueña de la huerta en la que había trabajado como lavandera.

El abuelo Chon, que era de Chiapas, contaba que por allá, por su tierra, nomás se enteraban de lo que pasaba por los periódicos que les leía el boticario.

Pero el que sí había andado en *la bola* fue el abuelo Roque. Contaba que tenía como diez años y que los *pelones* llegaron al rancho donde vivían y se lo llevaron junto con dos primos, que les pusieron la tarea de acarrear agua donde fuera que se pararan, que eran unas friegas bien buenas, porque a veces los ríos o arroyos de donde tenían que acarrearla les quedaban bien lejos y tenían que cargar con los bules llenos, que ya luego lo escogieron para mandadero, que lo mandaban con recaditos que tenía que entregar a los pueblos adonde ellos llegaban después; fue en una de esas veces cuando lo agarraron los zapatistas, allá por Chietla, Puebla, que a cambio de dejarlo vivo lo hicieron *tambor*, que así fue acompañándolos mucho tiempo.

La abuela Lola era la que siempre se ponía a llorar con esas pláticas. Contaba que su papá había sido capataz de la Hacienda de La Luz, que vivía cerca del río y que su mamá le hacía sus vestiditos con telas de flores de colores, que en la tempora-

da de lluvia se iban a cortar verdolagas que guisaba con pollos que ella criaba en un corral, que cuando supieron de *la bola* fue porque en la hacienda los trabajadores llegaron a quemar todo lo que encontraron, que se robaron muchas cosas y que a su papá lo mataron.

Buscaban a los dueños, pero ellos nomás venían una que otra vez; sólo encontraron al administrador y a su papá, que a los dos los agarraron, los golpearon y acabaron por matarlos; que ni siquiera pudieron enterrarlo, porque se tuvieron que ir a esconder. Decía que su hermanito, que era bien chiquito, se murió de hambre. Que fueron tiempos muy feos para ella y su mamá; que fue gracias a su madrina, que vivía en México, que pudieron salir adelante, aunque nunca le gustó vivir en la ciudad que, por eso, cuando ya pudieron regresar al pueblo, luego luego se vinieron.

La abuela Lola decía que todos los que habían andado en *la bola* eran una bola pero de ladrones y asesinos. Ahí era cuando los abuelos Roque y Chon, y la abuela Elpidia, como si se hubieran puesto de acuerdo, le replicaban. La abuela Elpidia le decía que también en su pueblo, en Villa de Ayala, habían tenido guerra y habían pasado hambre, pero que todo el pueblo había decidido apoyar a Zapata, porque él tenía el encargo de darles tierra; que a su abuelo y a los del pueblo, los dueños de la Hacienda El Hospital le habían ido quitando poco a poco sus tierras, que ya no tenían ni dónde sembrar un poco de maíz, que cada año para la época de la siembra era lo mismo, pleitos y pleitos con los de la hacienda, y que ya se habían cansado de hacer pedimentos, que por eso estaban con Zapata, para recuperar las tierras que eran de ellos.

A pesar de las distintas opiniones, todos coincidían en que habían sido tiempos muy difíciles, que la escasez de comida y las enfermedades mataron a muchos niños y gente mayor.

La abuela Lola decía que, aunque ella y su mamá se fueron a la Ciudad de México, también allí pasaron penurias, porque no llegaban los alimentos; que unas veces era por los carrancistas, que no dejaban pasar las carretas con verduras que venían de Milpa Alta; otras veces por los zapatistas, que ya se habían llevado todo para sus tropas; que la gente de Xochimilco ya ni siquiera salía a ofrecer sus cosechas, que además ni había, porque a los hombres o se los habían llevado los *guachos*, o se habían ido con los zapatistas.

Que pudieron sobrevivir gracias a que su madrina y su mamá hacían las tortillas para una familia que vivía en Coyoacán, que se llamaban los Amor, familia de mucho dinero, y que de ahí ellas llevaban algo de comer a su casa.

En mi imaginación recreaba sus historias, esas pláticas que me parecían de tiempos muy lejanos; ni a mis papás ni a mis tíos les tocó vivir nada de eso, ¡menos a nosotros!

Encontré al abuelo Roque viendo al horizonte, recargado en el pretil del pozo; de sus ojos entreabiertos resbalaban gruesas lágrimas. Me asustó verlo así; le pregunté qué le pasaba, que si se sentía mal; me dijo, con esa su voz como de cantante: “Me pasan los recuerdos, esos que no dejo de ver, aunque ahora todo ha cambiado”.

Puso su mano rugosa de hombre de campo en mi cabeza y, como si estuviera hablando consigo mismo, continuó:

—El camino a Cuautla, desde Chinameca, estaba sembrado de hombres y mujeres colgados; su único delito fue ser zapatistas, fue luchar por tener una vida que no fuera de esclavos. Ahí los dejaron para que se los comieran los zopilotes, que para que sirvieran de ejemplo y nadie quisiera ser zapatista”

”Pero no les sirvió de nada; entre vivir a las órdenes de capataces abusivos que azotaban con razón y sin ella, de estar siempre endrogados con la tienda de raya, de no tener ni maíz ni frijol, a luchar por tener las tierras que nos pertenecían para sembrar el frijol y el maíz, y tener aunque fuera un taco de

chile, aunque costara la vida, pues mejor luchar; como fuera, ya estábamos ahí.

”Eso ya lo entendí cuando me agarraron los zapatistas, en Chietla; poco a poco fui entendiendo por qué había tanto alzado que, aunque no tenía ni fusil ni carabina, a veces nomás con una honda, una resortera, y si bien le iba, un machete, se enlistaba para luchar.

Era mucho su enojo. Sus abuelos, sus padres habían sido esclavos de los hacendados; ellos les habían quitado sus tierras, los dejaron sin nada; ya era imposible apagar la mecha que se había encendido en Morelos...

—Muchos murieron, pero otros quedamos vivos. Todavía se me figura ver a mi general Zapata, bien garboso, en su caballo azabache, con ese bigote que enamoraba a las mujeres y su vozarrón para que todos lo escucharan.

”En el campamento en el que estábamos se juntaron sus hombres de alto rango; también estaba uno, su compadre, ese que se parecía mucho a él, que hasta se hacían la broma de que ni sus mujeres sabían quién era quién. En el cerro, donde está la mojonera del carrizo, ahí estuvimos; unos venían otros se iban, decían que ya se iba a ganar la guerra, que ya nos íbamos a ir a nuestras casas, que ya iban a empezar a entregar las tierras, que ya se había hecho un plan, que la gente que mandaba, empezando por Carranza, ya lo sabía y que tendrían que estar conformes, que ahora sí ya no más hambre, ni muertos, ni amos.

”El tal Jesús Guajardo le mandó decir a mi general que todo estaba listo, que lo invitaba a comer en la Hacienda de Chinameca, que ahí le rendirían a él y a sus hombres los honores que merecía y se unirían a sus filas. ¡Mi General no era nada tonto! ¡Se las olió! Por eso, para tantiar el terreno, mandó a ese su compadre, para que fuera él en su lugar; lo acompañaron de sus más cercanos nomás tres, y unos hombres de la tropa. Nomás pasando el arco de la entrada de la hacienda, que se deja oír el clarín, y luego luego las descargas de los fusiles. ¡Ese mentado Guajardo le había tendido una trampa!

Pa' pronto, los que estábamos en la Piedra Encimada echamos a correr con rumbo a Puebla, otros a caballo y los menos, a esconderse.

"Todo era mucho revuelo. En la nochecita, ya que nos juntamos unos cuantos en la cueva del Tuerto, empezamos a hablar de lo que había pasado. Chente nos dijo que Zapata se había huido, que El Árabe ya lo estaba esperando atrás de la iglesia del padre Jesús, que él mismo le había llevado dos mudas y un sombrero nuevo para que pudiera pasar sin llamar la atención, que iban con rumbo a Veracruz. José *el Chimuelo* nos dijo que no dejaron a nadie con vida, que a todos los que entraron a Chinameca los sacaron muertos, que se los iban a llevar a Cuautla para escarmiento. Lolo nos dijo que unos de los hombres de Guajardo se habían huido por miedo a las represalias de los zapatistas... Así nos llegó la madrugada, cuando

agarramos de nuevo el camino para Puebla; allí, esa noche a nosotros se nos acabó la Revolución. Aunque sabíamos que mi general estaba vivo, también sabíamos que no lo volveríamos a ver, que El Árabe se lo llevaría muy lejos.

"Mis ojos no se cansan de ver lo que otros no vieron; también por eso me lloran; por los cerros sembrados de colgados, por los caminos por donde pasaron mujeres y niños, por las cañadas que sirvieron de cobijo a los que huían, por los quiotes del maguey que sirvieron de alimento, por los ríos que nos dieron su agua para aguantar el camino... por todo lo que mis ojos vieron y otros no... por eso me lloran.

El abuelo Roque guardó silencio; lentamente empezó a caminar, se sentó bajo el guamúchil, cerró los ojos, suspiró muy fuerte y se quedó dormido. Así lo recuerdo yo. ◆



Zapata con niña
Nadia Magaly Blas Alvear



Quebrantadero y Zapata

EUFRACIA SÁNCHEZ CORTÉS

Emiliano Zapata Salazar nació en el pueblito de Anenecuilco, Morelos, el 8 de agosto de 1879. Fue el noveno de los diez hijos que tuvieron Gabriel Zapata y Cleofas Salazar. Quedó huérfano de niño; sus padres le dejaron una tierrita y un poco de ganado. Ahí empezó a darse cuenta de las arbitrariedades que se venían dando con los campesinos y fue involucrándose en la política para poder hacer justicia para el pueblo, porque los campesinos ya tenían problemas con los más ricos y hacendados. Así empezó a combatir por la tierra. Fue un gran hombre que luchó por “Tierra y libertad”, su gran lema. Recorrió gran parte del territorio del estado, en el cual era reconocido por los pobladores.

Mi mamá nació el 3 de abril de 1910, en la comunidad de San Miguel Ixtlilco, Morelos, y me platicaba que, cuando era niña, le preguntó la maestra de la escuela en la que estudiaba si quería participar en la ceremonia del 16 de septiembre con un discurso sobre Emiliano Zapata. Y así fue, ella se lo aprendió y lo pronunció, y su abuelito le dio un premio, porque estuvo muy bien.

Ella ya estaba un poco más grande cuando se acordaba de que Emiliano Zapata entraba a San Miguel Ixtlilco El Grande y era bien recibido por

el pueblo. Llamaba la atención porque llevaba un caballo bailador. Además, vestía elegante. Las personas salían a la puerta y otras tantas se asomaban por las ventanas para verlo, mientras él saludaba a todos.

Me platicaba que, cuando llegaba el ejército federal al pueblo, entraban al corral de su papá y arreaban los caballos para darles de comer. Agarraban zacate y maíz; no pedían permiso. Luego se metían a las casas, a registrarlas, para ver si no tenían armas y, si las encontraban, al papá o a los hermanos se los llevaban. Registraban por donde quiera, hasta en los jarros que tenían colgados en la pared. Por eso, muchos hombres y jóvenes se unieron a Emiliano Zapata, para luchar juntos, porque había muchas injusticias.

Mi padre fue Genaro Sánchez y tenía otros tres hermanos; todos ellos se unieron a Zapata, y cuando entraban a Quebrantadero, también eran bien recibidos, aparte de que les gustaban los toros. Una vez me platicaba don Juan Sánchez que vinieron con gente de a caballo y entraron al pueblo, y en aquel entonces había un amezquite grande en el centro de la plaza —hoy Plaza Reforma—, y ahí andaba corriendo Emiliano Zapata con sus compañeros sobre sus caballos. ◆



Zapata niño y sus ideas
Yunuen Sánchez Flores

Así lo aseguraba mi abuela...

FLAVIA LUCILA DOMÍNGUEZ VERGARA

Comenzaré por describir mi relato, tal como lo contaba mi abuela. Decía que en el año de 1911, en Quilamula, municipio de Tlaquiltenango, Morelos, era un tranquilo paraje a la orilla de un río, circundado por mezquites y huamúchiles, en el que se asentaba un enorme rancho de ordeña, propiedad de don Vicente Alonso Simón, quien era dueño y señor de las Haciendas de Calderón y El Hospital, al poniente de la ciudad de Cuautla.

Don Vicente era un hombre visionario que en 1896 adquirió treinta y cinco mil hectáreas para extender sus propiedades, y en el transcurso de cinco años, este hombre inmensamente rico construyó el canal de riego más grande en el estado de Morelos, abarcando los poblados de San José de Pala, Los Hornos, El Vergel, Ixtoluca, San Pablo Hidalgo, Quilamula y Santa Cruz, además de haber construido la Hacienda de Chinameca.

Aquel enorme rancho de ordeña en Quilamula era administrado por don Manuel Zúñiga, apodado *El Pueblita*, y por su esposa doña Julia Benítez Zúñiga, originaria de Tepalcingo, Morelos. Ese matrimonio tenía cuatro hijos y cuatro hijas; dos de ellas habían nacido cuatas en un parto ocurrido en Tepalcingo; una llevaba el nombre de María de la Luz y la otra el de Gregoria. Don Manuel y doña Julia eran personas muy apreciadas por la gente de la región y, por tanto, eran conocidos del general Emiliano Zapata Salazar.

Cuando el General del Ejército Libertador del Sur llegó un día con su gente a tomar posesión de aquella propiedad, don Manuel Zúñiga, el administrador, no sólo no opuso resistencia, sino que entregó el rancho y se puso junto con sus peones a las órdenes de Zapata, quien a partir de ese día instaló en ese paraje uno de los campamentos para su ejército revolucionario.

Nadie supo cómo pasó el asunto, pero cuando todos se dieron cuenta, una de las dos cuatas, la

llamada María de la Luz, la hija de don Manuel y doña Julia, estaba embarazada nada más y nada menos que del general Emiliano Zapata. Así lo comunicó ella a sus padres.

Cuando por la tarde llegó el General, la muchacha embarazada lo tomó del brazo y lo llevó al interior de una de las piezas, en la que se encontraban sus padres. Hablaron los cuatro a puerta cerrada. Nadie supo lo que ahí se dijo, pero el general Emiliano Zapata, a partir de ese día, comenzó a llamar *Mamá Julia* a la esposa del antiguo administrador del rancho y ella, a su vez, le llamaba respetuosamente *Hijo*, y ya no *General*, como antes le llamaba.

Todo mundo cuidaba con cariño y respeto a la bella María de la Luz, quien alumbraría un hijo del Caudillo. Y todo mundo sabía que el General tenía esposa, y tenía otras mujeres en otros campamentos, y en varios pueblos por donde andaba.

Sin embargo, cada que Emiliano Zapata llegaba al campamento de Quilamula, bajaba de su caballo, se quitaba respetuosamente el sombrero, serio y callado entraba y saludaba diciendo: “Ya vine, Mamá Julia”. María de la Luz se sentaba junto a él y doña Julia ordenaba a las mujeres que ayudaban en los quehaceres de la casa para que los atendieran, ya que el General venía cansado y con hambre.

Entre aquellas mujeres que cuidaban a María de la Luz y que ayudaban en los quehaceres de la casa y del rancho estaba mi abuela, que se llamó Guadalupe Benítez Vergara, y que fue hija del hermano mayor de doña Julia, aquel que se llamó don Jesús Hernán Benítez, nacido en Tepalcingo y quien sufría grandes corajes, porque tanto los soldados revolucionarios zapatistas como los soldados del gobierno “nunca tenían llenadera”. Si les regalaba tres reses para que comieran, cuando se daba cuenta el dueño, “estos abusivos” —como él les llamaba— ya habían tomado y destazado por su cuenta otras tres o cuatro más. Tal vez ésa fue la causa de

que el padre de mi abuela enfermara y falleciera en 1913. Y cuando el gobierno entró a Tepalcingo y sacó de sus hogares a las mujeres, arreándolas como vacas para encerrarlas en el atrio del Santuario del Señor de Nazaret, y después llevarlas a encerrar en el atrio del Templo de San Agustín, en Jonacatepec, bajo amenaza de que, si no decían dónde estaban los hombres de su casa, las irían ejecutando una a una, mi abuela y su madre alcanzaron a salir corriendo del pueblo, con rumbo a Pitzotlán, llevando con ellas a una sobrina de mi abuela que apenas contaba con año y medio.

Por cierto que mi abuela platicaba que alcanzó a jalar del brasero de alto en la cocina el jarro de atole para la pequeña y que, al cruzar en una barranca, llevando en un brazo a la niña y el jarro colgado en el otro brazo, éste pegó en una piedra grande, y se rompió y regó el contenido. Así caminaron a paso rápido más de siete horas mi abuela y mi bisabuela, turnándose a la criatura, hasta llegar casi desmayadas las tres a Quilamula, para pedir asilo con la tía Julia, quien les dio el pésame por el reciente fallecimiento de su hermano mayor, Jesús Hernán Benítez Zúñiga.

Debido a lo anterior, mi abuela tuvo oportunidad de conocer de cerca al Caudillo del Sur, por quien sentía una gran admiración y respeto. Aseguraba que el general Emiliano Zapata era el hombre más íntegro que ella había conocido en la vida. Contaba que cuando su prima hermana María de la Luz sufrió su difícil parto y, después de tres días de lucha, murieron madre y criatura, el General andaba lejos del campamento de Quilamula, y que cuando, días después, llegó, abrazó a la tía Julia preguntándole: “¿Se cumplieron mis órdenes, Mamá Julia?”, a lo que ella respondió: “Sí, hijo, fue sepultada en el panteón del templo, en El Real de Huautla”, y agregó: “Mi hija María de la Luz ha muerto, pero tú, Miliano, seguirás siendo el hijo de mi corazón y tendrás en esta casa el lugar, el cariño y el respeto que te has ganado”.

Contaba mi abuela que pasaron los meses y el General iba de un campamento a otro; en su ir y

venir pasaba con cierta frecuencia a Quilamula, llevando algunas veces con él a su pequeño Nicolás, aquel hijo que tuvo con Inés Alfaro, su primera mujer, antes de que iniciara la Revolución. Ese niño entraba feliz, llegaba casi corriendo para saludar gustoso a la Mamá Julia y después corría a jugar con los niños de su edad que vivían en el campamento.

Miliano, como le llamaba la mayoría de las mujeres, entraba y saludaba muy serio a la familia Zúñiga Benítez y demás personas en el rancho, en el que todo el tiempo había heridos y enfermos que se hallaban en recuperación, al cuidado de curanderas, pues el médico sólo iba de vez en cuando. En cada una de esas veces que Emiliano Zapata entraba a saludar y a comer a la casa o al patio, cruzaba miradas con Gregoria, la hermana cuata de María de la Luz, quien ya era difunta. Mi abuela y las demás mujeres se daban cuenta de cómo el General miraba a Gregoria y de cómo ella sonreía complacida y agachaba la cabeza, cuando la tía Julia volteaba hacia otro lado o tal vez fingía no darse cuenta.

Decía mi abuela que siguió corriendo el tiempo y, cuando ya había transcurrido el año luctuoso del fallecimiento de su amada María de la Luz, el general Zapata solicitó a sus ex suegros que le otorgaran su venia para cortejar a su hija Gregoria, venia que no le fue negada, y, al transcurso de unos días, Gregoria simplemente se fue con el Caudillo del Sur. A partir de entonces, ella lo acompañaba a donde él iba; sin duda, el General la dejaba encargada con algún familiar o con alguien de su confianza para poder atender sus visitas a otras mujeres y, en 1915, nació en Quilamula aquella hija de ambos a quien pusieron por nombre María Luisa, a la que encargaban con la tía Julia para que Gregoria pudiera acompañar al general Zapata en su viaje a la Ciudad de México, cuando la entrada de la Convención y lo sucedido en Palacio Nacional cuando Villa lo invitó a sentarse en la silla presidencial.

Esa abuela mía, en sus pláticas añejas, describía que así transcurrió durante más de cinco años la

vida de Goyita Zúñiga al lado del general Emiliano Zapata, hasta convertirse en confidente y última compañera del Caudillo del Sur, ya que fue con Gregoria con quien pasó ese gran hombre de la historia de México la última noche de su vida. Recuerdo que mi abuela agregaba con seriedad: “Aunque no lo crean, mi prima hermana Gregoria es un personaje importante en la historia del Ejército Libertador del Sur”.

Por otra parte, aseguraba mi abuela, con vehemente coraje, que Emiliano Zapata Salazar no era el “patán abusivo y violador de mujeres” que señalaban sus detractores, aquellos que decían ser decentes y “personas de razón”, porque a ella le constaba que cuando el General llegaba con sus hombres, a cualquier hora del día, por la noche o de madru-

gada, eran respetuosos y amables con las mujeres que vivían en el campamento, pues de haber sido el Caudillo tal como lo describían quienes lo odiaban, él habría sido el primero en cometer en contra de las mujeres y niñas las atrocidades que se le hubieran antojado. Sin embargo, mi abuela tuvo la suerte de conocer al hombre recto que se conducía con respeto hacia todos, al hombre que perdonaba la vida incluso a quienes un tiempo habían peleado en contra de sus ideas y de sus huestes.

Por ello, mi abuela paterna le guardaba un enorme respeto al General y decía estar segura de que, si todos los hombres y mujeres se condujeran con igual honestidad con que ella vio conducirse al general Emiliano Zapata Salazar, México sería un país grandioso. ◆

Junio de 2019



¡Por el pueblo!
Diego Iván Salgado Suárez

Morelos sin el general Zapata

FRANCISCO ROMÁN LARA

Las calles, colonias, avenidas o municipios no se llamarían Emiliano Zapata, 10 de Abril o Plan de Ayala. La frase “Tierra y libertad” no tendría un sentido ligado al campo morelense. Los libros de texto escolares no tendrían capítulos completos dedicados al llamado *Caudillo del Sur*. En la danza no habría *adelitas*, en la música no habría corridos dedicados al defensor de la tierra, en la escultura no habría monumentos dedicados al líder campesino, en la pintura no habría murales gigantes en homenaje al luchador, en el cine se quedarían sin el protagonista de diferentes cintas, en el teatro tradicional desaparecerían diversas obras... El estado de Morelos no sería históricamente digno de mencionarse sin el legado zapatista... La vida de los morelenses definitivamente no sería igual sin la memoria del General. Éstos son pensamientos que ocupan mi mente algunas noches, en las que el quehacer cotidiano cita una y otra vez el recuerdo de Emiliano Zapata Salazar.

Cuando era niño, mis amigos y yo jugábamos en las tranquilas calles del Barrio de Gualupita, en el parque Melchor Ocampo, en Cuernavaca. Solíamos jugar a las canicas, al trompo, a las cebollitas, a los bateados, a ladrones y policías, pero lo que más nos gustaba era jugar a los héroes. Nuestros superhéroes no eran como los de hoy en día, no eran los famosos Vengadores o los de la Liga de la Justicia; nosotros admirábamos a nuestros héroes nacionales, porque en la escuela y nuestros abuelos nos contaban sobre las épicas batallas que combatió el General en suelo morelense. Nos emocionábamos con sus historias, sobre todo porque los lugares en los que estuvo el General los podíamos visitar; no eran imaginarios, y nos decían que había aún mucha familia de Emiliano Zapata viva, y entonces nos emocionábamos más.

En la actualidad me asombra que hay jóvenes que hacen fila para entrar al estreno de las pelícu-

las de los superhéroes, que casi casi duermen en el cine para poder tener un boleto o, los más modernos, compran sus boletos con meses de anticipación vía Internet a precios elevados. Me pregunto qué pasaría si a estos jóvenes les preguntara qué conocen acerca de Emiliano Zapata y si me pueden mencionar al menos tres héroes de la historia nacional. Creo que el resultado sería asombroso...

Mi madre, Tomasita Lara, siempre me platicaba historias que se decían de Zapata: que era muy *noviero* y atractivo, así como yo. No sé qué me habrá querido decir, pero siempre que me decía eso, se reía y continuaba diciéndome que muchas mujeres querían conquistar el corazón del guerrillero, pero que éste era tan grande que tenía mucho amor para repartir.

Eran horas de charla con mi madre, la mujer más sabia que conozco. Hablábamos de todo un poco, mientras tomábamos un rico atole de vainilla con un pedazo de pan, bolillo o telera, o cuando la acompañaba a cocinar pozole. Eran largas charlas mientras cuidábamos que todo se cociera a la perfección.

De los cinco hijos, yo siempre fui el más lato; mi hermano Eleazin, mayor que yo, siempre me tenía que andar cuidando de que no hiciera travesuras. Platicábamos de todo un poco; siempre nos gustó la historia, los días festivos, la cultura. En el Barrio de Gualupita, uno de los más emblemáticos de Cuernavaca, echábamos la casa por la ventana para celebrar la tradicional fiesta en honor a La Guadalupana, cada 12 de diciembre.

Fue así como mis hermanos y yo aprendimos a colaborar en las fiestas patronales, en las posadas y en todo lo que tuviera que ver con la organización comunitaria. Otras de nuestras fiestas favoritas eran las del 15 y 16 de septiembre y la del 20 de noviembre. Nos gustaban mucho, porque las calles estaban adornadas con los colores de la bandera de México y nos sentíamos más mexicanos que nunca.

Era en estas festividades cuando conocíamos a los héroes nacionales y jugábamos a dar el grito como Miguel Hidalgo. Desde un escaloncito dábamos el grito y siempre nos peleábamos por ser el Presidente de México tocando la campana y coreando el nombre de los héroes. Conocíamos a los Niños Héroes, a la Corregidora —no sabíamos qué significaba, pero lo leíamos en los libros de historia—, a Miguel Hidalgo, a Morelos y por supuesto que nunca faltaba Emiliano Zapata, aunque a él lo celebrábamos más en los desfiles del 20 de noviembre, que era de los pocos días que nos gustaba levantarnos muy tempranito para ver a las Adelitas, a los caballos y los rifles de madera de los revolucionarios.

Hoy veo que los desfiles van perdiendo su color y se hacen sólo por cumplir con la fecha histórica, pero cada vez pierden más sentido, porque la sociedad le da poco valor, entre las prisas del día a día, los gastos, la decidía, la inseguridad...

Me gusta mucho imaginar la vida que tuvo Emiliano Zapata; pienso que fueron tiempos difíciles y también pienso de manera recurrente qué habría pasado si no existiera este personaje histórico en Morelos. Se dice mucho sobre él; algunas versiones dicen que era un héroe, otros dicen que era un bandido, otros tantos que era mujeriego... Sea como sea, hoy sigue siendo uno de los iconos que le da identidad al estado de Morelos. Decenas de monumentos están ligados a la historia del General; por ejemplo, los monumentos que existen en Anenecuilco, Ayala, donde Emiliano Zapata vivió su niñez. Algunos de éstos ya están deteriorados por la mano del hombre y el paso del tiempo: el Puente Blanco, la Hacienda de Mapaztlán, Hacienda Coahuixtla, la Estación de Tenextepango, el Puente de Calicanto, el Puente de Fierro,

entre otros. Por estos puentes pasaba el pequeño tren de vapor... De esto, ya sólo existen algunas fotografías y recuerdos en la memoria.

“Guardamos la hora decisiva, el momento preciso en que los pueblos se hunden o se salvan”, es una de las frases célebres de Emiliano Zapata, la cual resuena en mi cabeza, porque lo que decía en su tiempo continúa tan vigente, que pareciera que los pueblos están perdiendo lo suyo en todos los sentidos, sus recursos naturales: el agua, el campo, los árboles; su cultura: costumbres, tradiciones, identidad, patrimonio; su lengua: variantes lingüísticas.

Si Zapata viviera, la lucha mantuviera...

Si Zapata viviera, la patria defendiera...


Si Zapata viviera...

Son frases recurrentes en manifestaciones sociales que se escuchan en los municipios de Morelos, por diferentes causas... Tal parece que existe la añoranza de que alguien en la actualidad represente los ideales de Zapata, que parecen haberse extinguido.

2019 fue declarado como Año de Zapata. Hay fervor, hay inspiración, hay memoria, pero ¿qué pasará con Emiliano Zapata en 2020? ¿Y en 2030? ¿En 2040? ¿Quedarán en el olvido? ¿Los niños y jóvenes hablarán de Zapata?

Confío en que así será. Me gusta creerlo, porque no hay Morelos sin el general Zapata.

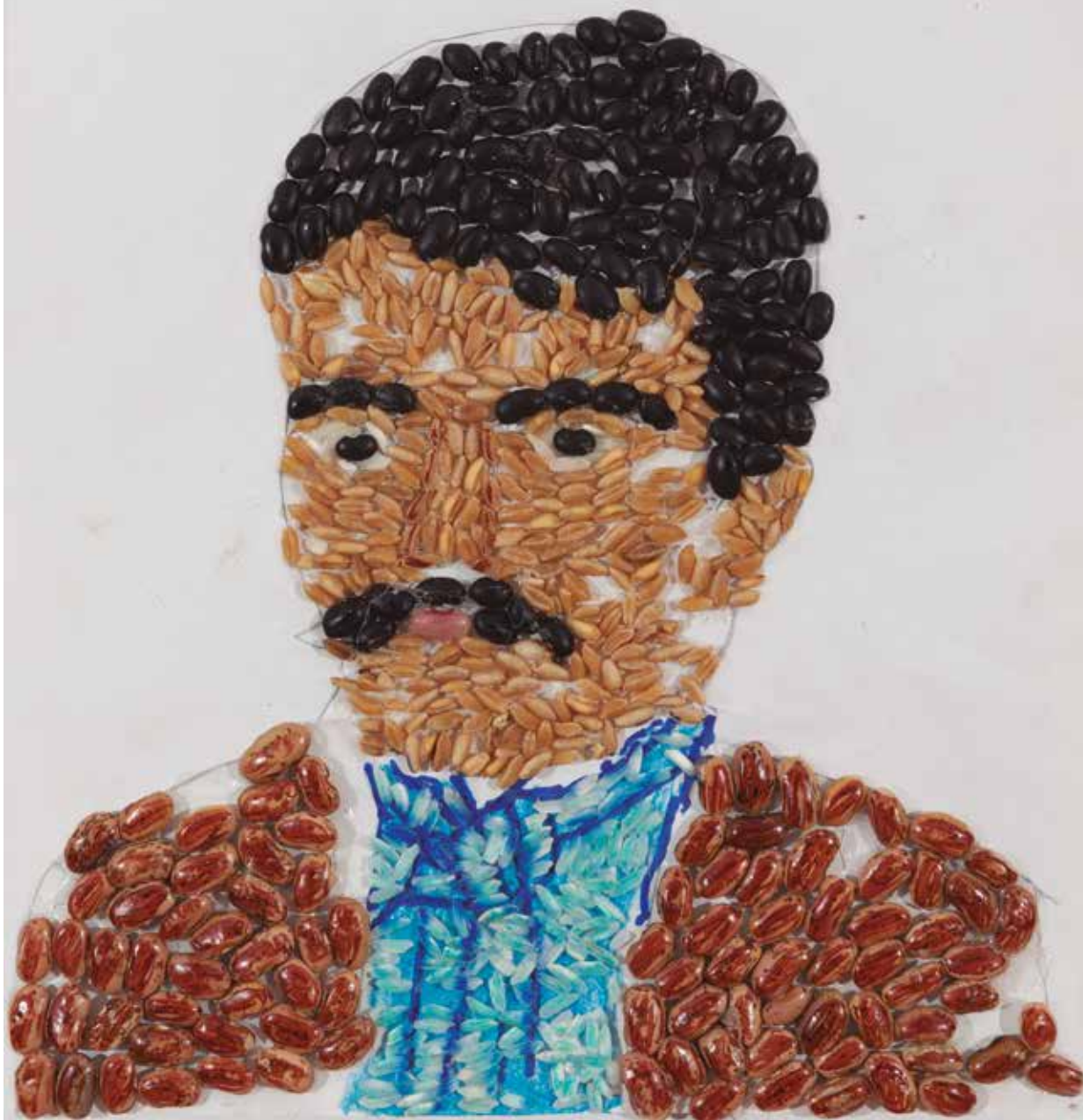
A la muerte de Zapata su figura se agiganta. Su espíritu es como el del héroe griego que, pese a que vislumbra su trágico destino, no se desdice de sus ideas y las lleva hasta las últimas consecuencias.

Zapata no ha muerto. Zapata está presente en nuestro imaginario. Zapata vive. 

Con pasión.

FRL

EMILIANO ZAPATA



Emiliano Zapata
Dafne Sánchez García

Vivencias indígenas del general Emiliano Zapata en el pueblo de Cuentepec

GERARDO COLOXTITLA NAVA

Emiliano Zapata fue conocido por toda su gente de sangre indígena como el hombre fundador del estado de Morelos. En ese entonces, los estados vecinos de la Ciudad de México sólo eran Puebla, Estado de México y Guerrero. Fue el encargado de dividir municipios y comunidades indígenas del estado de Morelos, en palabras del sabio y conocedor de la comunidad, señor Fidel Estrada, quien narra con mucho respeto y felicidad sus vivencias con el guerrero Emiliano en la comunidad de Cuentepec; rememora que compartió experiencias con el comité ejidal de la comunidad, poniéndose al frente de la defensa de las tierras de los indígenas.

Narra que el comité ejidal, en compañía de otros campesinos, construyó una pequeña casa de palma y adobe sobre la calle principal del pueblo nombrado Coloxtitlán. La casa fue usada como una oficina en la que se trataban asuntos de las tierras. Cuentepec fue una de las comunidades indígenas en las que Emiliano Zapata pasó mayor tiempo durante la Revolución, a causa del desconocimiento de sus habitantes del idioma español.

Por otra parte, el sabio Fidel relata que Emiliano Zapata subía hasta la cima de la cúpula de la iglesia del pueblo, así como a algunos cerros cercanos a la comunidad, como lo era el Coachi. Eran los lugares en los que pasaba mayor tiempo para poder avisar de la llegada de los llamados *gachupines* a la comunidad.

La señora Marcelina Lamadrid, esposa del sabio Fidel, narra que su abuelita era una de las señoras encargadas de llevar los alimentos, en su mayoría preparados con quelites, hongos, verdolagas, tortillas de frijol, flor de calabaza, etcétera. Varias de las señoras se turnaban para llevarle el alimento a él y a los demás campesinos que ayudaban a vigilar y cuidar el pueblo; entre esta vivencia, Fidel rescata que él, después de haberse calmado la Revolución,

vigilaba los alrededores de la comunidad en compañía de otros jóvenes; salían de su casa desde muy temprano y regresaban al atardecer; se dirigían a la ayudantía del pueblo para informar al comité sobre lo malo que habían visto.

Fidel conserva con mucha melancolía y agradecimiento una foto del general Emiliano Zapata montado sobre su caballo, que recibió en las oficinas centrales de Morelos. Se le otorgó por su trabajo en conjunto con el comité y comisariado de la comunidad de Cuentepec. La foto fue otorgada por el comité ejidal de Anenecuilco, lugar de origen de Emiliano Zapata.

Lo más doloroso fue su muerte, causada por una traición por parte del coronel Jesús Guajardo, el 10 de abril de 1919. Se le recuerda siempre como el hombre que lo dio todo por la causa revolucionaria, por su gente de origen campesino. Se recuerda su valioso lema: “La tierra es de quien la trabaja con las manos”.



Non tlakatsintleh Emiliano Zapata kixmatiyah imoxtin non tlakah porowetin, okitate kenimeh non tlakatl otekichi ipan nin tlalek Morelos, ikuak sah onemiah non estados Puebla, Estado de México, wankuetl Guerrero. Ijuatl opeh tlateteke wan otlá tlatlamachi moyokak ipan nin municipios wan attepemej. Nin tlatolek chikatika ipan nin altepetl, non tlakatl. Fidel Estrada, kitowah kah wilikeh respecto, wan pakilistlek Emiliano tech nin to attepetyl Kuatepec; kitlnamike onemiah iwan non tekuakeh, okinyekatinimia ipan otlatowaya non tlalmeh kin tokarowa kampa porowetlah. Nin tlaixmatinek kitlnamike itewan non tekuakeh iwan oksekin tlakah okichichikeh sente xoyakalej, wan okitsinkuetike ika tlatlarrobestin, imelakan

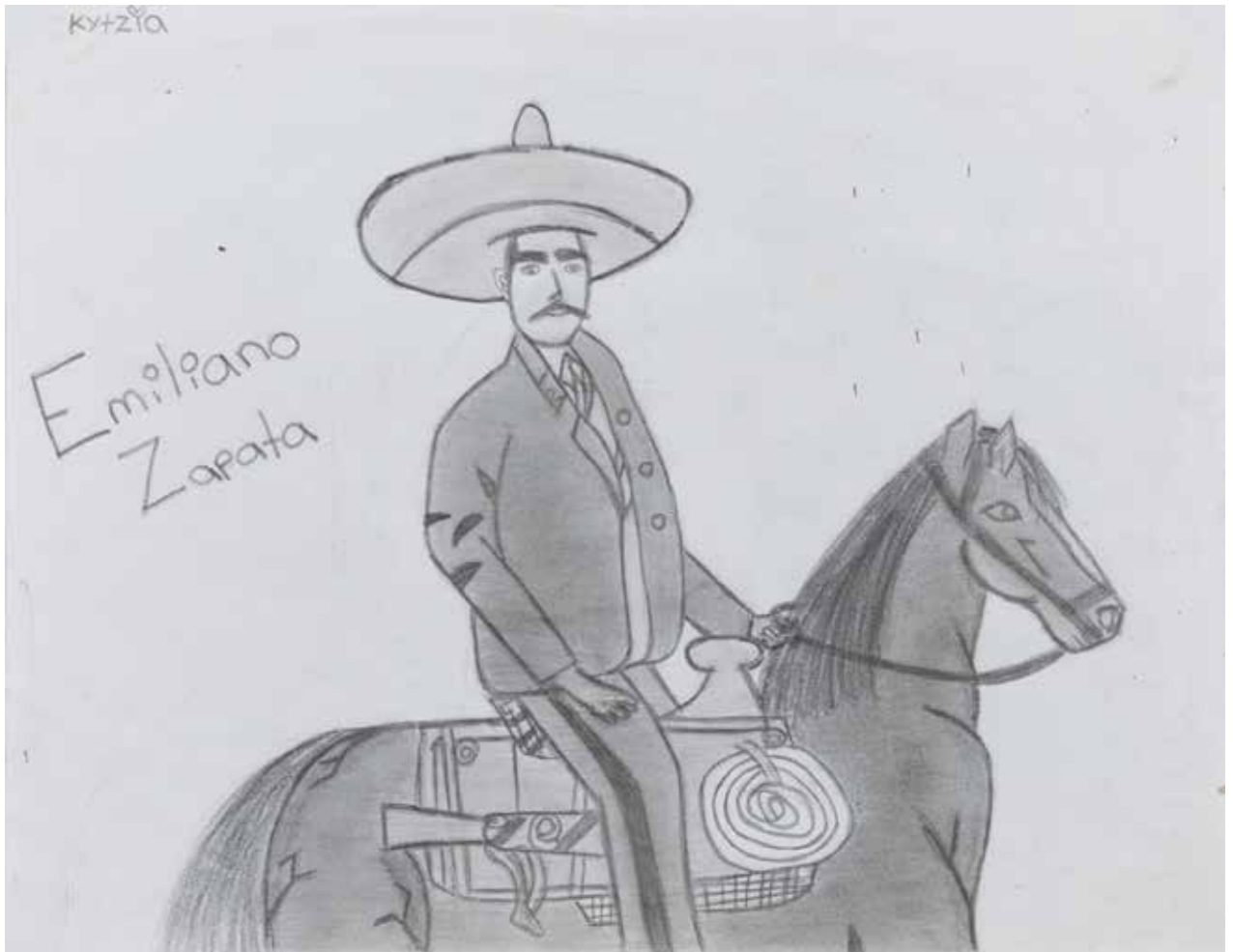
koloxtitlan, non kalek ojkuutike oficina kampa okitayah mocheh non tlatlmej kanista in waxka. Non altepetl Kuentepék kitowah nin tlakatl motenewa oweka topotlachix nikan onemiah kuak opemotewiyah oweka nikan towan por miek tlakatl omo ipowejueyake non tlatolek mexicano.

Ka ojsekan nin tlaixmatinek kitowah non Emiliano Zapata, otlekoyah ipan non tiopantle oktaya nikan tech nin toh altépetl, itewan ipan seken tepixmeh sakompa ojtayah, kexkan non kuitia kuatsin, ompa kachih ommatiayah por wilike kale otlachiyak wekah, wan kion kualek tech nawatis kuak iwitse non amokuatlín tlaka, kin kuitiaya gachupines. Non siwatsintle kitokayotiah Marcelina Lamadrid isiwa non tlaixmate Fidel, kitlnamike itewan non i kokotsin itewan okih tlamakaya non tlakasintle, non ipa otlakuaya san kah kilitl, nanakatl, ixmitl, itakamej, mixwajilitl ayoxochikil, etcétera, miek siwame okukiliaya in tlaxkatl non Emiliano iwan intewan non tlaka okitokatinimiyah tlamokuitlawiah non

altepetl; itewan kitowa non tlaixmatinek Fidel kuak omosewe nin motewiya ijuatl omo temakak tlamokuitlawis iwan ojsekin tlaka non kimach tetlpokamej, okisaya inchan katlatlanestika wan owalaya mokalikah kah itlatlapoyatika, wan tetlanonotsa non tlenon amo kuale okinextike.

Non tlaixmatinek kitlakawitikah ka wilike pakilistle sente tlaixkopinalem iwaxkayok non Emiliano Zapata ipan non iyotlka, okitlayokolike kampa pyayak intewan non ojsekin tlaka kuitiah pah oficina okin tlayololikeh por otekichike iwan nontekuake wan non weixtika chante towan ipan non altepetl, okin tlayokole non tecuake chante Anenekuiko kampa otlakat non general Emiliano Zapata.

Wilikeh okin kokoh non kuak okimayake, ipampa non coronel Jesús non tonalehk matlaktlih de abril de 1919, kitlnamike kenime non tlakatsintlek topotlachis mochipah, wan towan omokets nin amo tiweixtikate. Ti kitlnamikeh non itlatotl kitowaya: “Non tlatlmech inwaxka non titekichiwah”. ◆



Emiliano Zapata y el As de Oros (su caballo)
Kytzia Rebeca Sánchez Rodríguez

Puente del Pajarito

JESÚS REYES PLIEGO VILLANUEVA

Puente del Pajarito es un sitio emblemático que une a Quebrantadero, Morelos, con la comunidad en desarrollo que es Axochiapan y, en sentido contrario, con Cuautla.

La referencia histórica del Puente del Pajarito es por una barranca con el mismo nombre que se va deslizando desde la parte norte y cruza el costado oriente de la comunidad de Quebrantadero.

También caminando por los bordes de la barranca, en aquellos hermosos ayer, ya fuera pastoreando el ganado o haciendo paseos dominigueros montados a caballo, se disfrutaba de los hermosos paisajes y atardeceres rurales, paisajes que por decenas de años quedaban petrificados en las mentes y corazones de hombres, mujeres y niños del campo.


Entre los límites territoriales de Quebrantadero y Axochiapan hay una piedra con unas incrustaciones rojizas en forma de pajarito a las que, si se les echa agua de la barranca, muestran con mayor intensidad el color rojizo, lo que permite que se aprecie ese detalle de la bella naturaleza. Algunos habitantes de Quebrantadero hablan de puntos simbólicos que tienen que ver con un espacio, un camino, una referencia del caminante por estas veredas prehispánicas.

Lo cierto es que, muy cerca del Puente del Pajarito, en su parte suroriente y sobre los bordes de la barranca del mismo nombre, Zapata y sus generales dejaron instalado un campamento, en ese lugar que era cruce obligado de muchos pueblos para el comercio, intercambio y trueque de productos locales y regionales, así como de peregrinos que visitaban el imponente Santuario de Jesús Nazareno de Tepalcingo.

Muchas batallas libraron los zapatistas, sobre todo, contra el llamado *Cartón*, que iba quemando las milpas, las casas y sembrando el terror entre los pueblos en los que hacía presencia.

Una noche, bajo el suave frío de diciembre de 1911, el ejército federal sorprendió al grupo de zapatistas acampados en ese borde de la barranca. La mayoría murió, y ahí quedaron sus cadáveres inmóviles y sus esperanzas truncadas de ver nuevamente en sus manos las tierras que les habían arrebatado los ricos y hacendados. Otros, los que se salvaron, tuvieron que salir huyendo hacia la serranía poblana: Jolalpan, Huehuetlán el Chico, Chietla, Chiautla de Tapia y Acatlán de Osorio.

Con respaldo de los pueblos locales, el zapatismo se reorganizó y continuaron la lucha por lo más sagrado de la vida del campesino: tierra y libertad. Los pueblos de la región suroriente del estado de Morelos apoyaron de diversas formas la lucha agraria. Veían en ella su porvenir, la sobrevivencia de las familias campesinas; por ello luchaban, por eso se incorporaron los pueblos y ranchos al Ejército Libertador del Sur. Querían el maíz, el frijol, las calabazas y todos los productos naturales del campo. Querían arar la tierra, pastorear sus vacas y bueyes. Querían tener un caballo propio y galopar por las verdes llanuras de la región. Querían llegar a casa, con su esposa y sus hijos, llenos de alegrías frescas traídas del campo. Una férrea esperanza que nunca perdieron aun viendo tendidos a sus compañeros de lucha por las balas asesinas del sanguinario Cartón.

Es la memoria de nuestros pueblos la que cuenta; es su voz; son las generaciones las que van volando, las que van transmitiendo, las que caminan; son territorios con nuevas esperanzas. 



Emiliano Zapata
Sheyla Michelle Ramírez Arteaga

Mis letras, transmisión oral de mi abuelo

JESÚS SEDANO HERNÁNDEZ

Mi infancia estuvo llena de transmisión oral por parte de mi abuelo materno, Hipólito Hernández Vargas. *Poli* le decíamos de cariño. Lo recuerdo sentado sobre una silla de madera tejida con palma en el corredor de su casa, construida con grandes adobes elaborados en aquellos años en los que todavía la familia se reunía en el corral de su hogar para hacerlos con la técnica tradicional, es decir, por medio del pisoteo.

Nos reunía y nos hacía sentar cerca de él para narrar lo que su papá, Jesús Hernández, le había platicado sobre la memoria histórica de la Revolución. Mi abuelo nació en 1911, justo el año en que el pueblo de Tepoztlán vivía la Revolución.

En mi memoria conservo el momento en que *Poli* comenzaba a narrar: “Mi papá me contó que fueron tiempos de hambre, tiempos de salir corriendo hacia los cerros, entre las cuevas o donde se pudiera uno esconder. En esa época se vivió el saqueo, se llevaban el ganado o los mataban, los animales de corral desaparecían, también se llevaban el frijol y el maíz. El pueblo vivió una época de muerte, enfermedades, pero, sobre todo, de vivir entre el miedo, en espera de salir a esconderse, a refugiarse en los cerros para permanecer por días e, incluso, meses.

Entonces, la infancia de mi abuelo estuvo rodeada de pobreza; él estuvo escondido por los cerros; con el rostro triste recordaba que le ponían un grano de maíz en la boca para masticarlo y poder tener que comer; al igual, tenían que buscar agua para beber entre los escurrimientos del cerro, entre los charcos de agua estancada por días; si bien les iba, podían bajar al pueblo y llenar sus bules con agua en las pilas tradicionales que se colocaban para abastecerse en el consumo diario.

El olor a café de olla es un aroma que todavía recuerdo, al ver que de sus árboles de café se recolectaba el grano; lo ponían al sol en un ayate para

que se secara, para después limpiarlo, tostarlo y molerlo en un pequeño molino que hace muchos años se perdió.

Tomar café en el corredor de su casa, tiempos de mi infancia que aún atesoro en mí, escuchar su historia de vida sobre la Revolución y lo que sus padres le contaron, sobre todo en temporada de lluvia, el olor a tierra mojada y el sonido de la caída de las gotas sobre el tejado. El canto de las codornices que tenía en el patio colgadas en una jaula entre las ramas de un árbol de durazno; mi abuelita hervía los huevos de las codornices y nos los daban de comer.

A mi abuela Clementina Sedano le tocó nacer en 1907; *Patatina*, así le decíamos los nietos, ya que el nieto mayor, al no poder pronunciar correctamente *Clementina*, le decía *Patatina*. Ella tuvo otra historia de vida, venía de familia con dinero, sus padres la pudieron proteger de diferente manera durante la Revolución.

De mi abuela, tengo poca transmisión oral, porque murió cuando aún era muy pequeño. Pero a ella sí la sacaron del pueblo de Tepoztlán para tener un mejor refugio y volvió cuando ya había pasado el peligro. Los abuelos *Poli* y *Patatina* en su recámara tenían dos baúles de madera con fotografías, documentos de esa época. Desafortunadamente no faltó quien los abriera y se llevará toda esa información. Recuerdo que me mostraban fotografías y manuscritos, entre otros recuerdos. Un pan tostado con miel de abeja pura, parte de mi niñez junto a ellos y que acompañaba esos tiempos.

Mi abuelo tenía amigos con quienes, en sus ratos de charla, se reunía en las bancas del zócalo de Tepoztlán; rescataban de sus memorias lo que vivieron, lo que sus padres o abuelos les platicaron e, incluso, sus contemporáneos; la forma en que los amigos se referían entre sí: “Somos contemporáneos”.

Mi abuelo iba por mí a la hora de la salida del Jardín de Niños Estanislao Rojas, ubicado en el mero centro de Tepoztlán; siempre a la salida estaba don Marce, con su carrito de nieve de vainilla y su peculiar mermelada casera que acompañaba su nieve; recuerdo que costaba una moneda. Al pasar por el zócalo del pueblo, saludaba a sus amistades, y recuerdo fragmentos de esas largas pláticas que se aventaban. Con el tiempo, Poli continuó contándome cada una de esas historias de vida.

Entre los que recuerdo, su amigo *Pilli*, no recuerdo su nombre, pero con ese sobrenombre se referían a él, platicaba que su padre les decía que por las noches, con mucho cuidado, tenían que bajar al pueblo, salían de entre los cerros para ir al campo y poder recolectar lo poco que dejaban, entre maíz, quelites, algún animal de campo, para poder tener que comer; recuerdo cómo se describían con calzón de manta, algunos con huarache, otros descalzos, acompañados con su jorongo, morral, sombrero y machete. El grupo de amigos de mi abuelo usaban sombrero en recuerdo de que su papá o abuelo así los habían acostumbrado, tanto para ir al campo a trabajar, sacar el ganado, ordeñar las vacas como en su cotidianidad para realizar su vida diaria, e incluso para ir a misa los días domingo.

La salida de la escuela era momento de juntarse con los viejos, esos viejos que se decían entre ellos la hora de ir por los nietos. Para mí fueron horas de saberes tradicionales y comunitarios, acompañados de transmisión oral de lo que vivieron en esa época a principios del siglo xx. Recuerdo que fui privilegiado de colarme entre esas pláticas de contemporáneos, de escuchar nombres de personas que vivieron la Revolución, de hombres que murieron y mujeres que quedaron viudas con la responsabilidad de sacar adelante a sus hijos; historias de vida de la gente que vivió esos tiempos de tristeza, dolor, soledad, sufrimiento, de hambre y miedo en el pueblo de Tepoztlán.

El tema de que muchos de los ahí presentes sólo tuvieron oportunidad de estudiar hasta ter-

cero o cuarto de primaria, de ahí tenían que salir a ayudar a su papá en el campo, tenían la responsabilidad de cuidar el ganado o acarrear la leña; su educación fue bajo un árbol del atrio de la parroquia de la Natividad de María.

Entre esos rostros arrugados, manos ásperas de arar la tierra, pies cansados de recorrer toda una vida, una vida acompañada de tiempos de la Revolución. Tiempo de aquellos niños que les tocó estar escondidos, mientras su pueblo era azotado por la peste y el tifo; la muerte se llevó a familiares y paisanos tepoztecos; entre suspiros, miradas que se veían aguantar el llanto, pero sin dejar soltar el dolor al expresar lo que su alma por dentro guarda por años, era momento de recordar, de compartir, de soltar con los amigos.

Ellos decían que las casas grandes que había en ese entonces fueron tomadas para convertirse en cuarteles zapatistas. El Ex Convento de la Natividad de María fue cuartel; ahí se les daba de comer a las personas; las mujeres tenían que moler, cocinar para los zapatistas. “¡Sí, a mi abuela le tocó cocinarles!”, eran el tipo de expresiones de aquellos amigos contemporáneos; es más, “¡también tuvieron que ser enfermeras para curar a los heridos!”, e incluso “¡rezanderas para pedir por quienes murieron frente a sus ojos!”.

Esa transmisión oral era a la misma hora y en el mismo lugar en el zócalo de mi pueblo, en ocasiones acompañado del toque de campanas de la iglesia grande, como así se conoce, ya fuera porque llevaban algún difunto para despedirlo del mundo terrenal o porque se celebraba alguna festividad, estaba el Santo Jubileo u otro motivo; esto hacía el momento más nostálgico al oír las campanas de los campanarios de la parroquia dedicada a la Virgen de la Natividad, construida por indígenas tepoztecos entre 1555 a 1580, bajo la orden de los frailes dominicos, encabezados por fray Domingo de la Anunciación.

Se reunían entre cinco a diez amigos. Desde entonces me agradaba quedarme ahí, cerca de donde estaban los contemporáneos, para oír esas conver-

saciones; recuerdo bien, que los demás niños, nietos de los amigos de Poli se organizaban para jugar a las correteadas, escondidas, jugar a las canicas, bailar el trompo mientras los abuelos recordaban historias de viejos, de sus antepasados, de lo que ya pasó; sí, así justamente decían: “Qué aburrido escucharlos”. Pero mi atención a estar siempre estuvo presente y actualmente me siento afortunado de haber estado entre ellos.

Don Maguey viene a mis recuerdos, otro amigo y vecino de mi abuelo; cómo olvidar esta transmisión oral que era casi todas las tardes; sí, en casa de don Ismael Morales, al entrar, encontrábamos a don Maguey sentado en el comedor que se encontraba en el corredor de la casa; aún todos los días que paso caminando por ahí recuerdo esos encuentros, cuando los amigos contemporáneos se juntaban para platicar; incluso tomábamos café; ése era otro de los momentos que disfrutaba esa taza de café que don Maguey nos invitaba en un jarro de barro y, en ocasiones, coincidía cuando pasaba la persona que vendía el pan, con su canasto de palma sobre su cabeza. Ellos remojaban su pan de sal, escena de dos amigos reunidos platicando de lo que les tocó vivir. En ocasiones, el olor a pulque que permanecía después de ir a ordeñar el maguey silvestre que mi abuelo tenía dentro del terreno de la casa, que estaba entre el tecorrall.

Entre los recuerdos de aquellas pláticas están las cuevas en los cerros de Tepoztlán; es ahí donde las familias se escondían; los carrancistas saqueaban y mataban a la gente, es por ello que en el atrio de la iglesia grande se dice que ahí hay gente enterrada que fue fusilada. También atrás del ayuntamiento, en el terreno donde tiempo después se construyó el Auditorio Ilhuicalli. En la columna de lado derecho del escenario se dice que ahí quedaron cuerpos enterrados.

Mi infancia, rodeada de transmisión oral, en la cual siempre estuve atento a lo que los mayores platicaban; a don Maguey lo recuerdo siempre con huaraches y sombrero, camisa de manga larga y en su mano sostenía un matamoscas que azotaba

al ver una mosca sobre la mesa. Pláticas envueltas siempre de algo nuevo por escuchar. Hablaban también del ferrocarril que pasaba por el poblado de San Juan Tlacotenco. En 1929, Tepoztlán no contaba con una carretera, pero en ese mismo año, por el pueblo de Santa Catarina, había personas que empujaban un automóvil modelo 1928, con un claxon rojo, buenas ruedas, rayos de madera y quien lo conducía era Joaquín Castañeda Bosses.

Años después entró al pueblo el primer autobús foráneo Flecha Roja, con dieciséis asientos. La visita del presidente Lázaro Cárdenas a la cabecera municipal, donde anunció la construcción de la carretera federal que uniría a los tepoztecos con los cuernavaquenses, carretera inaugurada en 1936. El primer carrito de madera tepozteco fue construido por el señor Pablo Cortés, herrero y carpintero; sus asientos de madera lastimaban al momento de dar saltos por los hoyancos de la carretera.

Sobre la supuesta muerte de Emiliano Zapata, siempre me gustó escuchar que, rumbo a la muerte, el día 10 de abril de 1919, su compadre Agustín Cortés Tepozteco le intercambió sus ropas. Por ello decían que no fue el general Zapata a quién habían matado en el portón de la Hacienda de Chinameca.

Las pláticas siempre envueltas de gente que quedó tirada en las calles; por ello se dice que las almas siguen penando. Por cierto, afuera de la casa donde vivo han visto a una persona parada, Poli decía: “Es que ahí quedó un cuerpo”.

Para los años veinte, en Tepoztlán, las familias volvieron a trabajar la tierra. Recuerdo que hablaban de ollas con monedas enterradas en los corrales; de ahí la gente empezó a comprar sus animales para intentar rehacer su vida cotidiana. Aquí hago un recuerdo de mi hermano Josué Sedano, a él se le ocurrió enterrar dinero una ocasión en el corral de la casa de los abuelos paternos, permaneció un tiempo escondido, el día que quiso sacarlo, las tías le habían cambiado las monedas por trozos de carbón. El juego de un niño que creyó que si enterraba dinero, en el momento en que quisiera iba a estar ahí, como lo hizo en su momento la gente del pueblo.

El carbón, junto con la leña, se preparaba en el pueblo de San Juan Tlacotenco; había un señor que pasaba a la casa a vender todavía en costal el carbón y, en temporada de lluvia, los hongos; no recuerdo el nombre del señor, pero sí su transmisión oral: su padre le platicó que su abuelo tuvo que quemar los árboles para obtener carbón y trozar árboles para tener leña; esto lo vendía para poder tener qué comer, pero esto ocasionó que también vivieran la extinción de ciertos árboles de la región.

Hablar también de los corridos zapatistas era parte importante de la narrativa popular, fueron pocos los momentos en que me tocó escuchar que cantaran, pero sí recuerdo que con guitarra, entre las fogatas que hacían el día de Muertos, la gente se reunía para recordar y cantar algunos corridos.

Hipólito Hernández se casó con Clementina Sedano; a él le tocó ordeñar sus vacas, vender la leche, se vistió con calzón de manta, huaraches, usó morral y sombrero.

A partir de que sus hijos empezaron a trabajar, decidieron que Poli tenía que dejar de hacerlo; empezó a usar zapatos o botines, pantalón de vestir, camisa de manga corta, guayabera y sombrero. Cómo olvidar un par de jorongos que usaba.

Correr por el corredor de su casa es revivir una infancia con abuelos a quienes les tocó esa época difícil, cada uno en diferente posición social, económica y cultural. Pero el tiempo los reunió en un camino de vida, acompañamiento y anécdotas.

Tengo el orgullo de ser tepozteco, vengo de una infancia afortunada. Mi abuelo Poli, gran personaje en mi vida gracias a esos momentos de estar atento a los testimonios vía transmisión oral. Crecí acompañado de la historia viva, del gusto de querer conocer más sobre la Revolución en Morelos.

Mis padres, Salvador Sedano y María Concepción Hernández, conforme fui creciendo, y en compañía de Poli, me llevaron a visitar lo que ahora conocemos como la Ruta Zapata, sus espacios y museos. La pasión de ser promotor cultural es cobijada gracias a ellos; desde niño aproveché que, en lugar de ir a jugar con los demás niños mientras los abuelos platicaban, yo decidía quedarme quieto para escuchar la historia de aquellos que la transmitieron.

Hipólito Hernández Vargas murió el 8 de noviembre de 2005, a la edad de noventa y cuatro años; viejo contemporáneo al que la vida le permitió ser parte de la historia. Con tristeza y lleno de recuerdos, le tocó despedir a cada uno de sus amigos; al morir, él visito a cada uno cuando estaban tendidos; las campanas empezaban a repicar y él decía: “Ahora ¿quién de mis amigos murió?”, esos amigos contemporáneos que me permitieron estar cerca, entre sus pláticas, sus risas y tristezas, pero, sobre todo, de ese amor por su territorio. Una noche antes de que el corazón de Poli dejara de latir, le agradecí la herencia de sus saberes que me ha permitido continuar y ser promotor cultural del estado de Morelos. ◆



Emiliano Zapata
Yael Maximiliano López Díaz

Zapata, nueve años

JOSÉ JULIO LÓPEZ PERALTA

Y, sin embargo, he ahí que él estaba esperando la muerte, aun sin saberlo, sin presentirlo siquiera. Dejando reposar la mente por todos los rincones de su existencia por el júbilo, el desamparo, la injusticia y la violencia. Conectando el pasado y el presente como si fueran uno mismo, aunque el futuro, el destino, quedaba apartado en penumbras vacías.

Esa mañana, el quehacer diario fue de lo más común del mundo. Sus hermanas y madre hacían el almuerzo en el fogón. Su padre preparaba las cosas para el barbecho de la temporada. Él, niño como lo era, permanecía abstraído en sus juegos infantiles, como corretear al perro, mojarse en la lluvia, encontrar a las gallinas escondidas en los rincones de la casa.

—*Ámonos*, Emiliano, llévate las tinajas del agua. No regresaremos hasta el mediodía.

—Claro, *apá*. Ya casi las alisto.

Siendo el campo lo único que ha conocido a sus nueve años, emocionado como estaba, se preparó lo más rápido que pudo. El caballo listo para su ruta mañanera, la comida recién hecha, las tinajas llenas, el ruido de las botas de su padre, ese ambiente familiar y profundamente campirano habría de recordarlo siempre.

Entre batalla y batalla revolucionaria, Emiliano nunca dejaría de ser hombre de campo. Su idealismo y valentía en favor de las clases menos favorecidas habría de encontrar profunda raíz en sus primeros años de su vida.

—*Ámonos*, que el sol arrecia pronto.

Empezaron la caminata hacia el campo. Sus hermanos acompañaban de cerca a su padre. Aprendiendo lo que en la vida adulta les habría de servir para seguir adelante. Miles de niños seguían el mismo camino de ellos. Enmarcando su infancia con juegos, trabajo de campo, diversión y esfuerzo duro, Zapata y sus hermanos encontra-

ron alegría ante la adversidad. Una vida rodeada de marginación, pero también de sueños e ideales que serían aparejados a la Revolución mexicana.

Transitar por el pueblo, implicaba un sinfín de imágenes y colores. El pan recién horneado en la mañana, vendido por las señoras del pueblo. Los puesteros con su maíz, frijol y calabaza gritando hasta encontrar al mejor cliente. Los cientos de campesinos rumbo a sus parcelas, trabajando de sol a sol, esperando ansiosamente el fruto que muchas veces les era arrebatado de las manos.

—Papá, cómprame unos dulces de regreso.

—Ya veremos, hijo, si te portas bien y me ayudas.

Camino al campo, el aire matinal embargaba el ambiente, luz, claridad, polvo y humedad. Poco a poco cimbrándose el caballo en la vereda ejidal, se esclarecía el paisaje rumbo a la parcela. Zapata atinaba a disfrutar un día a la vez. El trabajo era diversión y viceversa. El tiempo se desvanecía en las horas, pero también regresaban en intenso vaivén. La rutina diaria también tenía su encanto.

Antes de llegar a la parcela grande, se perfilaban tres hombres a la vista. El primero de ellos vestía como un campesino común. Los otros dos como gachupines, no muy ricos, pero bien vestidos.

—Mira, papá, don Ernesto está hablando con dos señores.

—Así es, *m'ijo*. Pero hay que estar en nuestros asuntos.

Aquel hombre, don Ernesto, platicaba con los otros, pero lo que inició como una plática normal terminó como pelea verbal.

—Ustedes no pueden quitarme mis parcelas.

—Por supuesto que sí. Tenemos los derechos por escrito.

—Váyase, y ya no molesten más.

Esos hombres se marcharon al campo, pero don Ernesto seguía reflexivo.

Tenían razón. Las tierras no le pertenecían a él, sino al hacendado que las había hecho suyas. Don Ernesto fue víctima de una de las circunstancias que habían iniciado la Revolución mexicana: la pérdida de tierras en manos de los hacendados y los más pudientes, lo cual era una situación común que había generado gran descontento.

Don Gabriel Zapata, padre de Emiliano, se propuso hablar con el pobre hombre despojado.

—¿Qué sucede, amigo?

—Me han sido quitadas las tierras que heredé de mis padres.

—¿Quién hizo eso?

—El hacendado Villaseñor, junto con el presidente municipal. Me despojaron de mis tierras, dizque están en su territorio.

—¿Y ahora adónde va, amigo?

—A mi casa, no hay nada más que hacer.

Al escuchar esas palabras, el pequeño Emiliano dijo:

—¿No se puede? Pues cuando yo sea grande, haré que las devuelvan.

—No digas tonterías, *m'ijo*. Vámonos al trabajo.

De vuelta a sus faenas, la familia continuó con el barbecho y preparó los surcos para las semillas. Sin embargo, la imagen del hombre despojado de sus tierras se enraizó en la mente de Emiliano y le produciría una aflicción permanente. “¿Cómo es posible —pensaba— que los hombres buenos no merecen trabajo? Yo, cuando sea grande, quiero ser como mi papá o don Ernesto. Hombres buenos y trabajadores.” Porque los hombres buenos parecían no tener apoyo de nadie. Ni del gobierno ni de las autoridades; sólo la sociedad definía su destino, como ganón o perdedor.

Zapata creció en ese ambiente de desigualdad; nadie mejor que él conocería los problemas que atravesaba la población campesina y sería él, a lo largo de los años, quien reflejaría en sí mismo los ideales de libertad, justicia e igualdad para las clases menospreciadas, personas como su padre o don Ernesto.

De regreso a su casa, Emiliano se dedicó a jugar con sus hermanos. Mientras tanto, su padre se encontraba consternado. Si eso le sucedía a uno de sus conocidos, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que a él le sucediera lo mismo? Gabriel Zapata recordó la escena del hombre y pensó, también, en su esposa e hijos. ¿Qué clase de futuro les deparaba? ¿Cómo podría un hombre analfabeto, que no conocía otra cosa más que el campo, encontrar una nueva forma de mantenerlos?

Observando austeramente a su padre, Emiliano se propuso que no permitiría que ese tipo de cosas pasara a las personas buenas, que trabajan arduamente con sus propias manos bajo el sol. De alguna manera, él lograría mantener su promesa.

Camino a Chinameca, los recuerdos resultan más vívidos que nunca. El trabajador, el patrón y el hambre de justicia llegan calando a su mente, mientras transita por la vereda última en que él habría de entregar la vida.

Esa noche, antes de llegar a la hacienda, su padre, su madre, su vida campirana, habrían de rondar su memoria, como si fuera la primera y la última vez. Finalmente, escuchó un trompetazo, sacó una pistola, pero recibió veinte balazos. El caudillo, el héroe, habría de llegar al otro mundo sin más acompañamiento que sus recuerdos. ◆

29



Emiliano
Zapata
Salazar



Nuestro Zapata
Juan Carlos Núñez Sorelo

Zapata y el corcel imaginado

JUAN SALVADOR OROZCO

En la casa de Noé se hablaba claro y las cosas se investigaban antes de decirlas.

Él era periodista de viejo cuño, así que todo lo que se comentaba en su casa debía estar verificado. “Soy periodista siempre, no puedo quitarme el oficio como si me quitara el sombrero. Hablemos con la verdad. Investiguen, chavos”, decía con la mueca y el tono solemne que lo caracterizaban cuando quería enfatizar sus palabras.

Desde hacía días, sus hijos, Sofía, de doce, y Santiago, de once años, discutían acerca del caballo de Emiliano Zapata.

—¿De qué color era el caballo de Emiliano Zapata? —gritó Sofía desde su habitación.

—Sofí, no grites —respondió también con un grito Gabriela.

Sofía corrió por el pasillo, saltó agilmente al gato y llegó a la cocina, donde Gabriela, su mamá, preparaba la cena.

—Es que no entiendo, ma, en algunas fotos parece que era negro, pero en otras se ve más claro, y hoy en la mañana Santiago aseguraba que el caballo de Zapata era blanco, ¿puedes creerlo? ¿De dónde saca ese loco que Zapata tenía un caballo blanco? Los caballos blancos son para las princesas y mi general Emiliano Zapata no era una princesa, era el Caudillo del Sur. De hecho, pienso que la imagen de Zapata siempre estará relacionada con los movimientos revolucionarios. Nada de caballitos blancos.

—Respira, Sofía. Ven, siéntate. Ya casi es hora de cenar, y papá y Santi llegarán de un momento a otro.

—Está bien, mamá, pero lo que yo quiero dejar en claro a mi hermano es que en ningún lugar he visto que mi general se le haya acercado siquiera a un delicado caballo blanco. ¡Imagínate! Si a él no le gustaban esas cosas. ¿Sabes que cuando estuvo en la Ciudad de México no quiso sentarse en la silla presidencial no por superstición, como la

gente dice, sino porque él era gente del pueblo, así como nosotros? Si no detengo a Santiago, después va a divulgar como verdad esa leyenda del tesoro de Zapata. No lo podemos permitir, mamá.

—Ya, niña, mejor ayúdame.

Noé y Santiago llegaron a los pocos minutos. Como siempre, venían platicando casi a gritos. Sin dejar de platicar, besaron a Gabriela y a Sofía, y se sentaron a la mesa de la cocina.

—Oigan, aquí estamos Sofi y yo. Ya dejen de platicar como si estuvieran solos.

—Es que, ma, mi papá dice que Zapata hablaba una lengua uto-azteca.

—¡No, por favor! Otra polémica. Mejor les sirvo. ¿Quieren frijoles?

—No, Santiago, yo no dije eso. No escuchas y después inventas cosas. Investiga, chavo —dijo Noé, entrecerrando los ojos.

—Así ha estado desde la mañana, pa —dijo Sofía, mientras endulzaba su té con un poco de miel—. Fíjate, ahora resulta que mi General tenía un caballo blanco.

—¿Verdad que sí lo tenía, papá? ¿Verdad que me enseñaste la foto ayer que fuimos a recoger la ropa de Sofi? Cuéntales, enséñales. Y, por cierto, Zapata hablaba náhuatl. Investiga, chavo —dijo dirigiéndose a Noé.

—Ay, Santiago, ¿qué vamos a hacer contigo? ¿Qué hacemos con él, Gaby? Te entiendo, Sofi, te entiendo. ¡Qué niño! Igual de necio que...

—No empieces tú también, Noé. Mejor come.

—Está bien, cielo, sólo déjame aclararle a este muchacho que lo que le mostré ayer no era una foto. Bueno, sí era una foto, pero era la foto de un fresco que pintó Diego Rivera en el que aparece Emiliano Zapata vestido como campesino, con traje de manta, guiando a un grupo de personas, también campesinos. Lo curioso de la pintura es que no es una imagen típica de Zapata. Aparece en

la obra de Rivera dirigiendo a un grupo de campesinos que portan herramientas agrícolas, como armas. Escucha, Sofi, vemos a Zapata, en la pintura, claro, que toma las riendas de un majestuoso caballo blanco. El general se levanta triunfante al lado del cadáver de un hacendado. Rivera lo inmortalizó como héroe y glorificó el triunfo de la Revolución como una imagen de venganza violenta, pero justificada.

—Eso es diferente, papá, es una pintura. Eso no quiere decir que el gran Caudillo del Sur montara un corcel blanco. Te volví a ganar, Santiago.

—No ganaste. Ya lo dijo papá: Zapata aparece tomando las riendas de un caballo blanco, ¿qué importa si es en una pintura? ¿El arte no es real? ¿Pudiste imaginar a Zapata junto al caballo blanco sí o no? ¿Qué fue primero, el lenguaje o el pensamiento? ¿O me vas a decir que las cosas existen cuando les ponemos nombre? Tu gato no tiene nombre, pero existe. Míralo, ahí está otra vez orinando los tenis de papá.

Noé se levanta de un salto y espanta al gato que, efectivamente, ya estaba orinando sus tenis. Regresa a la mesa con media sonrisa en el rostro.

—Niños, por favor, coman.

—Espera, mamá. El gato es *Gato*. *Gato* es su nombre. Existe. Trata de entender, hermanito; esa imagen que describió papá ni siquiera la he visto. Ahora la busco, pero, por lo que puedo entender, es una alegoría o una metáfora, si quieres. Es real, pero no es parte de la vida diaria. Seguramente el pintor, ¿quién fue?, ¿Diego Rivera?

—Sí, fue Diego Rivera.

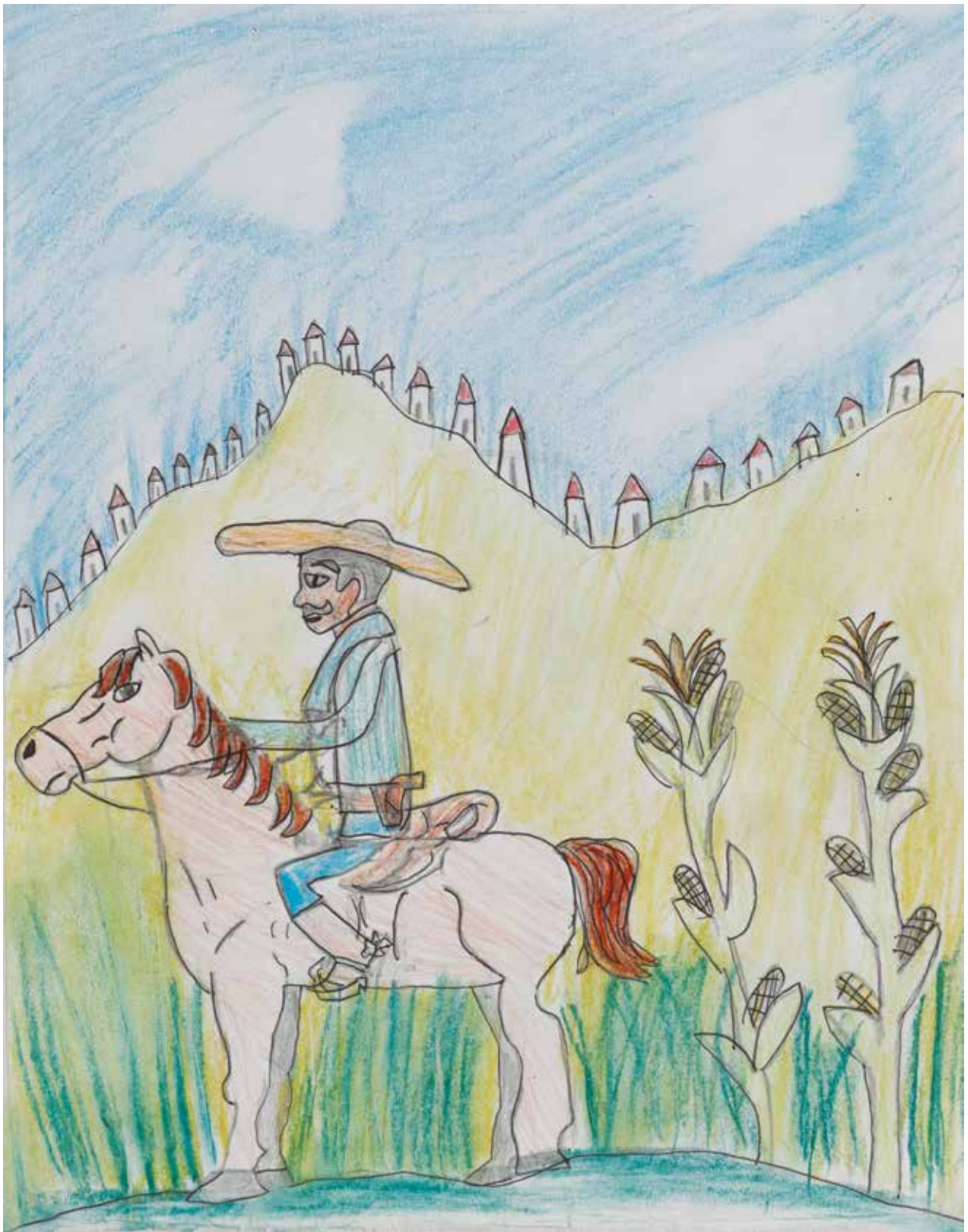
—Gracias, ma. Pues Diego Rivera seguramente quiso usar esos colores para completar la alegoría. Tal vez puso un caballo color blanco para hacernos saber que los ideales de Emiliano Zapata eran puros. No sé. El autor debió tener sus motivos. Lo que quiero que entiendas es que el plano real y el plano evocado no pueden mezclarse como si estuvieran en la misma esfera, en la misma dimensión. Al no ser una prueba válida, vuelvo a ganar, hermano; no hay prueba documental o gráfica que afirme que Zapata tenía un caballo blanco.

—¿Y qué es, entonces, la pintura de Rivera, hermanita? ¿Me llevas a Anenecuilco, pa? Voy a investigar y, si a ésas vamos, tampoco habría una prueba que niegue la existencia del caballo blanco de Zapata. No has ganado aún.

—¿Qué les parece si dejamos este debate para mañana? Vayan a dormir y sueñen con caballos grises, para que no haya problema —dijo Noé, estirándose y bostezando.

Sofía y Santiago se marcharon a sus habitaciones en silencio. En la cocina, Noé y Gabriela se miraron y sonrieron. Esa noche, todos soñaron con las hazañas de Emiliano Zapata. Curiosamente, en el sueño de Sofía, el Caudillo del Sur montaba un enorme caballo blanco. Santiago perseguía a un caballo llamado Molinero montando a otro llamado As de Oros.

El calendario marcaba 10 de abril de 2019. ◆



El perfil de la Revolución
Shaila Magnolia Rodríguez Gordillo

La traición

JULIO CÉSAR SÁMANO GARCÍA

La orden se había girado. Muchos estaban en contra de lo que el general Guajardo había recibido como orden de Carranza. A final de cuentas, el Caudillo había logrado hacerse de una importante reputación en el estado, sobre todo, luego de su lucha en contra de los presidentes Díaz, León de la Barra, Huerta y Carranza. Esas luchas no significaban que el Atila del Sur estuviese en contra de todos los gobiernos, lo que en realidad pasaba era que buscaba, a toda costa, recuperar aquello que les había sido arrebatado a los campesinos: sus tierras.

Desde 1911 habían sido muchos los atentados en contra del Generalísimo, pero Guajardo, con sus ansias de poder, había ideado un perfecto plan para borrar del camino a Zapata. Algunos días atrás le había hecho creer que estaba en desacuerdo con las ideas de Venustiano Carranza. La conspiración para tomar Jonacatepec había sido todo un éxito, Zapata vio con buenos ojos la incursión al municipio y, a partir de eso, confió plenamente en el general Guajardo.

—Tonces, ¿qué dijo el general? —preguntó el campesino, ataviado ahora con un enclenque uniforme de soldado—. ¿Así *namás* nos lo chingamos y ya?

—Pos, el cabrón no entiende y no quiere luchar por el presidente —respondió su compañero muy seguro de las instrucciones que les dieron.

—Y... ¿si no vamos? —La vacilación de sus palabras dejaba entrever las dudas que aún se albergaban en su cabeza—. Me tocó estar en unas grescas a su lado; *pos sí, ta* medio loco el cabrón, pero es bravo y trata bien a los soldados. Además, *namás* quiere que nos den un pedacito de tierra.

—Yo ni sé, compadre —respondió el compañero rascándose la cabeza, en señal de duda—. Al final, ha de ser como todos, lo *mesmo* de siempre, su pedazote de tierra, sus monedas y mandar todo a la chingada.

—Pos yo tengo mis dudas, Margarito, ¿se acuerda del hijo de don Lencho?, uno de los primeros que se le juntó a Zapata en Anenecuilco.

—Ahhhh, sí, era bueno *pa'* los trancazos; emboscaron a su gente y se lo chingarón. Le presté quince pesos; nunca me los regresó. Pero ¿ese qué?

—Pos él acompañó a Zapata a palacio, cuando Madero le ofreció tierras acá. Se encabronó el General y lo mandó bien a la chingada.

—Naaa —respondió Margarito a modo de burla, tratando de minimizar la anécdota—. *Pa'* mí que son puros chismes; ni tierras necesita el Emiliano, su familia tenía una haciendita por allá por su tierra, ¿cuánto le pudo dar Madero?

—¡Ohhh, compadre!, *usté* no sea incrédulo; si las gentes *namás* hablan por hablar. Si Zapata quisiera puro dinero *pa'* él, ya lo habría hecho. *Ire*, cada que nos tocaba pelear con él en algún pueblo, siempre nos regañó por andar agarrando cosas que no debíamos; digo, sí nos llevábamos cosas, pero *namás* lo que se ocupara, y había veces que las gentes nos las regalaban de buena gana.

—Y si le tiene tanta fe a Zapata, ¿*pa'* qué se juntó con esta gente?

—Ya ni sé, uno ya ni sabe *pa'* quién pelea. A muchos nos andan trayendo de arriba *pa'* bajo y ni tiempo nos da de preguntar si peleamos *pa'* lo que queríamos. Pero matar al General, eso sí *ta* muy cabrón *pa'* los mil pesos que nos dieron.

—Pos sí, compadre, pero ¿cuándo va a ver ese dinero junto? Yo no veo *pa'* cuándo acabe la mentada revolución, y si no me equivoco, su vieja ya va a tener otro chamaco.

—Sí cierto; *pos* mi vieja aguanta, le mando poquitas cosas o *en veces* dinero, pero no tan harto como ella quisiera. Y luego, nos trajeron hasta Chinameca, ¿acaso creen que va a venir hasta acá Zapata? Dicen que luego manda a su compadre.

—Eso dicen. *Pos* ya mañana se verá; *namás* dígame si se va quedar o voy viendo cómo hacerle *pa'* que no se den cuenta si se va.

—Dijera *usté*; ya estoy aquí, *ora* ni *pa'* rajarme;

luego dicen que si uno se raja, lo mandan a *chupar faros*.

—La gente de él ya llegó desde la tarde; dicen que también él llegó, pero no quisieron entrar en la hacienda, *tan ajuera*. Que sea lo que Dios diga.

Los dos soldados se acurrucaron en sus petates para dormir, el ambiente dentro de la Hacienda de Chinameca era ajetreado, ir y venir de caballos y soldados, la noche dejó en completo silencio todo aquel lugar.

La mañana del 10 de abril era un tanto diferente, el nerviosismo se apoderó de todos y un silencio sepulcral se hizo presente en los que se resguardaban en la hacienda. Desde temprano mandaron a varios tiradores a las azoteas para evitar cualquier intento de huida. Tanto Margarito como Genaro se apostaron en las vigías más cercanas a la puerta de entrada, por donde se suponía que el General entraría con su gente.

Fuera de las puertas, las fuerzas de Zapata se organizaban para la entrevista con Guajardo; Emiliano decidió que tan sólo diez personas lo acompañarían a la Hacienda de San Juan. Pasado el mediodía, la comitiva enfiló hacia la hacienda. Zapata iba al centro, montando el precioso alazán nombrado As de Oros, mismo que tiempo atrás el general Guajardo le había obsequiado en señal de amistad.

Una vez rebasado el portal de la hacienda, hubo un toque de cornetas y los fusiles sonaron en señal de bienvenida para el Caudillo; las instrucciones eran claras, el segundo toque señalaba la descarga cerrada, todos los fusiles apuntaron al General y sus acompañantes, una lluvia de balas y perdigones los rociaron dando muerte al Caudillo del Sur y sus acompañantes. Zapata quedó muerto de inmediato, boca abajo, abrazando la tierra que tanto amó y que tanto intentó regresar a los agrarios.

La noticia de su caída voló más rápido que las mismas balas que lo asesinaron. El ejército de Zapata, casi intuyendo la caída de su líder, arrasó con todos los hombres dentro de la hacienda. Sólo Genaro pudo escapar de la barbarie, dejó sus cosas y robó un caballo con el que huyó rumbo a su tierra.

Una semana después, las grescas por la caída de

Zapata fueron más intensas; no había nadie que quisiera enfrentar a la enardecida multitud que aún le lloraba. Genaro había evitado todos los conflictos posibles para poder llegar a su casita, donde su esposa lo esperaba.

—¡Ya llegué, vieja! —Entró en casa, azotando la puerta, fundido por el viaje casi sin descanso. Su esposa, al verlo atravesar el umbral de la puerta, corrió hasta él para abrazarlo con lágrimas en los ojos.

—¿Hasta dónde te mandaron, Genaro? —dijo, acercándole una silla para que su esposo descansara—. Dilataste mucho en regresar.

—Vengo cabalgando desde Chinameca —al decirlo, sacó de entre su camisa un paliacate con muchos billetes, mismo que le habían pagado en su servicio a Guajardo.

—¿Chinameca? —Su esposa se apartó de súbito con aire de enfado por la respuesta de Genaro—. ¿Donde mataron a Zapata?

—Sí —respondió, aún jadeando de cansancio.

—Dime que esto... —tomó con fuerza el puñado de billetes, increpando a su marido— no tiene nada que ver con el asesinato.

—¡Vieja!... —Genaro movía los brazos e intentaba dar una respuesta que fuese lo suficientemente convincente para su esposa—, es mucho dinero.

—¡Hijo de la chingada! —La rabia hizo que sus ojos se iluminaran por completo, comenzó a llorar de coraje mientras despedazaba con furia los billetes, ante la mirada atónita de su marido—. ¡Mejor no hubieras regresado! Mataste todo por lo que se había luchado; ese dinero sucio no paga tu traición. ¡No quiero verte! ¡No quiero saber nada más de ti! Con qué cara le diré a mis hijos que su padre mató al único que se preocupó por nosotros.

—¡Tienes razón, vieja! En eso nunca pensé. —Desenfundó su pistola y se dio un tiro en la sien, acabando con su vida.

Genaro había aceptado el trabajo para llevar sustento a su hogar, pensó que sería recibido como un héroe; sin embargo, el tiro le había salido por la culata. Ahí quedó quien, sin pensarlo, acabó con la vida de Zapata y al mismo tiempo con la suya. ◆



Emiliano Zapata
Qudia Sur

Dos tumbas, dos voces y dos recuerdos de los corridos frente a la muerte de mi general Emiliano Zapata y de Pancho Villa

LUIS MIGUEL MORAYTA MENDOZA

No cabe duda de que en la muerte se conoce el verdadero aprecio de los personajes y su presencia en recuerdos vivos. Más aún, la atención que se le da a sus tumbas después de muertos revela mucho de la presencia que siguen teniendo.

Existe un contraste muy grande entre la tumba del general Emiliano Zapata y la tumba de Pancho Villa, a la cual se le dedicó un corrido titulado “La tumba vacía”.

Pancho Villa, desde 1975, está enterrado en el Monumento a la Revolución de la Ciudad de México. Ahí también se encuentran los restos de Venustiano Carranza, Madero, Plutarco Elías Calles y el general Lázaro Cárdenas. Llevar los restos del Centauro del Norte de Parral, Chihuahua, a la Ciudad de México, se hizo sin ningún contratiempo frente a una gran oposición de la gente de Chihuahua.

El presidente José López Portillo fue quien ordenó el traslado de estos personajes históricos que estuvieron involucrados con la Revolución de 1910 y en años subsecuentes, y había ordenado que los restos del general Emiliano Zapata Salazar también fueran recogidos de su tumba en Cuautla, Morelos, y trasladados al monumento.

En contraste con lo sucedido cuando los restos de Pancho Villa fueron llevados a la Ciudad de México, los habitantes de esa ciudad morelense y una gran cantidad de campesinos de los ejidos y pueblos cercanos montaron guardias las veinticuatro horas del día para impedir que los restos del General fueran sacados de su tumba y llevados a ser enterrados junto con algunos de los que fueron responsables de su muerte y enemigos principales en la lucha revolucionaria.

Fue un esfuerzo demagógico convertir en monumento a la Revolución esta edificación, que ha-

bía sido el intento del general Porfirio Díaz por construir un nuevo palacio legislativo. Se convirtió en un tipo de mausoleo en el que han estado sepultados los restos de los más importantes personajes de la Revolución de 1910.

¿Cómo es posible que se pensara que tener en un mismo sitio a aquellos que fueron acérrimos enemigos y, sobre todo, a aquellos que fueron la causa de la muerte de otros? Ellos estaban destinados a glorificar este monumento menos los restos del general Emiliano Zapata. No lo permitieron los pueblos morelenses.

El general Emiliano Zapata está enterrado en la ciudad de Cuautla, Morelos. Por muchos años, una sencilla escultura del General a caballo, pasando su mano sobre un campesino, coronaba su tumba. Por décadas, sobre todo en las primeras después de su muerte, muchos visitantes —entre ellos, algunos de otros países— venían a visitar esta tumba.

Era un sitio obligado a conocer y, en su caso, expresar sus sentimientos al Caudillo. Los campesinos, especialmente los ejidatarios, hacían guardias de honor durante los aniversarios luctuosos, en los cuales se depositaban ofrendas florales y a veces alguna banda de viento amenizaba el evento. Los corridistas, una y otra vez en sus reuniones, en las ferias y en algunas fiestas, revivían a través de sus cantos episodios de la Revolución, especialmente los que trataban sobre la muerte del general Zapata.

En estos corridos se dejan ver la veneración y el respeto hacia el gran Caudillo suriano. En épocas más recientes, algunos presidentes de la República y otros funcionarios se hacían presentes en las conmemoraciones de la muerte de Emiliano Zapata.

Sus vistas eran más de carácter demagógico que guiados por una actitud sincera. Los campesinos

hacían sus ceremonias cuando los funcionarios se retiraban. Hoy se habla de hacer una plaza ahí donde está la tumba del general Zapata. Nada más lejano a la vida de los pueblos.

Dejemos que los corridos nos ayuden a evocar el recuerdo de tan grandes figuras y la diferencia en el recuerdo y emotividad que despiertan. Busquen y escuchen el “Corrido de la muerte de Zapata”,¹ de Armando Liszt Azurbide, y “La tumba abandonada”, de Pepe Albarrán. ◊



¹ Existen dos versiones conocidas de este corrido, una de treinta y seis estrofas, que interpretaba Ignacio López Tarso, y otra más corta de nueve estrofas, que fue difundida por Amparo Ochoa, quien es probable que la haya tomado de una más antigua interpretada por los Hermanos Záizar. [N. del ed.]

Y como dice el corrido:

*Ya este corrido he cantado,
me despido con afán,
si en algo estuviere errado,
las faltas perdonarán.²*

² Samuel M. Lozano, “Corrido de la muerte de Emiliano Zapata”, 1919.



Emiliano Zapata
Gabriel Emiliano González Vilchis

Apellidarse Zapata

MARCO ANTONIO VEGA DELGADO

En tierras morelenses resuena el apellido Zapata. Pareciera que cuando se pronuncia o se lee, se hace por lo menos dos veces, ya sea para rectificar o exaltar. “¿Te apellidas *Zapata*? ¿Está correcto el apellido de Zapata? ¿A poco eres familiar de Zapata? ¿Conociste a Zapata?”, son algunas de las principales interrogantes que seguramente llegan a la mente de quienes escuchamos o leemos el apellido Zapata de alguien que no sea el propio Emiliano Zapata, conocido como el *Caudillo del Sur*.

Desde los orígenes de la humanidad —acorde con lo que históricamente está registrado en libros, documentos antiguos y películas— se ha demostrado que el apellidarse de tal o cual forma es determinante en la vida de un ser humano. Desde el punto de vista social te da una identidad, un estatus y hasta podríamos decir que marca la línea de cómo te tratarán los demás.

El poblado de Anenecuilco, cercano a la histórica ciudad de Cuautla, ha sido núcleo social del apellido Zapata. Hoy en día todavía hay personas que portan orgullosamente el apellido del guerrillero y, probablemente, así será por mucho tiempo.

Mi curiosidad por el origen del apellido Zapata me hizo consultar los libros de historia que tengo a la mano, pero no encontré muchas referencias al apellido. Me hubiera gustado seguir buscando libros de la forma tradicional, en las bibliotecas, pero ya no me es tan fácil —por tiempo y por mi salud— estarme moviendo de un lado a otro.

Entonces decidí llevar a cabo lo que hacen actualmente los chavos: buscar información a través de Internet, y encontré muchas páginas que hablan de los significados de los apellidos. En un sitio web que se llama *MisApellidos* hallé que el apellido Zapata es de origen español. De acuerdo con la información que publica este sitio, se trata de un noble apellido que tiene su origen en la casa real del reino de Aragón.

Casi todas las páginas de Internet que consulté vinculan el apellido Zapata con la nacionalidad española y también hacen referencia a su origen etimológico y significado. Según el lingüista italomexicano Gutierre Tibón, el significado del apellido proviene de “zapata: calzado que llega a media pierna” o “calzado que no pasa del tobillo”.

En mi natal Puente de Ixtla, los apellidos más populares son Antúnez, Beltrán, Espín, Eguiluz, Estrada, Núñez, Millán, Mazari, Morales, Molina, Ocampo, Salinas, Ramírez, Toledo, Vega, Villegas. Casi todo el pueblo nos conocemos unos con otros, y la forma de reconocernos es precisamente por el apellido. Si queremos saber algo de cierta persona y alguien nos dice: “Es de los Estrada” o “Es de los Ramírez”, es fácil ubicar los grupos de familias, y hasta, errónea o acertadamente, los etiquetamos de inmediato; es algo inevitable, socialmente ineludible.

En Amacuzac, donde tengo mi hogar, los apellidos más sonados son Aranda, Brito, Jaime, Iturbe, Nava, Ocampo, Ortiz, y Román. Y así sucede en cada rincón del estado y en todos los lugares en general, donde los apellidos son más que simples “segundos nombres”, son parte de tu identidad. Así vamos por la vida, con nuestros nombres y apellidos en cada documento nacional.

Soy maestro jubilado, dediqué toda mi vida a la enseñanza de educación básica. Mis alumnos solían jugar a la Revolución y a la Independencia, y solían hacer dibujos de los héroes nacionales; veía en ellos amor por la patria y por sus tierras. En mi trayectoria frente a grupos conocí a pocos niños con el apellido Zapata, pero si llegaba a haber alguno, era destacado por el solo hecho de apellidarse así, no pasaba desapercibido. Los niños suelen ser muy honestos y, dentro de esa honestidad, hay un tanto de crueldad, puesto que se burlan de los nombres o de los apellidos.

Aquí en mi pueblo, por ejemplo, se burlaban de los niños con nombre Teófilo, Doroteo y Pancracio, y con apellidos Cerda, Vaca, Prieto, Nieve, Barriga, Zoila, entre otros. Esto es una pequeña muestra de que, pese a que el apellido no depende de uno, definitivamente es determinante para la vida humana. En ocasiones, el apellido te da respeto por lo que hicieron tus antepasados y, en otras, uno puede enaltecer su apellido por los logros propios realizados.

Apellidarse Zapata en el estado de Morelos es un vínculo en automático con el guerrillero y luchador asociado con la tierra, el campo y la justicia. En el libro *Raíz y razón de Zapata*, de Jesús Sotelo Inclán,¹ se exponen dos opuestos criterios sobre Zapata; para algunos fue un bandido que asaltó, incendió y asesinó: “Ambicioso de poder y de riquezas, despojó a los propietarios en el estado de Morelos, en su personal provecho. Su mayor crimen fue destruir la gran industria azucarera”; en tanto, para otros, según lo que se señala en la introducción del libro en mención, Zapata fue un apóstol: “Más que un hombre, fue un símbolo, paladín de los campesinos, esperanza de los desposeídos. Los duros ataques que recibió y aún recibe son obra de los intereses políticos y económicos que él atacó implacablemente y pretenden ahora vanamente desprestigiarlo”.

¹ Jesús Sotelo Inclán, *Raíz y razón de Zapata*, México, Conaculta (Cien de México), 2011.

Como se dice popularmente, la historia es de quien la escribe, de quien tiene el recurso —material, económico y político— para hacerlo. Hay historia que se puede comprobar con documentos jurídicos, pero hasta éstos se pueden falsificar. Sin embargo, si los registros históricos son auténticos, es del conocimiento público que los padres de Emiliano Zapata fueron Gabriel Zapata y Cleofas Salazar, quienes procrearon a Pedro, Celsa, Loreto, Eufemio, Romana, María de Jesús, María de la Luz, Jovita, Emiliano y Matilde. Orgullosamente, mi madre se llamaba Matilde... y orgullosamente, también, tengo un nieto llamado Emiliano...

La mezcla de los españoles con los indígenas creó el mestizaje que prevalece en nuestro estado de Morelos y en muchos rincones del país. La mezcla, desde mi punto de vista, fue buena. Somos el resultado de un intercambio de genes, de ideas, de colores, de sabores... ¡somos mestizos!

Z-a-p-a-t-a. Si estas letras juntas se leen en el estado de Morelos, su significado y significante representarán al Caudillo del Sur, porque la entidad es “Tierra del General Emiliano Zapata”, como se dice popularmente.

Independientemente de si se concibe a Zapata como un bandido o como un apóstol, lo cierto es que los morelenses llevamos en nuestra historia, nuestro presente y nuestro futuro los ideales que se atribuyen al guerrillero, y durante muchos años más su nombre estará vigente, porque el apellido Zapata resuena en tierras morelenses. ◆



La tierra de Zapata
Lucía Pérez Torres

Emiliano Zapata

MELANY QUEVEDO TORRES

Uno de los grandes nombres de la Revolución mexicana es el de Emiliano Zapata, el llamado *Caudillo del Sur*. Nació en Anenecuilco, Morelos, el 8 de agosto de 1879 y sigue siendo un símbolo de justicia en las luchas sociales en México y otras naciones de América Latina. Es una leyenda en la historia de nuestro país.

“Si no hay justicia para el pueblo, que no haya paz para el gobierno”, solía decir el guerrillero, quien, junto con Francisco Villa, se alzaría como uno de los héroes y mártires de la Revolución.

El nombre de Emiliano Zapata está vinculado profundamente con la lucha por la tenencia de la tierra. Algunos de sus ideales fueron tomados como base en la redacción de la Carta Magna de 1917, promulgada por el presidente Venustiano Carranza; sin embargo, no de la forma en que Za-

pata hubiera deseado. Esta oposición contra el gobierno lo llevó a distanciarse con otros sectores de la lucha revolucionaria.

Una de sus frases más conocidas es “La tierra es de quien la trabaja con sus propias manos”, lo que contribuyó a distorsionar la percepción sobre los verdaderos objetivos de su movimiento. Zapata en realidad buscaba el respeto a los títulos de propietario; es decir, que un hombre que se dijera dueño de una zona de cultivo pudiera demostrar su propiedad con un documento válido.

Después de su asesinato en Chinameca, Morelos, el 10 de abril de 1919, surgieron una gran cantidad de mitos alrededor de su figura, desde aquellos que hablan sobre los ideales auténticos de su lucha hasta los que cuestionan su lealtad con el movimiento revolucionario. ◆





Emiliano Zapata
Mauricio Alberto Yáñez Santiago

El señor del bigote estirado

MIGUEL ANTONIO ARENAS ARENAS

Emiliano Zapata, el gran Caudillo del Sur, símbolo de lucha, justicia, libertad, ese hombre polémico de la época de la Revolución mexicana y popular hasta nuestros días. Hay tanto qué contar y qué decir de este personaje...

Cómo olvidar aquellas historias, cuentos y anécdotas que mi abuela, en su momento, me contaba tantas veces. Disfrutaba llegar a la cocina, pasar por el gran portón de madera y techado de teja, y es que sí, el lugar era único, era como transportarte a otra época; me encantaba llegar a esa casa, tocar la campanita y escuchar esa voz que venía desde dentro y decía: “¿Quién? ¿Quién?”. Al entrar estaba un establo de borregos; cruzabas un gran patio y en el centro un coscomate, las bardas y cercas eran de adobe; hacia la derecha, los cuartos que durante muchos años sirvieron como habitaciones; allí durmieron y crecieron mi padre, mis tíos y más familiares; a la izquierda estaba la cocina; entrando estaba un horno de leña en el cual, durante años, se hacía pan. Aún recuerdo esa subida que llegaba a la cocina, el tlecuil siempre prendido con una olla de café o frijoles; no sé cuántas rajas de leña se consumieron allí.

Las paredes lucían humeadas, el testimonio de que allí se cocinaba durante varios años. Me encantaba estar en ese lugar en el que parecía que la época era la misma y el tiempo se detenía; al lado del fogón se sentaba mi abuelita con un mandil bien puesto. Cómo olvidar sus palabras: “Anda, hijo, toma el jarro que quieras y llénalo de lo que gustes: café, pulque, y vente a comer, que para eso tienes tu abuela”. Las tortillas hechas a mano se esponjaban al calor de la lumbre con ese sabor único, recién salidas del comal; me encantaban las de trigo. Al culminar la merienda, llegaba la parte más agradable, me contaba tantas cosas que hacían en el lugar y sus palabras me hacían imaginar lo que hace muchos años se vivió en ese espacio...

—Tu abuelita Lupe, en paz descanse, era una mujer dedicada a la familia y muy sabia; urdía la lana del borrego y tejía los gabanes de sus hijos y sus nietos; a tu papá le hizo varios. Hacia morrales, chincuetes, entre otras prendas; hablaba muy bien la lengua náhuatl; yo aprendí a hablar de ella. Tu abuelo Genaro era un hombre muy trabajador; sembraba maíz, frijol; eran muchos terrenos los que tenía y esta casa era de las más grandes que había en el pueblo; se dedicaba a tlachicar, pues tenía muchos magueyes y, a veces, principalmente en día de Muertos, hacía hornos de leña para obtener carbón. Su establo lleno de borregos, gallinas, guajolotes, caballos, entre otros animales. Era valiente; aún tenemos la espada que muchas veces llevaba para defenderse de los malos en la época de la Revolución. Yo con dificultad me acuerdo, ¡era apenas una niña cuando esto pasó! Recordar me da miedo; nos escondían para que no nos vieran y nos llevaban allá en el cerro; nos ocultábamos en las cuevas para que no nos fueran a ver.

—¡Sí, hijo! Me acuerdo de lo que tu abuelita, mi mamá, nos contaba al respecto. Aún era joven cuando esto paso; la gente del pueblo portaba calzón de manta en esos tiempos. Tetela aún pertenecía a Ocuituco; no había puentes ni carreteras, las calles eran empedradas. Las mujeres usaban chincuete de lana natural de borrego; no se le ponía colorante ni nada de eso; así, natural como salía: café, gris, negro, pinto, con un rebozo; ¡esos tiempos del General! Llegó a venir montado en su caballo acompañado de muchos hombres; varios eran humildes, así como la mayoría de la gente del pueblo, pero algunos otros eran *tacua-*ches, así le llamaban a la gente rica que portaba buena ropa y buenos sombreros. Dicen que Zapata luchó por nuestras tierras, que llegaba al pueblo y decía: “Campesinos, súmense a la lucha; la tierra es de quien la trabaja”. Los hombres lo seguían; no

todos; muchos corrían hacia el monte a ocultarse en las cuevas para no ir a pelear. Eso sí, el General se echaba sus buenos tragos de pulque; la olla siempre tenía la bebida de los dioses. Las mujeres corrían y preparaban el itacate a sus esposos: una tortilla con frijoles, encontrándose una a otra, se encimaban y se ponían en una servilleta, las colocaban dentro de un morral con un buen tanto de pulque y se iban a luchar por las tierras.

”En esos tiempos no había puentes; las veredas y barrancas eran la conexión entre un pueblo y otro; para llegar a Cuautla costaba trabajo; eran varias las que se tenían que cruzar. También servían de escondite en la época de la Revolución. Los hombres se organizaban para irse a la lucha, llevaban espadas, machetes, palos.

”Se iban con gente de Hueyapan, Ocuituco y Zacualpan; algunas mujeres también participaban, acompañaban a sus maridos para atenderlos en la lucha, mientras otras se quedaban a cuidar a sus hijos, solas, en el cerro, ocultándose del frío, con la esperanza de que sus maridos pronto regresarían. Se escuchaban los aullidos de los coyotes, había gallinas de monte y más animales, los niños y mujeres lloraban, y todo por la Revolución,

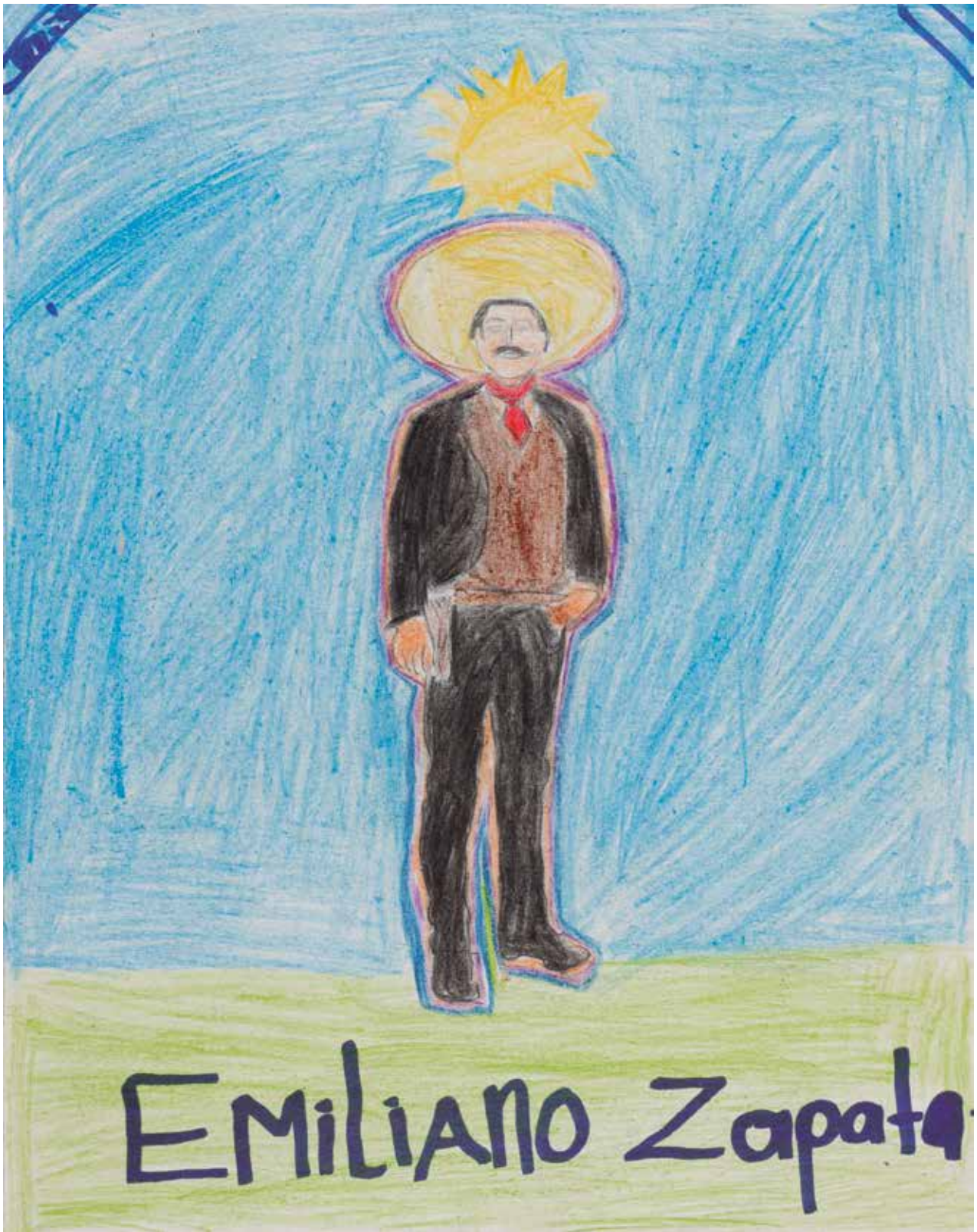
”Ahora recuerdo y me da risa; era muy chamacaca cuando esto pasó; ¡en esos tiempos me daba miedo! Era bonito que los campesinos ganaban y al mando estaba el señor del bigote estirado; pero era muy preocupante cuando llegaba el ejército, porque corríamos a ocultarnos; se escuchaban balas por doquier, temíamos que una de ellas nos tocara y quedar tirados, pues contaban que en Cuautla había muchos muertos. También corríamos a la iglesia a pedir a Diosito por todo

lo que había pasado. Je, je, yo era muy chamaca, no entendía lo que ocurría. De pronto era correr, ocultarnos, gritos, llantos, fiesta... de todo había. Así era la época de aquellos años zapatistas encabezados por el gran Caudillo del Sur.

La historia es empírica, sólo los recuerdos quedaron en la memoria de los más viejos; nadie de los nuestros, en esta época, podrá atestiguar si lo que se cuenta de la Revolución en los altos de Morelos es verdad. Lamentablemente, mi abuelita tiene años que descansa en paz. Aquella casa que formaba parte de la arquitectura vernácula se destruyó con el sismo del 19 de septiembre de 2017. Sus paredes y tejados colapsaron, llevándose con ellos tantos momentos de diversas historias que ahí escuche durante años.

¡Que viva Zapata!, *el señor del bigote estirado*, y con él todos los hombres y mujeres que su vida dieron en la época de la Revolución mexicana. La mayor parte de la población en Tetela del Volcán se dedica al campo, a la fruticultura y agricultura: “La tierra es de quien la trabaja con sus manos”. Gracias a este personaje, hoy en día su lema es un hecho: los campesinos, comuneros y ejidatarios reconocen sus campos, y gracias a esto, la economía fluye en el poblado, se siembra, se cultiva, se cosecha y comercializa el fruto.

En memoria de los hombres y mujeres que dieron su vida en la época de la Revolución en los altos de Morelos, ubicado al noreste del estado y que forma parte de las treinta y seis jurisdicciones que lo conforman. Tetela del Volcán, un lugar mágico, rico en cultura y tradiciones, que hacen de su arraigo una localidad única en la nación. ◆



Emiliano Zapata
Rodrigo Uriel Sarmina Peña

El general porfirista contra el cura zapatista

ÓSCAR CORTÉS PALMA

En el ámbito nacional, los militares pedían la guerra. El general Victoriano Huerta estableció una férrea dictadura militar mediante un golpe de Estado, apoyado por Estados Unidos. Utilizó el terror y el miedo para atemorizar al pueblo rebelde: enviaron al ejército a incendiar pueblos. El general Luis Cartón incendió Tepalcingo el 13 de julio de 1913; se dirigió por los senderos de los cerros del sur e iba incendiando pueblos de Morelos y Puebla.

El general Gaudencio González de la Llave acampó en la estación del ferrocarril de Axochiapan.

Las escaramuzas eran frecuentes al sur del río Amatzinac: Axochiapan, Atencingo, Chietla, Huehuetlán, Quebrantadero, Tlancualpicán, Teotlalco y Tzicatlán.¹ Un día ardieron los sembradíos de caña de la Hacienda de San Ignacio. El hacendado Luis García Pimentel se quejaba. En represalia, el general Gaudencio de la Llave se dirigió lleno de cólera a apresar al cura del pueblo, que tenía fama de rebelde y de simpatizar con la justicia; sus misas estaban cargadas de compromiso social, por eso incomodaba al gobierno, que lo encarceló al menos un par de ocasiones, una en 1912.²

El párroco Prisciliano Espíritu fue encarcelado otra vez al año siguiente, junto a veintiséis personas, el 18 de noviembre de 1913, acusado de ser cómplice de los zapatistas incendiadores de sembradíos de caña.

Debido a su compromiso con los pobres y a su rebeldía, a pesar de sus encarcelamientos, el párroco Prisciliano fue removido al curato de Iztacalco,

Estado de México,³ como vicario auxiliar. Falleció en 1915, enfermo, pobre y solo, víctima de la Revolución.⁴

El general Gaudencio de la Llave, viejo porfirista, manipulaba y obligaba a los muchachos a enlistarse al ejército.

Muchos jóvenes no querían ir a la guerra, eran llevados a fuerza mediante la leva. En el campamento, Fidel de la Llave, familiar del general Gaudencio,⁵ estuvo involucrado en la misteriosa muerte del teniente Miguel Benítez, lo que aumentó la desconfianza. Y a veces no les pagaban a los soldados.⁶

La tarde del miércoles 17 de diciembre de 1913, el general Gaudencio de la Llave se encontraba ausente cuando los soldados levantados por la leva se amotinaron⁷ y escaparon.

El general De la Llave utilizó la estrategia del terror y el miedo, robaba e incendiaba las casas. La gente preguntaba cuando venían los soldados:

—¿Quién los dirige?

—El general De la Llave.

Y entonces huía despavorida al cerro o se escondía, porque si no, la fusilaban; además, las mujeres se tiznaban la cara y se disfrazaban con

³ Durante el siglo XIX, Iztacalco dependió del distrito de Tlalpan, que pertenecía entonces al Estado de México, y no fue hasta 1929 que se convirtió en delegación política del Distrito Federal, lo que a partir de 2019 corresponde a una alcaldía de la Ciudad de México. [N. del ed.]

⁴ La existencia del párroco Prisciliano estaba documentada en el Archivo General de la Nación, en el “Archivo de matrimonios, bautismos y defunciones de la Parroquia san Pablo Apóstol”. Esto lo vio Octavio Paz Solórzano, padre del poeta Octavio Paz.

⁵ *El País*, 26 de octubre de 1913.

⁶ *El Diario*, lunes 16 de septiembre de 1913.

⁷ *El Diario*, sábado 20 de diciembre de 1913.

¹ *The Mexican Herald*, 26 de diciembre de 1913.

² Archivo General de la Nación: Secretaría de Justicia/Exp. 247/Foja 15.

ropajes viejos y feos, se ocultaban en los petates, cuexcomates y pozos de agua. El general Gaudencio González de la Llave infundía terror y miedo, y ni siquiera así se pudo contener la rebeldía.

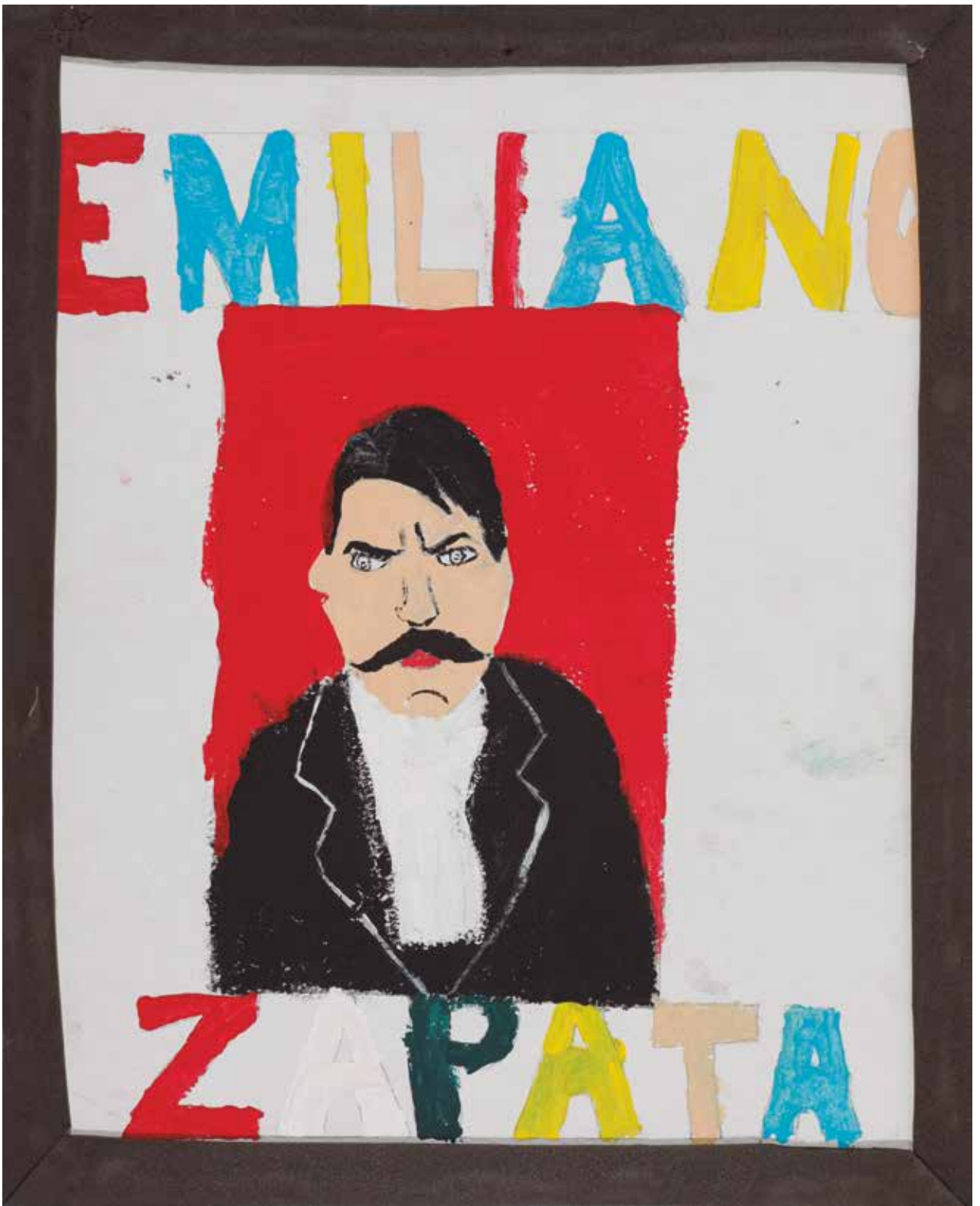
Sólo se consiguió odio y desprecio en la región; el gentío se quejaba mucho de él, por lo que ya no fue útil al Gobierno federal ni estatal. Los altos mandos militares lo enviaron lejos, a Aguascalientes y Jalisco, como jefe de reemplazo.

La gente estaba unida y organizada en rondas; no quería más miseria. Era imposible detener la

rueda de la historia, la exigencia de paz, justicia y repartición de la riqueza.

En 1914 se volvió a rebelar la aldea; para entonces, todo el Valle del Amatzinac estaba en llamas, todas las villas eran rebeldes. Los zapatistas habían ganado, por ahora...

En 1915 tomaron el poder. Se sucedieron cuatro presidentes municipales en un año por el reacomodo de las fuerzas políticas. ◆



Zapata vive
Yamileth Francisco Carreño

Exposición fotográfica de Reyes Martínez Huerta

PAZ MATILDE OSORIO REVILLA

Tengo la certeza de que las fotografías facilitan las transferencias de pensamiento que constituyen la continuidad de una civilización.

MARC BLOCH

Me animo a relatar esta crónica para testimoniar la admiración, devoción y reconocimiento al general Emiliano Zapata Salazar por parte de la sociedad civil. Los actos de veneración al General propician honrosas muestras afectivas y congregan insospechadas expresiones de zapatismo que, al no ser escritas, quedan en el anonimato.

Procedo a relatarla para mostrar las sucesivas actitudes de veneración espontáneas en torno a las imágenes del general Emiliano, a quien conocemos a través de fotografías. En el caso de la exposición fotográfica Ruta de Zapata, de Reyes Martínez Huerta, se exhibió entre los años 1988-2000 en el Zócalo, al igual que en los espacios públicos más concurridos de algunos municipios y comunidades de Morelos.

Conocerla, por parte de los lugareños, propició la recuperación de la memoria de los familiares, de un compadre, primo, abuelo, tío o amigo que se fueron a la bola y después lucharon con el Ejército Libertador del Sur. Frente a las fotografías que exponíamos, murmuraban: “Mi tío dijo que cuando estaban haciendo una atarjea para que pasara el agua en la Hacienda de Chinameca, bajaron de San Rafael como ochocientos hombres a caballo y a pie, y llevaban reatas...”, “Mi abuelo se *jue* porque vio que estaban haciendo un fierro de dos manitas para marcar a cada hombre que trabajaba en las haciendas, para que si se escapaba, lo encueraran, y si estaba *jerrado*, lo regresaran...”, “Miliano luchó por la justicia. Decía mi tía Sidonia que, cuando se iba a casar, la llevaron para que el administrador le enseñara sus obligaciones; a otras se las llevaban al capataz...”.

Variadas expresiones vertieron las personas al ver la exposición; en ocasiones, si nos acercábamos, las personas guardaban silencio.

La exposición fotográfica Ruta de Zapata incluyó fotografías de la casa de Zapata, en Anenecuilco; la casa de doña Josefa Espejo, legítima esposa del General, en Villa de Ayala; la Piedra Encimada; Huautla; el Cuartel en Tlaltizapán; la Ex Hacienda de Chinameca; la Estación Pastor, y fotografías del Museo Comunitario en el paraje de Ayoxuxtla, Puebla, que en 1979 declaró como patrimonio histórico el presidente José López Portillo, quien develó una placa conmemorativa ese año.

Allí se conservan la piedra y la mesa en las que Emiliano Zapata y sus generales firmaron el Plan de Ayala, que daría legalidad a la lucha y que actualmente está vigente en la demanda de justicia.

¿Cómo y cuándo empezó la exposición fotográfica Ruta de Zapata de Reyes Martínez?

Tuvo su origen en la macroexposición Cuautla, Centro de Extensa Zona Turística, con más de trescientas imágenes que se mostraron en los andenes del Ferrocarril Interoceánico de Cuautla. El gobernador Antonio Riva Palacio López y su esposa Macaria Than de Riva Palacio inauguraron la muestra el mediodía del 30 de septiembre de 1988.

Allí se invitó a los asistentes a trasladarse al Hotel Vasco —que en 2019 se derribó con la intención de construir un centro comercial—, lugar donde el periodista cuautlense Eloy Alcaraz Garzón, organizador de la muestra, ofreció un ágape al gobernador y a los invitados. Después se trasladarían al Palacio Municipal para ver el desfile.

Conocí al fotógrafo Reyes Martínez Huerta y a su familia ese mismo día, en los andenes del citado ferrocarril. Le propuse exhibir sus imágenes con motivo del 78 Aniversario de la Revolución

mexicana, y de las trescientas fotografías exhibidas, seleccionamos las que serían parte de la Ruta de Zapata.

En aquella época, yo había destinado los muros de Marcos y Molduras Aguilar para sustituir en parte las labores de difusión cultural de la Casa de la Cultura de Cuautla —en el exilio—, clausurada por el entonces gobernador Lauro Ortega Martínez y despojada por sus ejecutores.

El 21 de noviembre de 1988 presenté la exposición fotográfica la Ruta de Zapata en los muros, que se significó por tantas muestras de cariño al general Emiliano Zapata entre la sociedad civil. La maestra Alicia Guillermín López distribuyó una biografía de Emiliano Zapata que había investigado y había sido publicada por don Manuel Castrejón, quien obsequió fotocopias de un poema dedicado a Emiliano Zapata. Don Manuel era un ejidatario que escribía poemas al General, los enmarcaba y obsequiaba a sus amistades; por ello lo conocí.

Nos honró la presencia de Mateo Zapata en los muros, al presidir el acto inaugural al que asistieron Anita Zapata Portillo y Fany Manrique Zapata, hija y nieta del General; el licenciado Óscar Apaez Godoy, secretario de Mateo Zapata, y clientes y pintores, que son testigos vivos de lo sucedido esa noche del 21 de noviembre de 1988.

Mateo Zapata nos obsequió cinco ejemplares del Plan de Ayala y de los corridos de Marciano Silva, publicados por Carlos Barreto Mark. La pintora Martha Hernández obsequió un retrato fotográfico de Emiliano Zapata y un ejemplar de la novela *Emiliano*, de Alejandro Íñigo.

Además de facilitar las transferencias de pensamiento entre generaciones alejadas y de construir la continuidad de una civilización, son herramienta de difusión y denuncia, lo que provoca resultados y acciones.

Una fotografía de la exposición fue la de la estatua del mausoleo del general Emiliano Zapata en Cuautla; la utilicé como foto de prensa en mi columna “Avances de la Cultura”, en el *Sol de*

Cuautla, lo que tuvo un impacto que benefició su apariencia. En Cuautla, a mediados de los ochenta, Reyes deseaba incluir la imagen de esa escultura; llegamos al parque a mediodía, mientras un borrachín estaba dormitando en el basamento del pedestal. Tuvimos que despertarlo e insistir. ¡Por fin logramos que se retirara! Reyes tomó la fotografía a la bella efigie de Emiliano Zapata que paternalmente tiene la mano puesta en el hombro de un campesino. El sombrero de Zapata, la cabeza del campesino y los hombros de ambos estaban copados de estiércol: la escultura estaba colocada debajo de un árbol. El estiércol caía directamente a la pieza, que estaba repleta de materia fecal.

Se incluyó en la exposición la fotografía de la escultura tal como la captó Reyes. Se publicó en *El Sol de Cuautla*, denunciando el denigrante estado en que estaba. Las autoridades locales derribaron el árbol, limpiaron totalmente el estiércol, la pintaron y le daban mantenimiento. Actualmente está colocada en una glorieta del norte de la ciudad de Cuautla.

Por el deseo de Reyes Martínez de ampliar las imágenes de la exposición fotográfica Ruta de Zapata, capto en la fachada de la Casa de la Asegurada la imagen del relieve de Emiliano Zapata portando su sombrero de charro. La parte superior del sombrero tenía basura, telarañas y polvo. Publiqué la fotografía en mi columna Avances de la Cultura de *El Sol de Cuautla*.

Para programar la exhibición de la Ruta de Zapata hicimos antesala para entrevistarnos con el presidente municipal de Jonacatepec, doctor Daniel Hernández Toledano. Al pasar atrás de la puerta de una de sus oficinas, en el piso, vimos una estatua de cuerpo completo del general Emiliano Zapata. Pedimos autorización para fotografiar la efigie. Una secretaria le quitó el polvo con un sacudidor.

Con el presidente municipal programamos fecha para la exhibición en el zócalo. Al regresar una semana después, la estatua estaba colocada en un pedestal, protegida por un capelo. La fi-

gura, de setenta y tres centímetros de altura, fue realizada en barro en 1943 por T. Armenta, de Pachuca, Hidalgo.

Las fotografías, en especial la serie “Héroes, jefes y caudillos” del Archivo Fotográfico de Agustín Víctor Casasola, han sido útiles a los artistas para documentar sus obras de artes plásticas; especialmente las fotografías de Emiliano Zapata, que han sido recreadas por artistas de prestigio internacional, como escultores, pintores y grabadores, cuya lista es interminable, ya sea como triunfador, luchador social o caudillo, héroe, germen de la tierra, charro, símbolo de la lucha por la justicia o mártir, como profesionalmente lo recreó Arnold

Belkin en sus cuadros históricos o el maestro Alberto Gironella en sus ensamblajes.

Como Cristo y como santo de estos pintores, guardo información recabada desde hace varios lustros en la que es mi área de trabajo desde 1966, y con el transcurrir de los años descubrí la devoción al general Emiliano Zapata por el enmarcado de dibujos, grabados, retratos al óleo pintados por artistas de la región, o el enmarcado de fotografías de un padre o un abuelo a las que adjuntaron la efigie de Emiliano Zapata. Lo han enmarcado en hoja de oro, en marcos de maderas semipreciosas para regalarlas y colocarlas en oficinas, hoteles, restaurantes o simplemente para atesorarlas. ◆



General Emiliano Zapata
Andrés Yamal Cruz Domínguez

Crónicas zapatistas 10 de abril: conjura fatal

REFUGIO BARRERA MIRANDA

Era el año de 1919. Comisionado para inspeccionar varios destacamentos, el coronel Jesús M. Guajardo se había dedicado a cometer fechorías en los pueblos por donde pasaba.

Los padres de las hijas vejadas por el militar elevaron sus quejas y la Secretaría de Guerra comunicó al gobernador de Morelos que ordenara a Guajardo se presentara en la Ciudad de México, a rendir cuentas por tales acusaciones.

La situación de Guajardo se agravó cuando el licenciado José G. Aguilar y el general Pablo González lo sorprendieron escandalizando al lomo de su caballo en el interior del Hotel Providencia, frente al cual caminaban rumbo al Teatro Carlos Pacheco, después de observar las obras de reconstrucción del Hospital Militar en Cuautla.

El licenciado Aguilar le llamó la atención a gritos y le advirtió que el general Pablo González estaba fuera y enterado de sus escándalos; ante tal sorpresa, Guajardo frenó su animal a las puertas del comedor y pidió al licenciado Aguilar que le permitiera salir. Hundiendo sus espuelas en los ijares del caballo, al tiempo que lanzaba un grito, abandonó el establecimiento.

Dos días después, mientras Guajardo esperaba conocer el castigo que le impondría el general Pablo González por su escándalo, el gobernador Aguilar recibió en su casa a un fotógrafo ambulante, que no era otro más que un espía federal en campo zapatista, quien entregó una carta que dirigía a Guajardo nada menos que Emiliano Zapata. En ella lo invitaba a unirse al movimiento con el argumento de que sabía que González lo había injuriado e iba a procesarlo por el incidente en el Hotel Providencia.

Sorprendido, el gobernador llevó inmediatamente la carta de Zapata al general González, quien, después de leerla, le ordenó que le llevara a

Guajardo al día siguiente, a la hora de comer, para ver qué provecho se le podía sacar a la misiva.

El resultado de esto fue que Guajardo, al ser confrontado con el documento, se puso a las órdenes de González, quien era un hombre hábil, dado a las intrigas, y supo ver que, bien manejado el asunto, podría ser la oportunidad perfecta para tender una celada al enemigo del gobierno.

Así se inició una correspondencia que Zapata creyó secreta entre él y el coronel, en la que este último pretendía realmente unirse al zapatismo y defender la causa.

El asunto estuvo muy bien tramado; incluso, se contó con los servicios del ex zapatista Eusebio Jáuregui, quien envió a Zapata una carta dándole las más amplias referencias de Guajardo.

Emiliano Zapata no tenía motivos para sospechar del doble papel de este nuevo traidor quien, sin respetar la palabra de honor que había dado a su jefe, de que se mantendría leal, aunque se retirara del movimiento, prácticamente se vendió a los federales.

Sin embargo, Guajardo comenzó a dar largas para incorporarse al zapatismo, y Emiliano empezó a sospechar de él, lo cual ponía en peligro la conjura. Así, en otra carta, el Jefe del Sur conminó al coronel a que se defendiera y a que, si realmente quería unirse a él, lo hiciera de inmediato.

Presionado, Guajardo, que en realidad era un cobarde, fue ante su jefe Pablo González en busca de instrucciones, y el zorro carrancista decidió asestar al Caudillo el golpe final, urdiendo con Guajardo una trampa.

Para tranquilizar la suspicacia de Emiliano, González ordenó a Guajardo que fingiera un ataque a la guarnición de Jonacatepec con balas de salva. Así se hizo, y el 8 de abril de 1919, Guajardo llevó a cabo el falso asalto en el que, por cierto,

murieron dos soldados, lo que deja ver que no todas las balas eran de salva.

Después de la reyerta, Guajardo salió a galope lanzando vítores de honor al general Zapata. Eso convenció al Caudillo de que Jesús Guajardo era hombre de ley y, un día después del simulacro, se entrevistó con el coronel, a quien invitó a comer. Guajardo se negó con el pretexto de estar mal del estómago y, a su vez, invitó a Zapata a que se vieran al otro día en la Hacienda de San Juan Chinameca, donde, además, le entregaría armas y dinero para la causa. De paso, conociendo el gusto del General por los caballos, le regaló un precioso alazán.

Serían las seis treinta de la mañana cuando Guajardo acampó con sus soldados a una distancia de tres kilómetros de la hacienda y procedió a entrar en ella, dejando la tropa acuartelada. A las ocho de la mañana llegó el general Zapata a San Juan Chinameca y se detuvo frente a la finca con unos cuatrocientos hombres comandados por Pioquinto Galis Muñoz Zapata, Adrián Castrejón, Timoteo Sánchez, Joaquín Camaño, Jorge Méndez, Juan Sánchez, Jesús Chávez, José Rodríguez, Feliciano Palacios y los coroneles Jesús Salgado, Clemente Acevedo, Salvador Reyes Avilez, entre otros. Algunos de ellos se disgregaron en el pueblo en busca de alimentos y algunos otros se quedaron platicando en la placita, echándose unas cervezas.

Al llegar Guajardo al pueblo, descubrió al general Zapata y se dirigió a saludarlo; en eso estaban cuando corrió la voz de que se acercaban las fuerzas federales, por lo que Zapata ordenó a Guajardo que se mantuviera en la hacienda mientras él se posesionaba en Piedra Encimada para repeler el ataque desde un lugar seguro.

En ese lugar, Emiliano Zapata ordenaba y, después de cerciorarse de que, en efecto, había jinetes a lo lejos, ordenó a Feliciano Palacios que fuera a ver a Guajardo para que entregara el armamento y las municiones que le había ofrecido. Palacios salió acompañado de Jorge Méndez y Juan Lima; los dos últimos se quedaron al final del puente y sólo Feliciano Palacios entró a la finca, pero, como

tardaba en regresar, Zapata envió al coronel Agustín Carrión para que trajera unas cervezas, quien regresó sin haber visto a Feliciano.

Dieron las dos de la tarde; Zapata dejó Piedra Encimada y se dirigió a la tienda de raya, donde saludó al español que la regenteaba y preguntó a Lima por Palacios, quien le contestó que lo habían detenido por órdenes de Guajardo y también le dijo que éste lo invitaba a comer.

Agustín Cortés le arregló la montura que el día anterior Guajardo le había regalado, y Zapata ordenó que diez hombres fueran con él a la cita que había hecho.

Montado en su caballo, se apostó en el portón de la hacienda y, al instante, el corneta anunció honores. De inmediato, Guajardo dio la orden de disparar en un ataque tan inesperado como certero. El caballo huyó mientras quedaba tirado el cuerpo sin vida del integérrimo General, que subía a los cielos de la inmortalidad y se convertía en una leyenda. Dado que su rostro quedó desfigurado e irreconocible, se empezó a decir que no era el General, que él había mandado a alguien parecido, que él se había ido con su compadre El Árabe.

Las secuelas de la muerte del caudillo resultaron sorprendivas para quienes pensaron que muerto Zapata la pacificación del estado sería inmediata.

Así, ante la equivocada opinión de Carranza, el movimiento de los campesinos del sur no fue finiquitado con la desaparición de su caudillo sino hasta 1920.


Gracias al zapatismo se pusieron en práctica las principales reivindicaciones campesinas plasmadas en el Plan de Ayala, la gran herencia del general Zapata, una sorprendente mezcla de principios y anhelos que anidaban en el corazón de los campesinos del sur, sin duda el documento o ley que defendieron con sangre y que hizo de don Emiliano el más grande revolucionario de su tiempo y de todos los países, y el que, gracias a su espíritu visionario y de sacrificio, cuajó como una conquista para bien del campo mexicano.

Y aunque el país sigue atravesando por épocas difíciles y el avance ha sido lento, el anhelo de Emiliano, y de muchos como él, tendrá que cumplirse como un sueño no muy lejano.

Emiliano Zapata campea aún por los llanos y barrancos, por los ríos y poblaciones de Morelos

y de México. Su grito resuena en el viento como un llamado siempre presente: “Justicia y ley”.

Tierra y libertad. ¡Viva la Revolución! ¡Viva el Plan de Ayala!

¡Zapata vive!, ¡vive Zapata! 





Viva Zapata
José Arturo Arizmendi Becerril

tierra le fueron otorgadas las bondades del universo, y que ustedes no han hecho nada para conservar esas riquezas dadas a esta tierra elegida como mística. Y te recuerdo que hace tiempo dijiste que harías algo por tu pueblo, y es ahora que lo debes hacer; por lo tanto, voy a dejarte en manos de un hombre con cuyos ideales podrás lograr hacer algo por tu gente. Hazme caso y nunca olvides una promesa, que yo estaré siempre junto a ti para apoyarte.

Sin decir más, se fue y no me dio tiempo de preguntar quién era ese hombre que con sus ideales me ayudaría a cumplir mi promesa. Seguía dormido, así que, después de un rato, ese hombre del que me habló Ketsalkoatl se dirigió a mí y me dijo:


—No temas, heme aquí, yo, Emiliano Zapata, estoy a tus órdenes. Creo que recuerdas mis ideales, cuando dije que “la tierra es de quien la trabaja con sus manos” no me referí sólo al hecho de hacerla producir, sino también al hecho de hacerla suya, cuidarla, protegerla, amarla y hacerla presente en todo lugar y momento. He visto que aquí sólo han descuidado los beneficios que la naturaleza les ha brindado y todos hablan y hablan, y no hacen nada. Ahora bien, dime: ¿qué es lo que quieres hacer para tu pueblo? (Xi nechiljuitlonontikneguitikchias pampa moaltepechan).

Escucharlo hablar en mexicano me llenó de asombro y respeto, y como si le hubiera inundado un haz de luz, mi mente se iluminó y le dije sin vacilar:

—Quiero crear un espacio en el que se pueda fortalecer y promover la riqueza cultural de Hueyapan.

—Tierra y libertad —me dijo—. No olvides que, para que puedas crear un espacio de cultura, requieres de un espacio (tierra) y debes actuar con independencia de instituciones que puedan opacar el fin de un centro comunitario, que es para el pueblo, del pueblo y con el pueblo (libertad); además, ten presente que habrá personas que se irán acercando a ti, y yo te diré quiénes son las que con intenciones positivas querrán apoyar la causa noble que de tu corazón emana.

A la mañana siguiente me dispuse a encontrarle un sentido al sismo del 19 de septiembre de 2017; entonces me di cuenta de que el movimiento de la tierra trajo consigo el movimiento de corazones de las miles de personas que brindaron apoyo a este bello pueblo de Hueyapan; para ese momento, todos los lugareños estábamos en armonía tratando de recomodar la imagen de las calles, de los barrios, de las personas...

Con el paso del tiempo, el corazón de Hueyapan se va fortaleciendo y va tomado forma, y desde ese momento siempre tengo presente las palabras de Emiliano Zapata, quien me dijo que habrá personas que se acercarán ya sea para apoyar o para obstaculizar el proyecto de la casa de la cultura como centro comunitario para el fomento de la riqueza cultural de esta tierra elegida por el universo, casa de cultura a la que se le ha llamado Tonemilis, ‘nuestro sueño’, y en la que, hasta el momento, muchas personas se han integrado. Una de esas personas eres tú, que estás leyendo estas notas, porque con sólo darte el tiempo para leer, podrás hacer más fuerte este sueño que mi gran mentor Emiliano Zapata me hizo creer y hacer realidad... 



Emiliano Zapata
Nery Said Castillo Hernández



Del As de Oros y de cómo Zapata vive

ROBERTO DE LA PAZ ROMÁN

Un día, doña Pachita, oriunda de una agreste localidad ubicada en la Sierra Norte, en los límites del estado de Guerrero con Morelos, platica lo que su madre, doña Etelvina, opinaba de Zapata: “¡Era el demonio!”, y decía que cuando una tropa de zapatistas incursionaba por los linderos de su comunidad, Huixtac, “se dedicaban a saquear a los pobladores y a llevarse a las mujeres”, y que su mamá la escondía en los recovecos de su casa para que no se la llevaran.

—Los zapatistas eran malos; mataban al que se oponía y quemaban lo que estuviera a su paso.

Así era la referencia acerca de Zapata que me platicaba doña Pachita, mi madre, cuando realizábamos la plática al calor del café en la suriana localidad de Iguala, cuando yo le preguntaba por sus orígenes e historia familiar.

Esa idea de Zapata, y la imagen de la película personificada por Antonio Aguilar que vi de niño, así como los trabajos escolares en la escuela fueron para mí el referente del Atila del Sur con el que llegué a tierras morelenses hace veintidós años: “Zapata era el demonio”.

¡Suriano y zapatista!

I

Cada abril, desde hace veintidós años, pasaba desapercibido —según mi interpretación— en mi localidad de residencia el suceso del 10 de abril: un rostro dimensional en la pared de la explanada de la unidad médica del Seguro Social evoca su recuerdo, la colonia que por nombre lleva Emiliano Zapata se reconoce mejor por la denominación de la *Cuarta Manzana*, así que, al andar por la comunidad en la fecha señalada, pregunto, por los *cuetes* que se lanzan: “¿Qué se festeja hoy?”. “¡Ah!, es la fiesta de la colonia...”.

II

No recuerdo en estos veintidós calendarios una conmemoración que sea referente social en mi rumbo de adscripción, ni siquiera de la escuela —que “es el vínculo por excelencia de la transmisión de la cultura”, de acuerdo con Gilberto Jiménez—, quizá porque ninguna se llama Escuela Emiliano Zapata. Así, al andar el sendero magisterial, pronto encontré celebraciones escolares en comunidades en las que se ubicaba un jardín de niños, una primaria o una secundaria, por lo que había festejo en la comunidad, desfile, poesías y loas al héroe del sur; luego a la comida, en algunas ocasiones, y ¡una cerveza con mezcal!

III

Con la irrupción de la rebelión en Chiapas, en 1994, surge el Ejército Zapatista, cuyo estandarte sería la lucha por los derechos indígenas. Un hombre con pasamontañas toma el legado de Zapata para decirle al país y al mundo que las y los de abajo aún sufren los despojos de una clase opresora. En 2001, la caravana zapatista recorrió varias ciudades del país. En la entrada de Amacuzac, que conecta con la carretera que va de Cuernavaca a Chilpancingo, vi en minutos pasar el convoy. Antes me me habían dicho: “Vamos a ver la caravana, ¿no? ¡Va a pasar por aquí!”.

Menos de cinco minutos tardó en pasar por la carretera. Un día antes, el subcomandante Marcos había leído una carta a los pies de la estatua de Zapata, ubicada en la parte norte de Cuernavaca, en la que señalaba que había estado ausente, pero que veía a lo lejos cómo la causa recibía nuevos bríos de lucha. “Como en sus días, don Emiliano, los gobiernos han querido engañarnos. Hablan y hablan, y nada que se cumple, como no sean las matanzas de campesinos. Firman y firman pape-

les, y nada que se haga realidad, como no sean los desalojos y persecuciones de indígenas. Y también nos han traicionado, mi General, y Guajardos y Chinamecas no les han faltado; pero resulta que nosotros no nos dejamos matar...”, y al grito de “¡Viva Zapata, cabrones!” culminó el encuentro y siguió la caravana en Tlaltizapán, Morelos, sede del cuartel zapatista. Se vivieron recuerdos vueltos presentes; los zapatistas vivos aún encabezaron el encuentro; los jóvenes se desbordaban por ser parte de él, y desde ahí, el sentir de “Zapata vive” fue la proclama viva de esos días.

IV

En la Escuela Primaria General Vicente Guerrero, en la Tierra de Obsidiana, Puente de Ixtla, a razón del centenario del Pacto de Xochimilco de 2014, recreamos, junto a la comunidad escolar —padres de familia, alumnos y maestros—, vecinos e invitados, la icónica foto de Pancho Villa y Emiliano Zapata; participamos en una pequeña cabalgata y en una lectura en voz alta de los diálogos del pacto, representada por los asistentes. Después, un programa que incluyó bailables, corridos revolucionarios interpretados por Francisco Ocampo y una comida cocinada en cazuelas al calor de la leña en un terreno de la institución. Pronto, aquella actividad se había convertido en una fiesta, los hombres de a caballo se mezclaron con alumnos zapatistas y mujeres revolucionarias atizando el fogón.

Por cierto, desentoné en la foto al lucir mi sombrero *calentano* y el gabán de lana que *merqué* en Hueyapan. “Muy bonito, maestro. Yo no sabía que Zapata se había unido a Pancho Villa”, dijo una madre de familia al terminar la actividad escolar y comunitaria. “¡Viva mi general Zapata!”, gritó un abuelito al pasar un padre de familia caracterizado como él.

V

Participo con agrado suriano en encuentros históricos y culturales en los que Emiliano Zapata es el tema. He disfrutado la lectura de alguno de los libros que llevan por tema el legado zapatista y sus implicaciones; ahora considero que el actuar en la escuela debe estar apoyado por la lectura diaria. Recordar el suceso, hoy lo creo, no debe bastar con el programa comunitario o escolar. Se requiere ubicar en la dimensión humana y social a este gran personaje, y mostrar que el orgullo zapatista no es sólo porque vivió, luchó o murió en estas tierras. Recordar que la lucha por la tierra contra quienes ven el despojo contra los más vulnerables como un acto de supremacía está viva y que honrar desde la palabra escrita también es una forma de luchar: “¡Viva Miliano!”.

Cierre

A manera de introducción

El trabajo en escuelas de educación básica y normal me ha señalado experiencias significativas en torno a la identidad cultural en situaciones escolares con los docentes y alumnos de estos ramos; sin embargo, ante las dinámicas actuales que vive la sociedad, éste debe reconsiderarse.

En anteriores programas educativos, las líneas de aprendizaje proyectaban el sentido de formar una identidad nacionalista tomando como ejemplos las figuras de héroes nacionales como Hidalgo, Morelos, Juárez —e incluso ¡Zapata!— y exaltar el espíritu patrio al recordar las batallas y los logros nacionales “que nos dieron patria”; actualmente, eso ha sido rebasado. Lo acontecido es de llamar la atención no porque se deje de lado la *Historia de Bronce*, sino porque existe la posibilidad de darle a la Historia que se imparte en las aulas la construcción de situaciones acorde con las condiciones actuales, en las que el libro, la historia oral y el misticismo se envuelvan en las situaciones cotidianas que rodearon a estas personas.



Por ello cobra importancia la convocatoria que impulsa la Unidad Regional Morelos de la Dirección General de Culturas Populares, Indígenas y Urbanas, en el marco del centenario luctuoso de Emiliano Zapata, para que se escriba desde la óptica social, cotidiana, qué representa Emiliano Zapata a cien años de su muerte.

El título sugerente de Zapata Imaginado nos evoca el recuerdo y la memoria, la transmisión de la palabra a partir del hecho sucedido, cuya magnitud se construye en el imaginario a partir de la palabra transmitida de generación en generación, y lo que representa para el que escribe acerca de Zapata en el imaginario sureño. ◆



General Emiliano Zapata
Emili Libia Dávila Rosales

La voz detrás de todo un pueblo

SANTIAGO MARQUINA

Cara cuadrada adornada con un sólido mostacho terminado en afinadas puntas; hombre alto, quizás 1.75 metros; delgado, moreno, recio, con ojos grandes de color castaño oscuro, coronados por exuberantes cejas, cabello negro, crespo y no abundante. A pesar de su joven edad, ya se le notaban entradas en el cabello. Conocido como un gran jinete, hombre tímido, de pocas palabras pero que iba al grano, con indicaciones inteligentes. Así me lo imagino yo.

Líder campesino y militar durante la Revolución mexicana, la voz de todo un pueblo reprimido por una dictadura de treinta y cinco años que provocó un gran desequilibrio social, en la que el pueblo sólo vivía de miserias. Emiliano Zapata nunca dejó a su pueblo caer; orgullo de Morelos, mejor conocido como *el General* y, sin ninguna duda, un ejemplo de valentía y fortaleza que representa el valor de todo un país a través de la historia, luchando desde pequeño por su pueblo, por su gente. A mí me gusta llamarlo *la Voz de Todo un Pueblo*, por lo que, con gran orgullo, comparto mi descripción del grande e histórico Emiliano Zapata.

Provenía de una humilde familia campesina; el noveno de diez hijos, de los que sólo sobrevivieron cuatro. En cuanto a la fecha de su nacimiento, no existe acuerdo total; la más aceptada es la del 8 de agosto de 1879, pero sus biógrafos señalan otras: alrededor de 1877, 1873 o entre 1879 y 1883. Sus padres, Gabriel Zapata y Cleofas Salazar, lo forjaron desde pequeño para que fuera una persona ruda, y el haber vivido en condiciones de trabajo difíciles, le permitió darse cuenta del sufrimiento por el cual atravesaban los suyos, pese a que recibió una pobre instrucción escolar.

Lamentablemente quedó huérfano a los trece años y, tanto él como su hermano mayor Eufemio, heredaron un poco de tierra y unas cuantas cabezas de ganado, legado con el que debieron man-

tenerse y mantener a sus dos hermanas, María de Jesús y María de la Luz. Desde aquel momento, algo despertó dentro de él. La responsabilidad de proteger a su familia lo preparó para ser el gran líder que fue.

Probablemente nunca imaginó el impacto que tendría en el pueblo mexicano. A pesar de que años después su hermano vendió sus tierras, él permaneció en su localidad natal Anenecuilco, donde, además de trabajar su campo, era aparcerero de una pequeña parte del terreno de una hacienda vecina. En las épocas en que el trabajo en el campo disminuía, se dedicaba a conducir recuas de mulas y comerciaba con los animales que eran su gran pasión: los caballos.

Cuando tenía unos diecisiete años, tuvo su primer enfrentamiento con las autoridades, lo que le obligó a abandonar el estado de Morelos y a vivir durante algunos meses escondido en el rancho de unos amigos de su familia. Esa fue la primera vez que demostró que no era alguien que permitiera que se le impusieran; él era leal a su ideología y la defendía. Es por esta razón que puedo imaginármelo como alguien fuerte e imponente, que cuando se te ponía enfrente, transmitía esa fortaleza que lo caracterizó. Además de su seriedad, su mirada reflejaba a una persona que no se rinde y que lucha hasta el final.

Emiliano Zapata formó parte de uno de los movimientos más importantes de la historia de México: la Revolución mexicana. Después de treinta y cinco años de dictadura ininterrumpida, mejor conocida como *porfiriato*, el país vivía uno de los peores conflictos sociales, en el que distintos factores provocaron que la situación empeorara. La desigualdad social era uno de los principales.

Cuando hablamos sobre el porfiriato, una palabra que lo representa es *explotación*, con niveles de desigualdad parecidos a los del México colonial,

caracterizada por la figura de los trabajadores con muy bajos recursos, los jornales que apenas llegaban a los niveles de subsistencia y una élite política y económica que extraía tanto como le era posible.

El trabajo sobre la historia económica de México en este periodo y durante la Revolución mexicana es extenso desde lo regional hasta lo nacional. La desigualdad social no sólo estaba relacionada con la ética, sino que también era provocada por las leyes, ya que entre las disposiciones existían varias que eliminaban la condición de ciudadano; una de ellas negaba la posibilidad de votar a quien fuera sirviente; en otro caso, para ser considerado ciudadano, se exigía ser dueño de un determinado capital.

Estas leyes se trataban de medidas legislativas y judiciales que perseguían la pobreza en lugar de trabajar para eliminarla; esto contribuía a que muchos individuos vivieran en una marginación social que estaba ligada con la existencia del bandolerismo.

Para mí, Emiliano Zapata es una inspiración, ya que no cualquiera defiende su nación con tanto valor y orgullo. Es un ejemplo para que cada ciudadano trabaje día con día para ser un líder que transforme para bien. Considero que Emiliano Zapata fue una persona con mucha visión analítica, que no sólo pensaba en él, sino en toda la gente que dependía de él y en toda una nación.

La Revolución fue una transformación social en la cual el país demostró las agallas y que sim-

plemente es inquebrantable, y Zapata, que era un hombre que sabía llegar a las personas, y que tenía la capacidad de entenderlas, y de saber qué era lo mejor para ellas.

Siempre buscó lo mejor para cada una de las personas, sin importar el riesgo que se enfrentara; él lo dejaba todo y luchaba por derechos que son fundamentales para una sociedad estable.

Un hombre que no dejaba a nadie atrás. Él impulsó el cambio que transformó la historia de México y, cada año y en cada libro de Historia, lo recordamos no como un personaje ordinario, sino como un héroe que nunca será olvidado y permanecerá plasmado en el nombre de México.

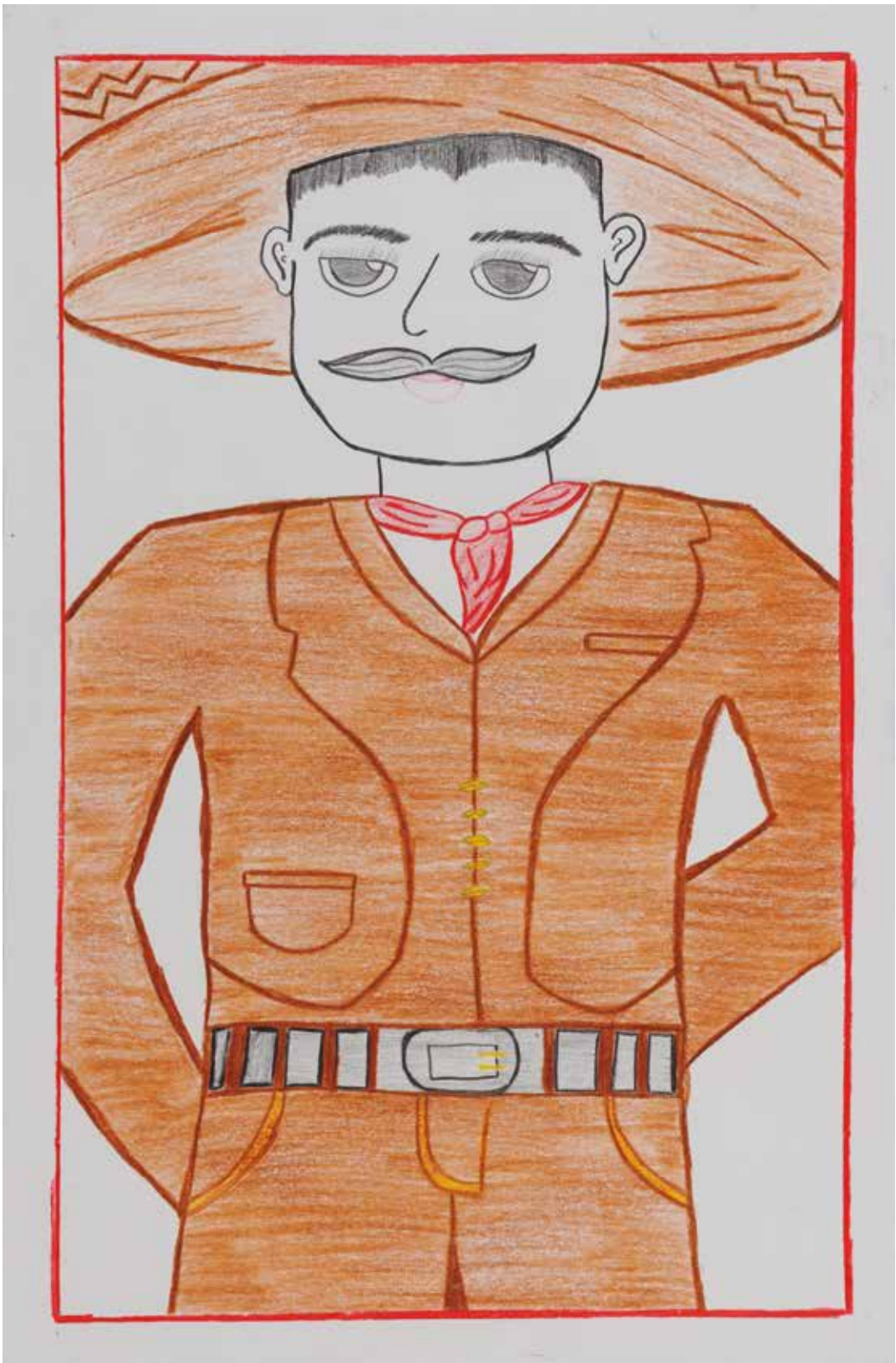
Emiliano Zapata, morelense, que de sólo leer su historia provoca que nuestra piel se ponga chinita. Estoy convencido de que él no sólo demostró el impacto que el pueblo unido puede tener, sino que una persona puede ser el cambio que transforme para bien; es sólo cuestión de que alguien levante la voz por quienes no pueden, que sea el corazón de todo un país.

Así imagino al enorme Emiliano Zapata, como un imponente portavoz de un país que levantó a cada persona que estaba harta, desesperada, y les transmitió lo único que necesitaban: esperanza.

Así es mi Zapata imaginado.

Por la juventud. 





General Zapata
Santiago Padrón García

“Dicen de mí”

Mitos y leyendas de Emiliano Zapata

SONIA VALENZUELA VALENZUELA

Muy noche seguía leyendo sobre Zapata. Leer su historia me provocaba unas veces tristeza; otras, indignación. También impotencia, coraje e incredulidad. Cada libro que analizaba, cada lugar relacionado con la narración que visitaba, me acercaba, más que a la historia, a él, a Miliano, al hombre.

Mientras más investigaba, más me invadía la sensación de que, en un momento o en otro, lo tendría frente a mí. ¿Qué tal ahora, en este momento? Aquí, entre las paredes a medio caer de lo que fue la tienda de raya de la Ex Hacienda de El Hospital, cerca de Anenecuilco, es fácil sentir el paso a paso de su cabalgadura, que se acerca por el camino de tierra. Casi escucho cuando el caballo se detiene y él desmonta; cruje la paja seca y tintinean sus espuelas al choque con las piedras, en su andar lento, distraído; a cierta distancia me observa y de repente me pregunta:

—¿Tú sabes qué dicen de mí?

Puedo preguntarles a tus gentes, a tus parientes, los que traen algo de tu sangre, a los que escucharon, a los que ya no están; a ver qué nos dicen, así, de boca en boca, como se hacía antes, como se han transmitido las historias del General, del Jefe.

Poco después tuve la oportunidad, en una reunión de allegados a Zapata:

—¿Qué me dicen de Emiliano? ¿Cómo era él en su vida cotidiana? ¿Qué les contaban los viejos a ustedes?

Fragmento del testimonio de la señora María Félix Aragón Franco, nieta del coronel Francisco Franco Salazar, primo hermano de Emiliano Zapata, vecino de Anenecuilco:

—Lo conocí a través del diálogo que mi madre tenía. Como nosotros vivimos en aquella época en que no había luz, ella se sentaba y nos contaba

amablemente de su familia, de la cual estaba muy orgullosa.

“A Emiliano, [mi madre] me lo describe así: ‘Un hombre alto, muy guapo. Además, era una especie de, un joven pues, muy activo, que precisamente por eso se fijaron en él; que tenía los mismos juegos que en aquel momento les gustaban: la baraja, los gallos, era apostador, jugador, y tenía novias de a montón. Era un hombre muy trabajador; trabajaba conjuntamente con su padre, precisamente en la cuestión agrícola: sembraban maíz, frijol y arroz’.

Me pasé al panteón, quería conocer la iglesia de San Miguel, patrono de Anenecuilco. Tiempo de sequía, tiempo de mucho calor; nadie visita a los difuntos, sólo las moscas y uno que otro perro hambreado y perdido. Montones de basura, flores secas, envases viejos de agua, de cloro, de refrescos *arrebalsados*. La yerba alta entre las tumbas, bajo el sol recalitrante.

Su figura, la del charro, vuelve a mi cabeza, y me pregunto:

—¿Miliano? ¿Qué haces aquí en el panteón?

—Aquí en la iglesia nos reuníamos los inconformes; aquí planeamos muchas cosas; además, éste es el camposanto que me tocaba cuando muriera, aquí nací.

Zapata se mueve unos pasos hacia el frente, a unas lozas, y balbucea para sí:

—Buenas mujeres las Zapata y las Salazar; aquí llegaron a descansar; pero no tú, mi madrecita. A la entrada de nuestro templo quedó Eufemio; más adelantito, mis hermanas, mi hijo Nicolás. Éste es mi lugar; también mis afectos me esperan, si no, mira este epitafio que revela nada y guarda el misterio: ‘En dos sepulcros tienes Zapata posesión; el uno donde duermes está en el cementerio, y el

otro donde vives está en mi corazón. Tus amigas de siempre’.

”Aquí están algunos [de mis muertos]; por lo menos quedaron en nuestra tierra. De aquí salieron y aquí volvieron. En cambio, yo...

Místico y fervoroso entra a su iglesia, sencillo y humilde habla con Tonatzin, su madre tierra, su guadalupana:

—Yo te encomendé mi vida; bien que me acuerdo, virgencita; cuando empezamos la bola, te pedí por mí y mis muchachos.

—¿Sabes, mi General, qué dicen de tu religión? —nos platica Tiburcio Zapata, nieto de Emiliano Zapata—. Dicen que cuando se hacía lo de México, lo del 12 de diciembre, iban a caballo hasta allá, hasta México. Incluso, él prestaba caballos, porque tenía sus caballos.

Jesús Tenorio Navarro, tataranieto de Jesús Navarro, general del Ejército del Sur, nos comparte este recuerdo:

—[Del] Padre Jesús, [Emiliano]) tenía una réplica que la cargaba mi tatarabuelo, Jesús Navarro. Entonces, precisamente, hubo una anécdota real, aquí en Tlaltizapán. Iba el ejército [de los federales] y ya sabían que iba a pasar Zapata por ahí, allí en la Mezquitera, [por] el río que viene de Yautepec; estaban allí, emboscados los soldados para matarlo a [Emiliano]. [Los zapatistas] pasaron allí con el santo, y haga de cuenta que a los soldados se les escurrió la vista; no, no los vieron, y *pus* llevaban el santito ese, el Padre Jesús, y yo digo que ese los salvó. Por eso [Emiliano] era devoto a todo eso, era católico.

La entidad de Miliano también se dirigió a mí cuando estuve en la casa de sus padres, ahí en Anenecuilco, a una cuadra del panteón. Recargado en uno de sus muros, él, el hijo de Cleofas Salazar, recuerda y cree oír la voz de su madre cuando, siendo muy joven, volvía de alguna fiesta:

—¡Cuidate, Miliano!, ¡cuidate, mi hijito! Ven, siéntate a comer, hice guaxmole, como a ti te gusta...

En tono reflexivo, el Jefe comenta:

—Estaba yo muy chamaco todavía; ella sabía que me gustaban los gallos, los caballos, tener novias...

Ahí va a pie, por la orilla del apantle, a un lado del cañaveral, con su machete en la diestra y las riendas de su alazán en la otra, ¿a dónde fuera que no lo siguiera el animal? Miliano se queja:

—¡Cañas, cañas...!, ¡cuántos dolores de cabeza! Los viejos me hicieron el encargo de pelear *pa’* recuperar las tierras; ya de entonces pensaba en que necesitaría el apoyo de los míos. Había que hablarles en su lengua, si no, ¡¿cómo?!

—¿Cómo estuvo eso, Emiliano? ¿Hablabas el náhuatl?

Fragmento de la entrevista con Tiburcio Zapata, nieto de Emiliano Zapata:

—Pues decían que también él hablaba con su gente, con sus tropas; que él sí les... o sea, su gente le platicaba, y es como se comunicaban con él, en el náhuatl.

Fragmento de la entrevista con Amadeo Guevara Franco, sobrino nieto de Miguel Franco Salazar, primo hermano de Emiliano Zapata:

—El hecho de que el general Zapata también entendiera el náhuatl se debió a que sus orígenes de Cleofas Salazar [madre de Emiliano] fueron en Tepoztlán, de la comunidad que está a un lado, Amatlán de Quetzalcóatl. De ahí se desplazaron a Cuernavaca; otros a Yautepec, y Cleofas Salazar, ya casada, se vino aquí [Anenecuilco]. Además de que [Zapata] tuvo que convivir con guerrilleros, con gente de la mixteca baja de Puebla que también hablaban en náhuatl; era necesario tener ese dialecto; saberlos entender y hacerles entender.


A lo lejos, de pie, contra la puesta del sol que enrojece las tierras recién labradas por el rumbo de la Hacienda de Cuahuixtla, se recorta la silueta de Miliano. Reconozco ese sombrero, su porte, aunque camine cabizbajo. Me parece que se va

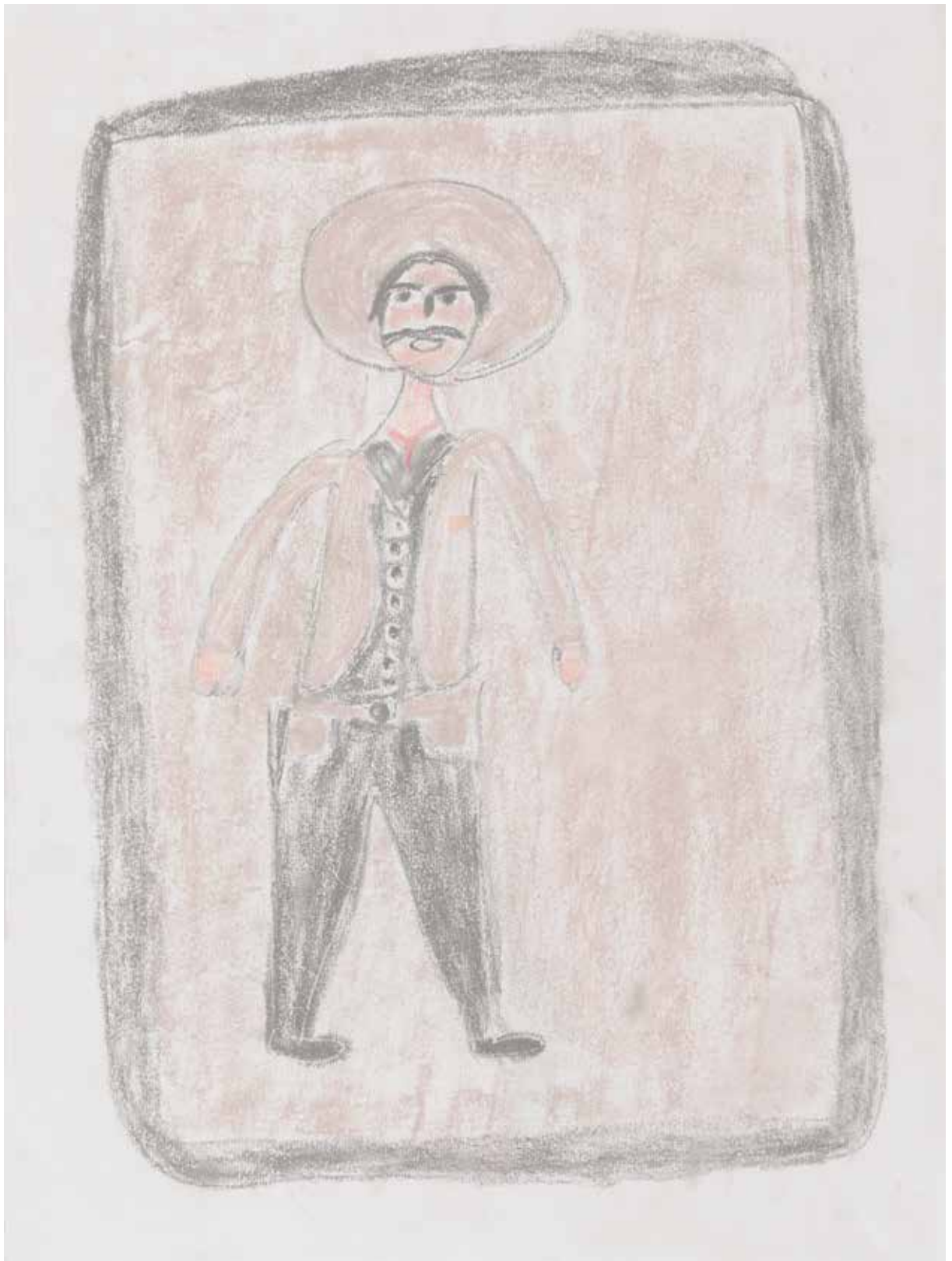
como el sol para volver todos los días, para evitar que abandonemos la encomienda. Él no olvida a los hacendados:

—Esos de las haciendas se adueñaron de todo: ¡agua, tierras, cuevas!, hasta de nuestras vidas, y ¡a fuerzas teníamos que peleárselas! Esa fue mi idea, y de ahí no me movieron. Queríamos nuestras tierras, queríamos trabajarlas libres, a gusto, ¡no más!, y ¡mira en qué fuimos a parar! La cosa se quedó a medias, ¡nunca valieron los papeles!

De nuevo en su entrañable camposanto, cayendo un sol mortecino, en el atardecer, camino des-

pacio entre los sepulcros, muy cerca de salazares y zapatas; un relincho me trae a la realidad. Adivino la mirada de Emiliano Zapata debajo del sombrero copa de piloncillo, en cuya sombra esconde sus ojos; me traspasa, como a una forma etérea, y me dice:

—Ya me voy con los míos, ¡deja que digan! Ya saben que yo tenía razón; ahora les toca defender lo suyo a ellos. Polvo soy, el tiempo que corre ya no es el mío. ¡Arre, alazán! ¡Me voy por donde vine! Pero aquí sigo... 



Emiliano Zapata
Aymee Joana Peña Martínez

Te levantas. Miras a la ventana. Ves la luz del sol que ilumina los árboles, muy tenue. No puedes ver muy claro, son las siete de la mañana, pero sí distingues las grandes extensiones de tierra que se han labrado a lo largo de la semana. Te tallas los ojos. Sales al baño y haces tus necesidades. Te aseas y corres al patio exterior.

Tu mamá te ha visto. Con voz amorosa te llama para tomar tu café, no sin antes mandarte a despertar a los tres hermanos que hacen falta. Tus hermanas Jovita, Matilde, María y Ramona ya están en la cocina ayudando a tu mamá.

Papá está ahí sentado, leyendo el periódico: “Porfirio Díaz de nuevo en el poder”. Don Gabriel se levanta de la silla y con fuerza azota el diario en la mesa. Se queja, discute y opina una vez más sobre el gobierno de Díaz.

Al fin ya todos los hermanos, nueve, están en la mesa. Toman su desayuno y se dirigen a sus actividades.

Caminas por las calles de la mano de tu madre, doña Cleo. Ves algunas autoridades del municipio que hablan con voz fuerte a los lugareños. Le preguntas a tu madre. Ella te dice que son cuestiones personales. Llegas a tu salón de clases. El maestro tampoco tiene buena opinión de don Porfirio.

Han pasado los días. Tu padre es quien te lleva de la mano ahora. Te habla de política y de lo sucedido en el día a día de tu pueblo. Ahora has visto una escena no encontrada, pero, no por eso, no recurrente: le han quitado las propiedades a los lugareños y te has quedado anonadado. Don Gabriel te dice: “¡No podemos hacer nada, hijo!”. Piensas y recapacitas hasta que exclamas: “¡Claro que sí! ¡Algún día yo haré que se devuelvan esas tierras!”. Te llenas de valentía, de miedo, de horror y de fuerza.

Ya ha pasado algún tiempo y estás próximo a cumplir los diecisiete años. Has contemplado la

muerte de tu madre y ahora la de tu padre. ¿Qué más te podría pasar? Pero no eres el único que ha vivido esa historia, muchos de tus compañeros también han pasado por ahí, sólo que, a diferencia de ellos, nada más han quedado huérfanos de una madre o un padre. Tienes a tus hermanos contigo; de alguna manera comparten el sentimiento de soledad y valentía. ¡Ni hablar!, tienes que seguir adelante con tu vida. Entrás a trabajar. No te va mal pues, te das tus gustos.

La charrería y el amor a los animales te hacen sentir pleno. También vendes e intercambias ganado, siempre procurando tener lo suficiente para no carecer. Tampoco te gusta presumir como a algunos de tus compañeros, que sacan el fajo de billetes, ordenados y reordenados a la vista de todos. Tus ideales comienzan a tomar más fuerza al ver las jornadas diarias de tu comunidad. Se esfuerzan y no alcanza. Se les humilla. Se les lastima. Y, como siempre, se les despoja de la tierra. En cierta manera, los tienen atados.

En tu cabeza ya traes los ideales de libertad, tierra, trabajo y pago justo. Te dan vuelta todos los días, a todas horas y en todo momento. No puedes hacer caso omiso de ellos. Los expones con la gente del pueblo. Eso ha llegado a oídos del presidente municipal y te aprehendieron. Tu hermano Eufemio, haciendo uso de sus recursos, te liberó, y corres hasta un nuevo lugar, pero sigues pensando en tus ideales, ahora con más vehemencia. Paseas por la calle. Un amigo te intercepta y te comenta sobre la junta de los campesinos para defender las tierras de los caciques: “¡Ahora es cuando!”.

Has expuesto tus pensamientos e inconformidades con los hacendados y la autoridad. Esa rebeldía te ha tomado de la mano, y ahora eres un líder nato de la comunidad. ¡Te proclaman! Y, por lo mismo, estás en las filas de los revolucionarios.

Ahora ya no es a ti, sino a toda la comunidad a la que defiendes. Salvaguarda de las tierras de Morelos, Anenecuilco y alrededores.

Tienes mucha fe, porque tu gente te tiene fe. Nunca se te olvida la escena que viste, de pequeño, de aquella autoridad despojando al campesino de su tierra. Y ese acto es lo mismo que te mueve para seguir adelante. Has decidido recuperar las tierras. Esas tierras que todos desean. Esas tierras que las hacen menos los conquistadores, pero que para nosotros, los lugareños, lo son todo: nuestra vida, nuestro sueño y patrimonio. Decides hacer un acta llamada Plan de Ayala, en la que despliegas todo lo que quieres para que al campesino se le devuelvan sus tierras. Juntas más y más muchedumbre.

Como sabes, no todo el que viene a ti trae buena intención. Así, el que osa traicionarte, vende al pueblo y, por ende, merece la muerte. No vacilas con eso. Ésos son tus preceptos. Los ideales del pueblo agraviado. Tienes que hacer valer tu palabra. Tus actos deben corresponder con tu discurso.

Tu movimiento revolucionario ha alcanzado mucha fuerza. A tus seguidores y a ti los han llamado *zapatistas*. Te has reunido con otros revolucionarios, pero no has tenido mucho éxito para lograr trabajar juntos. Has conocido a Pancho Villa y has intercambiado pensamientos y movimientos, pero no has concertado mucho. Villa se ha sentado en la silla presidencial, pero tú no has querido hacerlo, pues piensas que quienes se sientan en ella se vuelven locos. Por lo que sabes, en el mundo no estás solo, se empiezan a gestar movimientos revolucionarios de carácter comunista.

Han matado a tu gente, pero no te amedrentas. Decides atacar la periferia de la Ciudad de México para que vean tu fuerza. Ya has incomodado al gobierno, y no quieren dejarte en paz. Tus ideales y valentía te han llevado hasta aquí. No confías, no soslayas, no caes, no sueltas nada. Sabes que corres mucho peligro por trastocar los intereses de la oligarquía. La gente te ha hecho un sinfín de canciones, mitos y relatos. Algunos te dan risa. A otros más les das la razón.

Cierto es que te mezclan con los bandoleros y asesinos. Los periódicos te presentan así. Tú sabes quién eres y qué buscas. Alguna vez llegó a tus oídos que buscaste a un buen pistolero tuyo, lo invitaste de nuevo al movimiento, pero él se negó, porque dijo tener esposa e hijos. Entonces contestaste que si eso era impedimento, pues que te lo hubieran dicho. Entraste a la casa y de unos cuantos tiros mataste los pretextos, y así te llevaste contigo a tu buen pistolero. “¿Será verdad?”, te preguntas. Lo cierto es que, como Caudillo del Sur, no te andas por las ramas. Eres sigiloso.


Conoces a un hombre del gobierno carrancista. Un tal Guajardo. Te dice que está en contra del gobierno, pero no crees. Eres el Caudillo del Sur, eres zapatista, y ese cuento ya te lo sabes. Así que decides no confiar y pedir pruebas. Guajardo te las da: mata cerca de doscientos soldados. Como tú lo habías pedido. Te promete armas para tu movimiento Tierra y Libertad.

Decides ir a la Hacienda de Chinameca. Pero primero decides mandar a algunos de tus hombres que te son fieles. No ven nada, pero presienten algo. Aun así decides rodear la hacienda. Te percatas de que todo está en orden y que no se ve nada extraño. No entras ese día. Ya es 10 de abril de 1919. Dispones ahora sí ir por el armamento y por un aliado. Pero no vas solo. Te llevas diez hombres de tu extrema confianza. Ingresas sigiloso y con la vista puesta en todos lados.

Desconfiado, pero con paso seguro. Tu mano derecha está lista para cualquier cosa. Al entrar, ves una fila de soldados que, al parecer, te dan la bienvenida con honores. Sin embargo, al tercer toque... se vuelven hacia a ti. Disparos contundentes. No pudiste sacar tu pistola. Fuiste víctima de una emboscada, de una traición, de una mentira. Tu gente... tu gente no va a creer lo que pasó.

Algunos dicen que no eres tú. Que tú no caerías tan fácil, pues tantas emboscadas y nunca tuvieron éxito. Tantas trampas y nunca caíste. Que tu lunar no es el mismo. Que tu estatura no corresponde...

Pero tú eres el Caudillo del Sur, tú eres el zapatista que luchó por las tierras y las libertades. Tus ideales de “La tierra es de quien la trabaja” y “Es mejor morir de pie que vivir arrodillado”

en seguida quedarán en la memoria colectiva de este pueblo amado, amado hasta los huesos. Es ahora cuando cierras los ojos. Y descansas con un suspiro. 





Emiliano Zapata en batalla
Mauricio Morales Zacarías

La horma del General

VICTORINO ZURITA

Abordar algún tema que involucre al general Emiliano Zapata Salazar es, sin duda, apasionante. El Caudillo del Sur es un icono mundial de la Revolución mexicana; es, sin duda, el líder del movimiento social más importante de la historia contemporánea. Zapata es el estandarte del agrarismo.

Mucho se ha escrito de Zapata. Otro tanto obra en documentales: su niñez, su época de juventud, su boda. Leyendas, cuentos y muchas historias en torno a la figura del General.

El sombrero del Caudillo

En estas líneas abordaremos el *estilo zapatista*, pero el estilo en sus sombreros, los charros, que fueron utilizados en la Revolución, en la que el General impuso una moda conocida ahora como *horma zapatista*.

El sombrero *estilo zapatista* fue único y se le empezó a confeccionar al General bajo supervisión personal. Es parecido al sombrero usado en la charrería, pero la principal diferencia del sombrero zapatista con los demás estilos se encuentra en la falda y en la copa; es redondo, con rebordes doblados hacia arriba en toda su circunferencia, además de tenerla muy amplia, puede tener adornos de calabrote y ser confeccionado en zacate, palma, pelo de conejo o lana. Otro rasgo distintivo es la copa,


mucho más alta que los demás estilos charros. Ésta puede ser en forma de cucurucho y tener cuatro o dos pedradas, para resistir el golpe.

La copa, al igual que la falda, puede ir adornada con cuero fino o, en caso de ser de pelo de conejo, puede ir bordada con hilo o canutillo. La forma de la copa también se conoce como de *piloncillo*, por ser parecida a este ingrediente de la cocina mexicana.

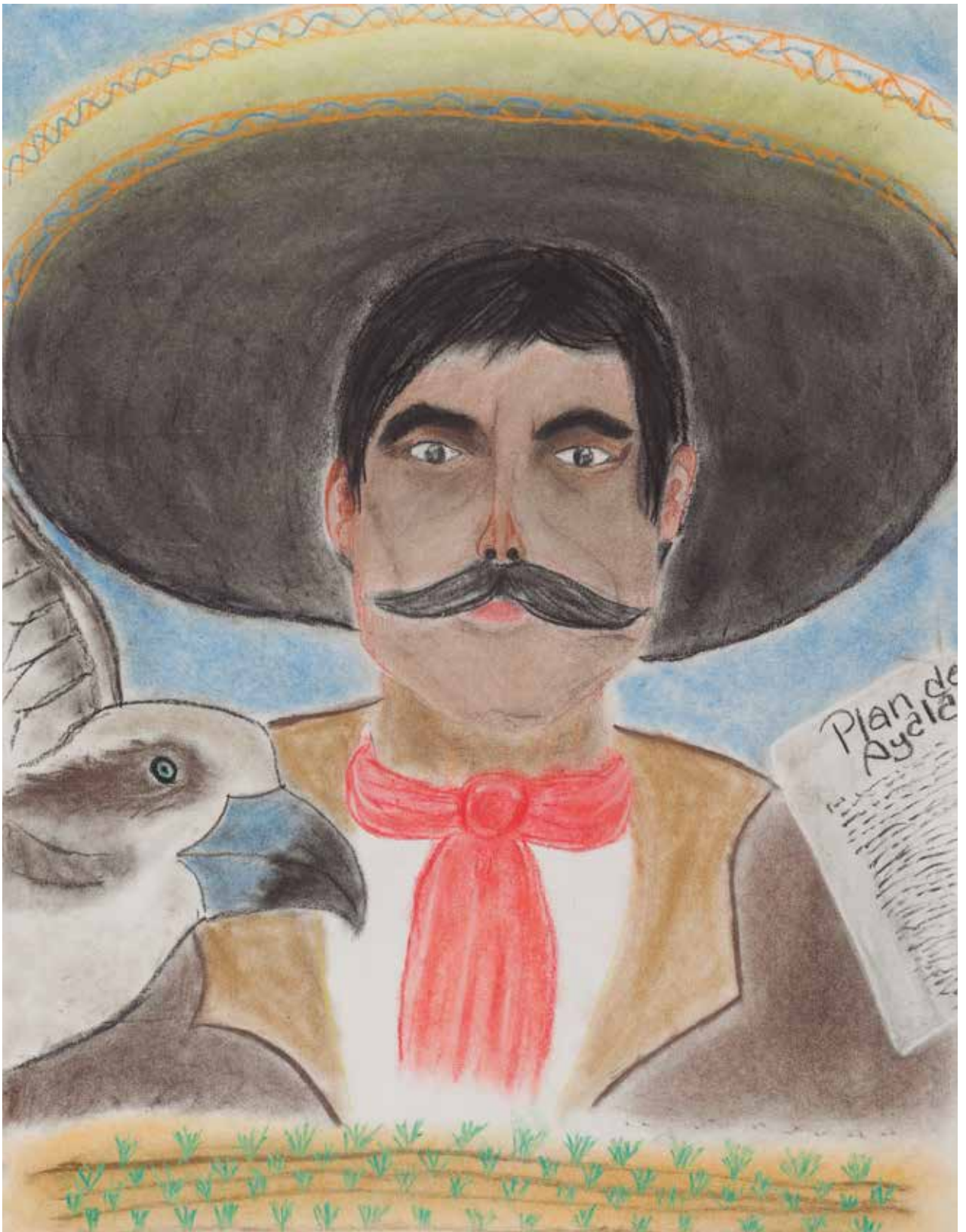
Los sombreros o charros podían ser de distintas calidades: habían de faena, de media gala y de gala; todo esto dependía de con cuánto contaba el portador para comprarlo.

El sombrero que normalmente usaban del diario los revolucionarios de Zapata era el de zacate. Combinado con el atuendo de manta y la jerga al cinto, era el distintivo en la campiña morelense.

Preservan el estilo

Actualmente, en el municipio de Yautepec, los profesores Arturo González y Gustavo Ruiz, a través de la investigación del cronista César Ortiz Triana, y con el apoyo de jóvenes estudiantes de la Preparatoria Alberta Rojas Andrade (ARA), rescatan en confección y diseño, de forma artesanal, los vestuarios de la época zapatista. Claro, el diseño de los sombreros no puede faltar en el proceso del rescate; de zacate, palma, pelo de conejo o lana, los charros del Caudillo siguen vigentes. 





El Caudillo del Sur
Celia Noemí Salgado Castañeda

Zapata en nuestros corazones

YAMILET AVELLANEDA CAMACHO

Mi nombre es Francisco Duarte. Durante mi niñez compartí muchos momentos agradables y a veces tristes con mi gran amigo Emiliano Zapata, quien fue una persona digna de mi admiración.

Recuerdo que él nació el 8 de agosto de 1879. Yo lo tengo presente, porque tenía nueve años cuando vio la luz. Mi familia y la de él siempre fueron muy cercanas. Zapata fue el penúltimo de diez hermanos. Su padre, Gabriel Zapata, murió cuando Emiliano tenía sólo dieciséis años.

Desde muy pequeño, él notaba los problemas que nuestra comunidad, llamada Anenecuilco, estaba pasando. Los pobladores estaban obligados a trabajar en haciendas o rentar tierras. Él siempre me platicaba que no descansaría hasta que fuéramos libres y tuviéramos nuestras tierras. Él siempre tuvo en mente luchar por lo que quería.

Y así fue, mi gran amigo llegó a ser autoridad de Anenecuilco, y lo primero que hizo fue tomar por la fuerza las tierras que la Hacienda de El Hospital se negaba a prestarnos.

Con el paso de los meses, Zapata me invitó a participar con él en el movimiento. Aún no entendía en ese momento, con exactitud, de qué trataba, pero yo confiaba en él y decidí aceptar. Poco a poco lo comenzaron a seguir más campesinos que ya estaban cansados de vivir con malos tratos, obligados y reprimidos por los hacendados.

Y fue entonces cuando surgió el Ejército Zapatista, que nos llevó al inicio de la Revolución mexicana, un movimiento muy importante, yo lo puedo asegurar, estuve ahí y nadie me lo contó.

Los zapatistas nos ensañamos, sobre todo, con las grandes haciendas; quemamos cañaverales y oficinas públicas, aparte de ajusticiar a algunos jefes políticos y capataces.

Zapata decía que Villa podría ser el aliado ideal en su lucha revolucionaria, pues ambos tenían ideas

similares sobre la importancia de la tierra y la injusticia social que el régimen había establecido.

Para entonces, mi gran amigo, llamado ahora *el Caudillo*, fue atacado por los periódicos. Éstos decían que era un bandido, pero quienes creíamos en él sabíamos que no era verdad, así que decidimos seguir en lucha, apoyándolo para recuperar nuestras tierras.

Posteriormente, en 1911, Zapata proclamó el Plan de Ayala. “Tierra y libertad; tierra y justicia”, ésa fue la frase de mi amigo. Él quería un hogar para cada familia, que después del triunfo existiera “tierra para todos”.

Tiempo después, en 1914, comenzamos a tener enfrentamientos más fuertes; la Ciudad de México fue ocupada por los ejércitos aparentemente triunfantes de los caudillos de la División del Norte y del Ejército Libertador del Sur, que éramos nosotros, los zapatistas.

Las entradas y salidas de los ejércitos fueron cerradas, y pasamos por saqueos y hambrunas. Los convencionistas y carrancistas sabían que tomar la Ciudad de México era uno de los factores fundamentales para ganar el país, por eso la convirtieron en escenario de su disputa. Esos días marcaron simbólicamente el punto más alto de la rebelión popular que formó parte de la Revolución.

Con el inicio de la guerra, fuimos hostilizados duramente por el gobierno y el poder de Venustiano Carranza.

El clima estaba demasiado intenso; todos comenzaron a sospechar de todos y, a la vez, a desconfiar, por temor a que nuestro ejército fuera infiltrado por los enemigos. La traición nos acechaba, y la verdad es que en este punto me volví cobarde y quise salir, sabía que tarde o temprano moriría; pero sería una traición para mi amigo, que puso su confianza en mí; así que, después de meditarlo por largo rato, decidí seguir en la lucha junto al Caudillo del Sur.

En ese mismo año, en diciembre, los zapatistas regresamos a Morelos, junto con Zapata, mientras los carrancistas se enfrentaban a las amenazas del villismo. En Morelos se vivió una paz enorme en tanto la clase hacendada había desaparecido. Tlaltizapán se volvió la capital de la Revolución, y mi gran amigo el Caudillo cumplió su palabra de darnos la libertad. Las tierras se repartieron de acuerdo con los usos y costumbres de los pueblos; también la democracia se ejerció local y directamente.

Todo era paz y tranquilidad hasta que, a mediados de 1915, con la lamentable derrota de Villa, los constitucionalistas decidieron concentrarse nuevamente en Morelos para acabar con nosotros, los zapatistas. Después de fuertes escenas, como saqueos, asesinatos y destrucción de tierras, a principios de 1916 tomaron el cuartel de Tlaltizapán, asesinando a varias personas. Pero Zapata no se quedó quieto ante esta situación y decidió enfrentarlos con bombazos.

No fue hasta 1917 que, después de tantos sucesos ocurridos, al fin logró recuperar Morelos. Pa-

blo González reinició su campaña contra los campesinos armados, y los zapatistas no nos dejamos.

Ya éramos pocos los que continuábamos, así que Zapata pensaba en buscar nuevos aliados. Zapata creyó en las ofertas de un subordinado de Pablo González, el coronel Guajardo; éste le hacía obsequios. Yo tenía la sensación de que algo andaba mal y se lo comuniqué, pero él quiso darle la oportunidad.

Días después, Guajardo le obsequió un caballo y lo invitó a la Hacienda de Chinameca para entregarle un armamento y unirse a él con sus hombres. Zapata lo dudó por un momento y, por más que le advertí, él decidió asistir. Hicieron un llamado como señal para que asesinaran a mi gran Caudillo; ese maldito traidor de Guajardo le había puesto una trampa y así, el 10 de abril de 1919, fue asesinado de la manera más cobarde.

Todos le teníamos cariño a mi gran amigo de toda la vida, y por ese cariño se dice que uno de sus compadres, el cual tenía un gran parecido con él, fue a aquel encuentro y dio la vida por él, para que, de esta manera, el Caudillo llevara su lucha hasta el fin. ◆



Emiliano zapata
muerto
10 de abril de 1919
en chinameca Morelos

Emiliano Zapata
Emiliano



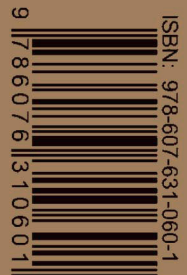
Zapata Imaginado. Líneas y trazos en torno al Caudillo del Sur

—con un tiraje de 3 000 ejemplares—
se terminó de imprimir en Talleres Gráficos de México, S.A. de C.V.,
av. Canal del Norte 80, col. Felipe Pescador,
alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06280, Ciudad de México,
en el mes de noviembre de 2019.

Cuidado de la edición:
Coordinación de Publicaciones
de la Dirección General de Culturas Populares,
Indígenas y Urbanas.



Tiene usted en sus manos, estimado lector, estimada lectora, un libro, una narrativa contemporánea de, quizá, el héroe más grande de nuestro país. Andanzas, elogios, imaginaciones llevados al papel por más de una veintena de plumas; entreveraciones creativas de niñas y niños morelenses, trazos que delinean frondosos bigotes de ese árbol llamado *Emiliano*. Sombreros que hacen más de aura que de sombrero. La tierra, su lucha convertida en montañas y prados apacibles juegan aquí con el antagonismo de las armas de fuego utilizadas en su momento por otras de mayor letalidad, que nos hablan de un país que debe iniciar sus procesos de paz, de diálogo, de reconciliación, para que todas las niñas y todos los niños, como los que trazaron su imaginación en estas páginas, puedan vivir en el sueño, el deseo y la imaginación de Zapata, que unifica los discursos de principio y finales del siglo xx: tierra y libertad para un mundo en el que quepan muchos mundos.



GOBIERNO DE
MÉXICO

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL
DE CULTURAS POPULARES,
INDÍGENAS Y URBANAS